

DUBLINETA EIRE

Un donut
por tus
pensamientos

Un donut por tus pensamientos

Dublineta Eire

Copyright © 2017 Dublineta Eire

Título Original: Un donut por tus pensamientos.

Publicado en Alicante, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

ni parte ni la totalidad de la obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier formato electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro método sin el consentimiento del autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Agradecimientos

En esta ocasión, me gustaría empezar por dar las gracias a mi querida Mafia, que son las primeras en darme los buenos días y las últimas en desearme dulces sueños. Posiblemente, sin ellas este libro no estaría viendo la luz ahora mismo.

Reconozco que cuando me lo propongo puedo ser muy pesada e insoportable, de eso podría opinar mucho mi familia...

Cuando me pongo a escribir un nuevo libro o relato, ellas son las que me sufren con mis dudas y las que se tienen que leer alguna escena para darme su opinión y ya no hablemos de encontrar un título de los míos, de los *raritos*... Pero ellas, resignadas o no, se leen cada una de mis propuestas aunque sean veinte al día y además, me dan ideas.

Por eso les doy las gracias, porque aunque no lo diga, con ellas disfruto más de esta afición.

Y también agradecer a mis pacientes lectores 0: Isabel, Minerva, Imma, Laura, Coral, Lali, Cristina y María José. Sois *velocilectoras*.

Y también, gracias a mi lector 0, era la primera vez que contaba con un chico, quería saber la opinión del sector masculino. Rafael, mil gracias porque lo has hecho genial, tienes ese don que hasta para dar tu punto de vista lo haces como si estuvieras escribiendo poesía.

Y sin enrollarme más, por último les tengo que dar las gracias a mis lectores, a vosotros que estáis leyendo esto ahora mismo y que espero continuéis hasta leer «Fin».

PRÓLOGO

Me llamo Olivia Cristina Segar, actualmente, tengo cuarenta y cinco años. Y cuando tan solo contaba con dieciséis, conocí al que hoy es mi marido.

Ayer por la tarde, ese mismo individuo, el que lleva compartiendo prácticamente más de la mitad de su vida conmigo, por su cuenta y riesgo y sin venir a cuento, mientras hacíamos la compra del mes en el Carrefour, en un arrebató sin sentido, empujó el carro lleno hasta arriba contra la estantería de las compresas y los salva-slips.

Me asusté, no sabía qué estaba sucediendo, y ni mucho menos fui capaz de adivinar sus intenciones. Bajo las miradas del resto de clientes, también sobresaltados, se arrodilló en mitad del pasillo de los productos de higiene íntima, metió una de sus manos en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita roja.

Hice un rezo todo lo rápido que fui capaz de ordenárselo a mi cerebro. Intenté resumir mi oración como si estuviera redactando un telegrama, no era capaz de creerme que aquello estuviera sucediendo de verdad, y menos, a mí. Estábamos en el mes de octubre, no era mi cumpleaños, ni nuestro aniversario, ni tan siquiera el día de los Enamorados. Digamos que no era ninguna fecha señalada.

Marido arrodillado con cajita roja abierta en mano. Vi como algo resplandecía en su interior. Estaba pasando, ni yo alucinaba ni a mi marido le había dado algo irreversible en el su sistema nervioso. Aquella pose era voluntaria.

—Olivia, ¿me harías el honor de aceptar nuevamente ser mi esposa por veinticinco años más? —No sabía cómo comportarme. Los nervios no me dejaban actuar.

—¿Quieres levantarte? Todo el mundo nos mira —le pedí entre dientes muerta de la vergüenza estirando de la solapa de su chaqueta.

—Oli, cariño, siempre me dices que soy muy serio, que solo pienso en el trabajo y que no me ves capaz de cometer ninguna locura. Pues aquí la tienes. Esta es mi locura. —Seguía enseñándome la cajita roja.

—Ya, Ángel, pero yo hablaba de mandarme a unos tunos, de enviarme dos millones de rosas rojas. No sé o que me hicieras un *flashmob*, que tanto se llevan ahora para pedirle la mano a tu novia.

—¿Qué me dices?

Acepté, aunque creo que simplemente lo hice para que se levantara y dejara de hacer el ridículo.

Creo que se sintió como un héroe de cuento de hadas.

En todo el tiempo que estuvimos terminando de hacer la compra y la vuelta a casa, no borró la sonrisa de satisfacción que adornaba su semblante.

Aquella «locura» me ha hecho recordar viejos tiempos.

Hasta que me pidió que fuéramos novios, nunca antes me había fijado en él, ni con ojos de deseo ni con otros, para mí fue prácticamente invisible hasta aquel entonces..

El día que dio el paso, la única condición que me puso es que no buscaba un rollo, quería una novia formal y yo como nunca he sido de pensar las cosas, me tiré de cabeza a la piscina. Sin pestañear, le dije que sí. Total, nunca había tenido un novio, y si no probaba, no sabría si la cosa iba a funcionar.

Por lo visto, mi respuesta fue acertada y debíamos estar predestinados, porque a los años, cuando yo tenía veinte, y el cinco más, me pidió matrimonio.

Se declaró en el corazón de la universidad. Allí en mitad del césped que era donde más tiempo pasaba con mis compañeros. En la universidad aprendí

a jugar al *pocker* a fuerza de fugarme las clases. Sabía de sobra que me encontraría allí.

Llegó en su coche, se bajó de él todo repeinado, fue de corrillo en corrillo hasta que dio con el mío. Hizo un saludo en general a mitad de partida. Todos me clavaron la mirada y yo con «un tierra trágame», me acerqué a él. Sabía que algo pasaba, pero no me podía imaginar la que se me avecinaba. Me miró fijamente, se arrodilló y ahí fue cuando todo mi cuerpo comenzó a tambalearse y dejé de sentir la gravedad. Mi sensación era de estar separándome del césped y estar flotando.

Como en las películas, sacó una cajita de uno de sus bolsillos, y allí arrodillado mientras yo quería morirme, me pidió que fuera su mujer. Nuevamente, sin pensarlo acepté sin titubear.

Un quince de mayo, en el año de la Expo de Sevilla y de las Olimpiadas de Barcelona, nos dimos el sí quiero. Fue una boda a bombo y platillo organizada por mi suegra y mis cuñadas. Yo les dejé hacer, porque al ser en una ciudad diferente a la mía y mi única ilusión era abandonar mi barrio y comenzar bien lejos desde cero, no puse ningún impedimento y como mi madre pasaba de todo y estaba únicamente pendiente de encontrar un compañero para pasar las frías noches de invierno, no se preocupó de nada. Digamos que tuvimos la boda que su señora madre siempre había soñado.

Al mes de casarnos, vi mi primer positivo. No estaba planeado, pero tampoco fue una sorpresa porque no pusimos ningún tipo de protección. Ángel ni se lo creía, no sé qué le hizo más feliz, si saber que íbamos a ser padres o que en lugar de espermatozoides tenía misiles espermáticos.

El embarazo fue buenísimo, además, mi marido es de los que piensa que estar embarazada es estar sufriendo una enfermedad terminal, no me dejaba hacer nada hasta el punto de que si tosía, se asustaba tanto que me

quería llevar a urgencias.

Durante los ocho meses que duró mi primer embarazo, no moví un dedo. Solo para acudir mensualmente a las revisiones del ginecólogo y para elegir la ropita del bebé que estaba en camino y que no se dejó ver si era niño o niña en ninguna de las ecografías.

Como no nos poníamos de acuerdo con la elección del nombre, hicimos un pacto, si era niño lo elegiría él y si era niña, le podría poner el que quisiera siempre que a él le pareciera correcto. Lo del nombre lo tenía clarísimo desde bien pequeña, no cometería la locura de ponerle a ningún hijo mío el nombre de ningún dibujo animado de moda ni de ningún personaje famoso bien del cine o conocido públicamente. Mi madre me llamó así por la novia de Popeye y porque le hizo gracia que mi apellido fuera el mismo que el señor que le dio vida a esos horrorosos dibujitos.

Nació Patricia, insistí que ni Pat, ni Patri, mi hija se llamaría Patricia, que para eso le habíamos puesto así.

El parto fue un horror. Llego yo a saber esto antes de quedarme embarazada y me hago una ligadura de trompas para dejar que Ángel se me arrimara.

Los primeros meses de mi niña no fueron del todo muy buenos, pero fueron llevaderos. Era un bebé que dormía, lloraba, meaba y cagaba. Punto, no había más.

La maternidad me hizo mejor persona, afloraron sentimientos que nunca pensé que pudiera tener. Me hice más sensible cara al ser humano.

Los meses y los años fueron pasando y los tres compartíamos nuestro día a día. Éramos una familia feliz. Ángel trabajando en su despacho de abogados y yo criando y disfrutando de mi hija. No tenía que preocuparme de nada más.

Cuando llegó la hora de apuntar a Patricia al colegio, tras discutir

acaloradamente a cuál la llevábamos, conseguí camelármelo y apuntarla a uno público, era pequeñito, pero estaba en el pueblo donde vivíamos y consideré que era lo mejor para la niña. Ángel, como siempre, aceptó mi propuesta y su madre se indignó.

Los primeros cuatro años estaba encantada, pero llegó un momento en que la casa se me caía encima. Era joven, y pasar tantas horas sola en casa esperando a que se hiciera la hora para recoger a Patricia del colegio, se hacía duro.

Posiblemente, las horas de aburrimiento me hicieron bajar la guardia en la cama con Ángel, porque sin buscarlo, me quedé embarazada de nuevo. Lloré, cómo lloré cuando vi el positivo. El parto de Patricia me había creado un trauma y todavía cuando recordaba el fatídico día me dolía el *chichi*.

Este embarazo pasó volando, me enteré tarde y se adelantó dos meses, con lo cual, para mi cerebro estuve embarazada únicamente, cinco meses. El parto genial, maravilloso, lo mejor del mundo. Si Angelito hubiera sido el primero, me habría quedado embarazada del siguiente en la cuarentena, porque si hubiera esperado a que el niño cumpliera un año para encargarse al hermanito, en esas Navidades le habría rogado a Papá Noel la ligadura de trompas. Un infierno de niño, en cuanto cumplió tres meses no dejó de llorar. Lo hacía día y noche y solo quería mis brazos. La maternidad con el niño fue una condena, de lo cansada que estaba, tenía la sensación de llevar una bola con una cadena enganchada a mi tobillo a modo fantasma.

Nunca supe si sufrí la depresión postparto o qué fue aquello que yo tenía. Pero cuando lloraba el niño también lo hacía yo, y cuando tenía la gran suerte de que Angelito cerrara los ojos para dormir apenas una hora, entonces, yo continuaba llorando.

Tenía otra hija y debía seguir encargándome de la niña.

Esa época de mi vida la quiero borrar, porque además, para Ángel,

digamos que nada cambió, solo le afectó en su vida sexual, que como no podía ser de otra forma, lejos de querer acostarme con él, quería que alguien me practicara la eutanasia. Únicamente me quería morir, donde fuera, preferiblemente en una cama para poder descansar en posición horizontal mientras me daban muerte.

Después de este bache sin importancia, recuperamos nuestra vida, ni me lo creía. No veía el momento, pero un día, no sé si fue cuando soplé mi vela de cumpleaños y pedí de deseo volver a ser una persona y los kilos de más se habían largado por una temporada, pero fue de un día para otro. Todo volvía a ser como antes, pero con dos niños.

Ellos dormía del tirón y Ángel y yo volvimos salir los fines de semana a cenar con nuestros amigos. Mi suegra nos hacía de canguro.

Viajar, hemos viajado, solos y con nuestros amigos, también con los niños. Éramos una familia feliz.

Aquí volví a tener otra crisis rara, no sé si cerca de los treinta se suele pasar por una crisis o algo similar. A mí me embargó el aburrimiento de hacer todos los días lo mismo.

Mi vida desde fuera era maravillosa, no podía tener queja. Marido, hijos, con el trabajo de Ángel nos podíamos permitir todos los lujos que queríamos y yo no tenía que trabajar. Pero ese era el problema, que yo me sentía inútil, entonces, comencé a trabajar en el despacho con mi marido. Duré seis meses, verlo las veinticuatro horas del día no era bueno para ninguno de los dos. Reconozco que no lo dejaba relacionarse con nadie del sexo contrario en el trabajo y él me mandaba como si fuera su esclava. Luego todos estos problemas nos los llevábamos a casa y nos pasábamos el día discutiendo. Aquí acabó mi aventura laboral.

La vida con mis amigas era fantástica. Tuve la suerte de conocer a María un día que estaba esperando en la sala de espera del ginecólogo. Allí

estaba ella dándole el pecho a uno de sus hijos, desde el minuto cero congeniamos y desde entonces seguimos siendo amigas. Ella también está hastiada de su triste vida, su marido es Pepe, es un buen hombre, trabajador, pero un poco cazarro. Ella es la típica mujer abnegada que vive, por y para su marido e hijos. El sufrimiento por el prójimo es su vida. La genética le jugó una mala pasada, está hecha como sin ganas, pero tiene un gran corazón y la quiero mucho.

A Araceli la conocí también en una sala de espera, pero de pediatría, allí estaba ella llorando a mares porque su primogénito se había despeñado por una barandilla en el parque y le acababan de dar cuatro puntos en la barbilla, era muy chiquitín. Me llamó la atención que estuviera perfectamente vestida y peinada, cuando mi hija tenía la edad de su niño, yo salía hecha unos zorros. Patricia se encaprichó del niño y como Angelito estaba haciendo lo que también se le daba, yo le meneaba en el carrito para que dejara de llorar y una cosa llevó a la otra y la niña les contó mi vida entera. Cada vez que coincidíamos en el parque, los niños terminaban jugando juntos.

Con Alicia fue algo parecido, pero fueron nuestros maridos los que nos presentaron, Arnaldo era amigo de la carrera de Ángel, y un día se reencontraron y hasta la fecha.

A Carolina la metió en el grupo Araceli, se conocían de la universidad.

Y estas son mis amigas del alma, a las que conozco desde hace más de veinte años. Somos un grupo muy variado y que compartimos problemas similares, nuestros hijos tienen prácticamente la misma edad y son amigos, así que es fácil vernos y quedar, incluso viajar.

Mi vida se estuvo repitiendo día tras día durante diez años.

La cosa cambió un poco cuando Patricia comenzó primero de bachiller y decidió hacerlo en Inglaterra, y Ángel que es de los que piensa que los idiomas son casi más importantes que la carrera que se elija, mandó a la niña

allí, a un internado para señoritas, en Londres.

La monotonía cambió y tuve que ir a terapia para que acabara con mi fobia a viajar y poder montarme en un avión, era necesario hacerlo si quería ver a mi hija más de tres veces en el curso escolar.

Lo pasé muy mal, porque Patricia estaba en un país extranjero y porque para verla tenía que enfrentarme a mis miedos y al que más pánico de todos le tengo es a volar. Pero una madre es capaz de hacer cualquier cosa por abrazar a un hijo.

Con Ángel la convivencia seguía siendo buenísima, y como solo teníamos a Angelito, pues era todo más llevadero. No había nadie en casa que se matara porque había descubierto que alguien había entrado sin permiso a su cuarto y no se discutía por la hora de vuelta. Mi hijo no salía, así que todos contentos. La niña en Londres y nosotros en Campello.

Patricia terminando la universidad y entonces fue cuando Angelito se empeñó en ir a estudiar Bachiller también fuera, si su hermana lo había hecho, por qué motivo él iba a ser menos. Pero él se marchó a un piso compartido. Su padre no tenía que temer que alguien le embarazara al niño y pensó que sería buena idea dejar que viviera en un apartamento compartido, aunque el primer año lo hizo en una casa con una familia inglesa.

Realmente, aquí creo que fue cuando comenzó todo a desbaratarse. De nuevo tenía todo el tiempo del mundo mundial para mi marido y para llevar al día mi casa.

Las primeras semanas volví a estar deprimida, mi niño del alma se había marchado y yo me sentía vacía. Ángel, en cambio, se sentía eufórico, volvía ser suya a tiempo completo.

Y aquí es donde comienza mi angustia por el día a día y porque no me siento útil. Mis hijos ya no me necesitan y yo los necesito más que nunca.

Han pasado los años y no me he dado cuenta que mi cuerpo ha ido

acompañando al calendario. Me miro en el espejo y no me reconozco. Miro a Ángel y el paso de los años no se ha cebado tanto con él.

Él insiste en que cada día me quiere más y cuando escucho decirle esta frase, lo primero que se me viene a la mente es el *Obi, obi, oba, oba, cada día te quiero más* del Príncipe Gitano. No puedo evitarlo.

Y ahora, como él no puede y dice, y sé que es verdad, que su objetivo era celebrar nuestras bodas de plata como si de nuestra primera boda se tratara y el momento cada vez está más cerca, pues me ha encomendado una misión. Tengo varios meses por delante para organizarlo todo, pero conociéndome, lo dejaré para el último momento.

Yo creo que su numerito en el Carrefour ha sido para que hubieran testigos de que he aceptado y no me pueda echar atrás.

1

12 de Mayo 2017. El Campello

Aquí nos encontramos Ángel y yo intentando dar un explicación a la bochornosa situación que acabamos de vivir. Si supiera morirme en el acto, creo que hace apenas unos minutos lo habría puesto en práctica, porque huir me ha sido imposible. No podía hacerle esto a mi marido. Ganas no me han faltado. La masacre es otra opción que barajo.

Jamás pensé que me encontraría en una igual, pero por lo visto, en este último año, estoy viviendo experiencias únicas y surrealistas.

De las cinco mil formas en las que imaginé cómo sería este día, os juro por lo que más quiero que en esta en concreto, no. Ni siquiera a mi mente calenturienta se le había ocurrido.

En el rato que llevo pensando la manera de enfrentarme a la situación, he intentado averiguar de quién ha sido la culpa, y a los únicos culpables que he hallado, han sido a estos veinticinco años de matrimonio.

Entre risas, gritos y reproches, intento recordar.

Marzo de 2017. El Campello.

Me siento confusa, vacía y con la extraña sensación de haber desperdiciado mi juventud.

Debo de estar atravesando una crisis, no sabría identificar el nombre, pero una de esas que te hace replantearte tu vida cuando ya estás casi rozando el

ecuador de tu existencia. Y en el intento de superarla haces el ridículo sin ser consciente de ello y sobre todo, pensando que eres la más guay del universo.

Estoy un poco harta de la rutina, a veces pienso que ya nadie me necesita. Mis hijos son mayores, y ya no cuentan con nosotros para nada. Para salir a comer juntos los cuatro, debo casi pedirles audiencia, rellenar un formulario y esperar respuesta. Normalmente, siempre es negativa. Están muy liados y ahora que los dos viven fuera, es una utopía.

La casa nunca me gustó, aunque he de reconocer que era lo más cómodo. No tenía horarios, y con el trabajo de mi marido, los ingresos eran más que suficientes para llevar una vida llena de comodidades.

Preferí criar a mis hijos y disfrutar de cada segundo junto a ellos que delegar esto en abuelos o en una tercera persona. Las guarderías no me gustaron.

Conservo un grupo de amigas desde hace casi veinte años. Solemos quedar una vez por semana para tomar un café o incluso algún día, salimos a comer.

Cada una tiene su historia y alguna de ellas ya ha pasado por esto que me sucede a mí ahora, pero su solución fue poner tierra de por medio entre su amado esposo y ellas. Yo me lo estoy replanteando, pero no concibo mi vida sin mi Ángel, no es que hable de que sea mi angelito de la guarda, es que mi entregado y voluntarioso marido se llama así.

Hoy he quedado con ellas, necesito dispersarme y ver cómo organizo mi segunda boda con el único hombre que he conocido. Ángel se ha empeñado en celebrar nuestras bodas de plata por todo lo alto, dice que con el ritmo de vida que lleva, tiene más que claro que no celebraremos las de oro, y no le quito la razón, si la vida nos respeta, igual para entonces estoy separada y disfrutando de la soltería de crucero en crucero buscando sexo en jóvenes cubanos. Esta crisis me hace delirar.

—¿Cómo está la novia? —me pregunta Alicia.

—Pues cansada, el calor me está matando —le respondo mientras me abanico.

—A ver si estás menopáusica —me dice soltando una carcajada.

—Pues ya podría y me ahorraría una pasta en tampones y en sustos —le respondo sin dejar de abanicarme.

—¡Qué tonta eres! Anda que no se pasa mal cuando dejas de producir hormonas y te dan los calores de la muerte y luego vienen los escalofríos. Es imposible dormir del tirón y te duelen los huesos y solo quieres llorar porque tu vida ha dejado de tener sentido al comprender que tus ovarios se han secado para siempre y que poco a poco, te estás marchitando —me dice la deprimida del grupo, María.

—Chica, dicho así, me dan ganas de suicidarme antes de mi próxima regla —le respondo con una sonrisa.

Nos sentamos en una terracita junto al mar, tenemos por costumbre quedar en el paseo, al vivir al lado del Mediterráneo, el clima nos permite quedar aquí en la época del año que sea.

—¿Y ya has pensado qué quieres hacer? —me pregunta Alicia que siempre tiene que tener la mente ocupada.

—No. Ángel quiere que nos casemos de nuevo por la Iglesia.

—Y, ¿tú, no? —me pregunta María.

—A mí me da lo mismo. Estoy desencantada. A esta boda no le encuentro sentido. Vale que nos queremos y que el hecho de cumplir veinticinco años casados, en los tiempos que corren es algo para que te incluyan en el libro *Guinness*. Para mí no es un logro, es mi vida.

—¿Has pensado en separarte? No me asustes —pregunta María poniéndose la mano en el pecho.

—La separación no entra en los planes de mi marido.

—Ya, pero sinceramente, tu marido me importa un pimiento. Perdona que sea tan directa, somos amigos, pero si me dan a elegir, me quedo contigo. Ya sabes..., amigas para siempre y hasta la muerte —dice Alicia.

—Tú lo quieres, ¿no? Pues hazle feliz. Qué más te da repetir la boda. Te vististe de novia. —Abro mucho los ojos—. Vamos a la Iglesia, nos tragamos la misa y después... bodorrio —me anima Araceli.

—Bueno, primero hay que ver los días, porque Ángel quiere casarse el mismo día de nuestro aniversario. Que dice que es muy malo con las fechas y si en veinticinco años ha sido incapaz de aprenderse el día, ahora tendría que celebrar dos aniversarios, bueno, tres, que nosotros somos de celebrar también el día que nos hicimos novios.

—Y si nos vestimos todos de blanco. Sería bonito —apunta Alicia.

—Da mala suerte —interrumpe María.

—Nena, tú siempre tan negativa.

—Y tú siempre tan inconsciente.

—Vale, vale. Hay que mirar el calendario, hablar con el cura y reservar el restaurante. Tenemos tiempo. Y por supuesto, buscar un traje que te guste —dice Araceli.

—Y si se pone su traje de novia —vuelve a interrumpir María.

—¿Perdona? —responden al unísono Araceli y Alicia.

—Sería bonito.

—Sí, y también sería un milagro que cupiera en él. Vamos a dejar de decir tonterías.

—Gracias, yo también os quiero —digo apretando los labios.

—Sé realista, cuánto pesabas con veinte años. Tienes cuarenta y cinco y has sido madre de dos hijos y eres una de las mejores clientas de la pastelería... —Araceli tan maja.

—He visto unos en internet que son una maravilla —apunta la reina de las

compras en el ciberespacio, Alicia.

—Pues yo creo que debería de hacer lo que le diera la gana. Si se tiene que casar por la Iglesia porque es la ilusión de Ángel, que lo haga, pero que elija qué traje quiere ponerse y dónde lo quiere celebrar —recomienda Carolina que es la más callada, pero cuando habla, casi siempre nos sorprende.

Ya está decidido, el viernes por la tarde iremos las cinco a la Iglesia, vamos a ver qué día hay libre para encargarnos la misa. Y después, nos acercaremos al restaurante a ver menús. Ahora, solo falta decidir el destino del viaje de novios, pero prefiero dejar pasar unos días, me agobia el simple hecho de pensar que probablemente, tenga que coger el avión, y si de joven me daba miedo, ahora, lo que siento es pavor.

Acabo de volver a casa. Me quedo parada admirando mi salón. En el sofá está él viendo el fútbol. Él, es Ángel. Le sonrío, dejo mi bolso en la entrada y me acerco a darle un beso. Me sujeta del cuello y me tira encima suya. Me parece que tiene ganas de marcha, pero yo, últimamente, no las tengo. Luego le preguntaré a Alicia si sabe de algún potingue para despertar mis instintos sexuales, que más que dormidos han debido haberse fosilizado.

—¡Ay! Quitá, deja que me cambie —le digo incorporándome.

—¿Qué hay de cenar? —me pregunta desilusionado.

—Voy a ver —le respondo mientras entro en el dormitorio.

Cojo el pijama y paso al baño que hay dentro de nuestro cuarto. Aún no me he quitado la camiseta cuando escucho la puerta. Me parece que no se ha dado por vencido. Viene pidiendo guerra.

—¿Te queda mucho? —Lo oigo a través de la puerta.

—Ahora salgo, en seguida hago la cena —le respondo resignada porque me da la sensación que él quiere ir directamente a los postres.

Ya cambiada y con la parte de arriba metida por dentro del pantalón, dejo la ropa que llevaba en el respaldo de la silla. Me giro y ahí, como su madre lo

trajo al mundo me hace señas con el dedo índice. Lo que me esperaba, quiere temita.

Me hago la remolona, pero no ha colado, se levanta y se queja de que lleve el pijama anti erótico. Estira de la cinturilla y ahora me quejo yo.

—¡Quita! Tengo hambre —le digo intentando escapar, pero ha metido su mano en el pantalón y hace fuerza hacia él. Parezco un dibujo animado intentando huir.

—Yo también tengo hambre... —Si es que este hombre no tiene fin.

Sucumbo a sus peticiones y tras diez minutos de varios mete sacas, acabamos. Me siento en el borde de la cama y me coloco de nuevo el pantalón. Me giro, le rozo la cara, me sonrío y me salgo a la cocina.

Abro la nevera y miro qué hay para hacer de cenar. Nunca me preparo el menú de la noche y soy de las que improvisa, a Ángel esto le repatea.

«Haré algo rapidito».

Cojo un par de huevos y los rompo contra la encimera, el ímpetu con el que lo hago hace que casi los desintegre. Con los dedos intento quitar la cáscara que hay volatilizada dentro del bol.

—¡Ángel! Nos acabamos de quedar sin huevos. —Eran los dos últimos—. Pide una pizza.

—¡Joder! Tú y tu manía de no comprar comida para preparar una cena en condiciones. El día que me hagas una como Dios manda, me dará un paro cardiaco —me grita desde el salón.

—Ya, cariño, pero pide una pizza —le digo.

—Sabes que no me gusta llamar por teléfono. —Y a mí me encanta. No te jode...

Cuando se pone en este plan me crispa los nervios.

—Pues yo no voy a llamar —le informo.

—Pues yo tampoco —me rebate él.

—Pues no cenamos —intento concluir.

—Pues como casi todas las noches... —me dice indignado.

—Eso no es verdad —respondo ofendida.

—Lo que tú digas —Parece que la conversación ha terminado.

Acabamos de entrar en una espiral sin sentido que no nos llevará a nada, tan solo a mí al cuarto. Lo dejaré con la palabra en la boca y de un portazo, allí se quedará buscando en la despensa un trozo de *espetec* con pan duro, porque con la reunión de chicas se me olvidó comprar el pan.

—Hala, ya te vas.

—No, no me iba. —Ahora me toca quedarme—. ¿Vas a pedir la pizza?

—Te he dicho que no me gusta llamar por teléfono. Además, ¿de qué estamos hablando? Si siempre terminas llamando tú. Coge el teléfono y haz el pedido, por favor.

—Pues por eso, ya eres mayorcito. Es hora de que hagas cosas de adulto...

—Pásame el teléfono —me dice todo digno y algo enfadado.

Con una amplia sonrisa me acerco al mueble y cojo el inalámbrico. Le alargo el brazo sin quitar mi cara de satisfacción.

—Al menos, dime el número —se lo digo de memoria y va marcando.

Regreso a la cocina, desde aquí lo escucho perfectamente hacer el pedido, si es que no era tan complicado. Prefiero no restregarle por la cara que no era para nada difícil y que no ha muerto nadie mientras llamaba. Cojo un par de servilletas y el cortador de pizza, si cumplen, en veinticinco minutos estará sonando el timbre de casa. Lo hago yo porque ya me parece un poco fuerte decirle al «indignado» que se anime a poner la mesa.

Me recuesto en el sofá, estoy cansada, en todo el día es la primera vez que pego el culo en algo blandito. Bueno, el momento «sexo fugaz» no lo cuento, primero porque mi culo no ha rozado el colchón hasta que me he recolocado los pantalones y segundo, porque estaba en tensión todo el rato.

Suena el telefonillo. Ángel me mira.

—¿Salgo yo también? —dice colocándose las zapatillas de estar por casa mientras resopla.

—¿Sabes que te quiero? —le digo sonriendo.

—No las tengo todas conmigo...

Entra y coloca la caja en la mesa. Comenzamos a cenar. Me moría de hambre, menos mal que al final ha llamado él, porque yo antes de dar el brazo a torcer, hubiera preferido morir de inanición.

—¿Qué has hecho hoy? —intenta darme conversación.

—Poca cosa. He quedado con las chicas, hemos estado hablando de las bodas de plata.

—¿Y?

—Y nada. Hay que ir a la Iglesia a pedir día y al restaurante para que me nos den los menús.

—¿Nos?

—Nos, me, te... Chico, es que estás a la que salta.

—Te recuerdo que te ibas a encargar tú. Solo faltaba que de esto también me tuviera que hacer cargo yo con el lío que tengo en el despacho.

—Y yo te recuerdo que el que se quería volver a casar eras tú.

—¿Es qué tú no quieres? Porque me muero aquí mismo.

—Sí, quiero, sí. Solo te intentaba decir que... Bueno, déjalo, da igual. El viernes iré con las chicas a la Iglesia, ya te informaré qué día nos casamos.

—No lo hagas obligada. Siempre habíamos hablado de volver a casarnos cuando hiciéramos veinticinco años, pensé que te seguía haciendo ilusión.

—Hemos hablado de tantas cosas... —digo entre dientes.

Mi móvil empieza a sonar, le están entrando mensajes. Ángel mira el teléfono, me mira a mí y yo me hago la loca. Sigo masticando la pizza.

Continúan entrando, ahora también mensajes privados, el tono de antes era

el de los grupos. Me muero por cotillear, pero debo ser fuerte, no soporta que estemos cenando y yo atendiendo el teléfono. Resoplo, cojo el móvil y lo tapo con un cojín.

—Es que ni cenando...

—¿El qué? —me hago la tonta, pero tengo claro a lo que se refiere.

—No disimules. Sabes de lo que hablo. —Mi móvil no deja de hacer pitiditos.

—No lo he mirado.

—Pero estás pendiente. Tan difícil es silenciarlo o directamente, apagarlo, ¿dime? ¿Quién te manda mensajes a estas horas?

—Pues como no quieres que lo mire, no te puedo decir. No soy adivina...

—Sé perfectamente que son las chicas.

—Venga, contesta, no sea que se te atragante la pizza.

—¡Qué te den!

—¡Eso, encima!

Me hago la distraída ignorando lo que acaba de decirme y tecleo en la pantalla la clave de desbloqueo.

Una amplia sonrisa dibuja mi cara, arqueo una ceja y desvío la mirada hacia Ángel. Me observa frunciendo el ceño.

—Te morías de ganas, ¿eh? —me pregunta mientras se levanta.

Terminamos de cenar. Estoy agotada, pero me sabe mal decirle que me quiero acostar, los ojos se me cierran y a escondidas bostezo.

—¿Vemos una peli? —le pregunto fingiendo entusiasmo.

—¿De qué?

—¿No sé qué pelis hay?

—Pero si te vas a dormir. Vete a la cama si quieres.

—No, no quiero, si quisiera me habría ido, nadie me retiene, ¿no?

—Si lo dices por mí, tienes mi beneplácito para marcharte.

Dudo, su propuesta es interesante y tentadora, pero haciéndolo le demostraré que tenía razón desde el principio.

—Mira a ver qué vemos. —Me recoloco en el sofá, ahueco el cojín y me dejo caer de lado.

—Te vas a dormir...

—¡Qué no!

Después de diez interminables minutos, conseguimos llegar a un consenso, ya tenemos la película. Se levanta y apaga la luz, se vuelve a sentar en el sofá. Veo como le da al *play*.

—Te has dormido. —Noto un codazo en mis pies.

—¿¡Eh!? No, no, estaba viéndola.

—Pero si estabas casi roncando. —Pero sí yo no ronco. Qué ganas de tocarme el *chichi*.

Hago verdaderos esfuerzos por mantener los ojos aunque sea entornados, pero soy incapaz. El sofá debe de tener una sustancia narcótica, que cuando me tumbo, comienza a emanar hacia mis fosas nasales a través de la tapicería y me seda. Eso sí, únicamente, me afecta a mí.

—Vete a la cama. —Escucho mientras siento que me menean el hombro.

—¡Qué no! Que la estoy viendo... —miento.

—¡Qué vas a estar viéndola! Pero si ha terminado hace veinte minutos.

Me incorporo y efectivamente, dice la verdad, está viendo el boxeo ese que es sin guantes y que se meten unas leches importantes.

Me dejo caer y...

2

Comienza un nuevo día. Escucho de lejos la alarma de mi despertador, alargo el brazo, voy tanteando con los ojos cerrados dónde se encuentra.

La última vez que supe de él, lo dejé escondido debajo de uno de los cojines. Otro día más que me quedo dormida en el sofá. Me duele todo.

Me incorporo, bostezo y me dirijo a la cocina. Abro la nevera y saco una de mis drogas legales, café con leche envasado. Tomo una media de cuatro al día, si hubiera invertido en acciones de la empresa que los fabrica en lugar de gastarme la mitad del sueldo de mi marido comprándolos, ahora, sería la dueña.

«Agítalo, levanta la tapa y tómallo muy frío». Sigo las indicaciones que hay escritas en el envase y me siento junto al ordenador.

Cotilleo el *Facebook*, voy dándole «me gusta» a las publicaciones de mis amigos y doy los buenos días desde mi muro. Reviso el correo y cuando ya me he terminado el café adictivo, me dirijo a la ducha, pero antes, paro delante de la puerta de mi habitación, la abro, enciendo la luz y observo como ronca mi querido Ángel.

—¡¡Levantaaaaa! Son las ocho. —Odia que lo despierte así.

—Lámame en cinco minutos —me dice con los ojos cerrados y sin haberse movido un milímetro.

—Voy a ducharme, es posible que tarde más. —Apago la luz y salgo.

Repito la misma operación, pero en dirección contraria, salgo del baño, enciendo la luz de nuevo y observo como sigue roncando Ángel.

—¿Qué hoy no trabajas? —Pregunto por preguntar porque sé de sobra que la respuesta es sí. Odio que me ignore y detesto tener que estar llamándolo cada cinco minutos como si fuera un niño de cuatro años.

Ya estoy lista, he quedado con Alicia y María para desayunar, luego iré a comprar y hoy haré de ama de casa de las buenas. Limpiaré y prepararé la comida y si me da tiempo, pondré una lavadora y hasta incluso, la tenderé.

¡Qué vida más emocionante! No entiendo cómo no soy la envidia del barrio...

—¡¡¡Ángel!!! Yo me voy —le digo mientras cojo mi bolso y salgo por la puerta.

Subo al coche y me dirijo a la misma cafetería a la que vamos a tomar café desde hace diez años. Está al lado de la clínica de Araceli, es podóloga, aunque nosotras le decimos que es callista y ella se enfada. Quedamos ahí porque así ella puede venir a tomarse un café con nosotras antes de empezar su jornada.

Tal es mi aburrimiento que en estos momentos, hasta me ofrecería de telefonista en su clínica.

—¡Buenos días! ¿Qué tal la noche? —pregunta de cortesía, porque antes de terminar la frase ya me he arrepentido.

—¡Genial! Follando como una loca toda la noche... No sabes cómo me pone Mauro —nos narra Alicia que desde que se separó de Arnaldo, su cama parece el metro de Gran Vía en hora punta.

—No sé para qué pregunto —digo en voz baja.

—¿Y vosotras? —nos pregunta a Araceli y a mí.

—Como siempre. Cena, discutir, peli, sobarme y hasta hoy —respondo resignada.

—*Idem* —añade Araceli.

—Si yo hiciera lo mismo que vosotras, me habría suicidado hace años...

—¿Quién dice que no nos lo hayamos planteado? —nos reímos.

—Guapa, yo creo que tienes una depresión y estás entrado de cabeza en la crisis de los cincuenta —me informa la asquerosa de Alicia.

—Tía, que me faltan cinco años, no me fastidies...

Alicia se levanta y atiende una llamada. La escuchamos desde nuestra mesa. No sé para qué se ha apartado si la oímos perfectamente, bueno, y el resto de clientes de la cafetería...

—¿Qué te pasa? —me pregunta Araceli, aprovechando que no tenemos delante a Alicia. Es buena chica, pero su forma de ver la vida no nos ayuda a las esposas fieles.

—Nada, que estoy agobiada y aburrida. Siempre es lo mismo. Me levanto, vengo aquí, tomamos café, nos reímos, despotricamos de nuestros maridos, me voy a comprar, llego a casa, coloco la compra, decido si hago la comida a las once o a las doce. No sé por qué lo hago porque no viene nadie a comer conmigo. Le doy un repaso a la casa, ignoro las camas, me siento delante del ordenador, escribo cuatro tonterías en el *Facebook*, respondo a vuestros *Whatsapp*. —Trago saliva y cojo aire para poder continuar—. Como, me tumbo, hago la siesta, me levanto, coso algún muñequito de fieltro y eso el día que me siento creativa. Llamo a Ángel, le pregunto si va a llegar a cenar, me pongo alguna serie y el día que estoy extasiada de no hacer nada, cocino para que cuando llegue Ángel, ese día haya cena. Luego, antes de cenar, este me busca, echamos una *mierda polvo* y a cenar, peli, me sobo en el sofá y lo siguiente, es escuchar la alarma del móvil.

—Tía, qué triste tu vida...

—Ya.

—Por qué no vas unos días a Barcelona a ver a Patricia.

—Ella tiene su vida, su trabajo y lo que menos le apetecerá será tener una visita de su aburrida madre.

—¿Y Angelito?

—¿Quieres que desee que me asesinen? Si voy a su piso, mi instinto de madre, que sé que todavía conservo, me hará que le limpie de arriba abajo la

casa, que le desincruste las sábanas que llevarán puestas desde el primer día de instituto, de eso hará unos seis meses, y me tendrá cocinando la semana que esté alojada allí para congelársela e ir clasificándola por *tuppers* en el congelador. Sinceramente, paso.

—Tía, estás condenada a la tristeza.

—Ya.

Regresa Alicia. No hace falta que le preguntemos, porque la sonrisa que trae es algo que se muere por contarnos y que queramos o no, vamos a tener que escuchar.

—Muy fuerte. Me ha llamado Silva, mi profesor de *aquagym*. —Araceli y yo nos miramos—. Me invita un fin de semana a unas jornadas de entrenadores personales en Los Pirineos. ¿No es genial?

—Y ¿Mauro?

—No, a él no lo ha invitado —se ríe la muy...

—¿Y vas a ir? —Otra pregunta estúpida.

—Claro, nada me lo impide y tiene pinta de ser un máquina en la cama. Este cuerpo no pude quedarse sin comprobarlo. —Pone los ojos en blanco.

—¡Genial! ¿Y para cuándo el viaje?

—El viernes.

—¿Mañana? ¿No es muy precipitado?

—Para nada, por mí me iba ahora mismo.

—Mañana íbamos a ir a la Iglesia y a ver lo de los restaurantes —le digo poniendo carita de pena.

—Entiendes que lo elija a él ¿No?

«Pues sí, claro que lo entiendo, pero no por eso deja de joderme».

Ha llegado la hora de despedirnos y que cada una comience por separado con su jornada. María y Carolina al final no han podido venir a desayunar, después las pondré al día de las novedades.

3

Aquí estamos las cuatro en la puerta de la Sacristía, porque Alicia, finalmente se ha marchado con el tal Silva de viaje relámpago de *folleteo* y desenfreno a Los Pirineos.

Estoy nerviosa, ya ves la tontería, me tiembla todo, la primera vez que fui a pedir cita, estaba feliz de la vida, ni me planteaba a qué iba, solo sabía que quería un viernes por la tarde. Ángel decía que así de un plumazo nos quitábamos a más de la mitad de los invitados que en el caso de ser en sábado vendrían, pero que al ser en viernes, se lo pensarían dos veces. «Si escogemos viernes por la tarde, solo vendrá el que realmente quiera, cariño». Qué razón tenía mi chico... Aún así, vinieron casi trescientas personas.

Este cura va de clérigo gracioso y enrollado.

—¡Buenas tardes, don Manuel! —saludo al padre.

—¿Qué les trae por aquí? —pregunta con una dulce voz con un sutil acento catalán.

—Pues..., verá. Me quiero casar el día doce de mayo a las siete de la tarde —le digo con una falsa y nerviosa sonrisa.

—¿El doce? Ni el trece ni el catorce. Mira ella que claro lo tiene... — Antes de dejarme abrir la boca se gira y nos deja aquí pasmadas.

Nos miramos sorprendidas, no sabemos por qué se ha marchado y sin decir nada ha desaparecido.

—Tía, este señor es muy raro —dice Carolina.

—¿Qué quieres? Es cura —responde María.

—Queréis callaros, que como me coja manía, no me da fecha —les mando cerrar la boca.

—No encuentro la agenda, ahora cuando venga el monaguillo le pregunto

dónde la dejó, si es que no se puede delegar en la gente, luego pasa lo que pasa. Lo único que sí te diré, es que la gente suele reservar fecha un año antes.

—Bueno... casi que podría haberla reservado hace veinticinco, ya puestos... —El cura nos mira preocupado.

—Ya sé que solo quedan dos meses, pero es muy importante para mí. — Pongo carita de pena, la mismita que le pongo a Ángel cuando quiero algo.

—¿No me diga que está encinta? —Se golpea la frente.

—Sí, claro, ya lo que me podía faltar. No sea cenizo, hombre de Dios. Verá, mi marido y yo, porque soy una mujer casada desde hace veinticuatro años y diez meses, queremos celebrar nuestras bodas de plata, y de ahí que le pida ese día y no otro, aunque en realidad, nosotros nos casamos un quince de mayo, pero este año cae en martes, y mi marido no va a querer casarse un martes, ya sabe «en martes ni te cases ni te embarques». Mi Ángel es muy del refranero español, y el sábado, este año cae en trece y ahí ya le digo que se va a negar por encima de todas las cosas. Es de los que piensa que ese número está maldito, e imaginará que mientras me da el sí quiero, le saldrán las llagas de Cristo o se abrirá el suelo del Altar engulléndolo a lo más hondo de los Infiernos... —Don Manuel cada vez abre más los ojos—, la cuestión, quiero, necesito y muero por darle nuevamente el sí quiero a mi marido el doce de mayo a las siete de la tarde. No me puede decir que no tiene ese día libre. Haré lo que me pida.

No sé que ha pensado de mí el padre Manuel, he sonado desesperada no, lo siguiente. Menos mal que se trata de un hombre que entiendo, está a favor y cumple el celibato, porque se lo llevo a rogar de esta manera al del restaurante y me veo haciendo una felación por primera vez en mi vida en el cuartito donde guardan los manteles bordados para las celebraciones.

Soy incapaz de soltarle las manos, cada vez le aprieto más fuerte, hasta

que don Manuel se zafa de mí.

—Espero y confío, en que ese día esté libre —dice hinchando las fosas nasales—. Hacer no tiene que hacer nada, solo dejarse ver por la casa de Dios, que es la primera vez que la veo, ¿me equivoco?

—Nosotras es que vamos a otra Parroquia... —responde María a la velocidad del rayo—. O la vemos por la tele, las tres firmamos la petición esa que rulaba por las redes sociales para que no retiraran la emisión de la Santa Misa en la dos.

Ahí ya se ha pasado, don Manuel creo que en toda su vida parroquial no se había encontrado con unas piradas como nosotras. A mí me da igual lo que piense, solo espero que me de ese día. El domingo vendré a misa, me pondré un traje de flores y una pamelita para que se me vea bien, bueno, mejor sin nada que me tape la cabeza y que se le grabe a fuego mi careto.

Salimos a toda prisa, se nos ha ido el Santo al Cielo, nunca mejor dicho. Qué no llegamos al restaurante.

—Por fa, busca el teléfono del restaurante, llama y pregunta por una tal Noelia, dile que vamos de camino —le digo un tanto histérica a María.

—Pero le digo que llamo de tu parte, ¿no? —me pregunta.

—No, dile que llamas de la tuya. Tía... por favor, centrémonos.

Mientras conduzco voy escuchando que le está contando mi vida a la persona que le ha descolgado. Ya hemos llegado y ella sigue al aparato...

Bajamos las tres del coche y nos dirigimos a la recepción, es un hotel que tiene un salón para celebraciones y el catering lo lleva un restaurante muy conocido.

—Buenas, habíamos quedado con Noelia —le digo casi sin aliento a la recepcionista.

—Un segundo, de parte de quién, si se puede saber —me dice la joven.

—Sí, claro que se puede saber. Soy la señora de... —no sé porque le he

dicho esto, cuando soy la primera que odia ser la señora de..., la madre de..., la hija de... y la amiga de... Me niego a ser la “de” de alguien—. Soy Olivia, dígale eso.

Antes de haber puesto el culo en unos sillones con una pinta impresionante, aparece Noelia, lo sé porque la de recepción la ha llamado por su nombre. Ella nos mira sonriente. Lleva unas carpetas y va uniformada como el resto del personal del hotel, aunque ella no lleva corbata.

—Al final habéis llegado en seguida. Por favor, seguidme. —Nos señala con el brazo una puerta que da a una plazoleta.

Se saca de la cintura una especie de *walkie talkie* y llama a un tal Ernesto, le ha pedido un *buggy*, que no tengo ni idea de qué será.

No me ha dado tiempo a preguntarle a Araceli por eso qué ha pedido Noelia, que es la que más mundo e idiomas tiene de las tres, cuando delante de nosotras aparca un carrito parecido a los que hay en los campos de golf.

He de reconocer que voy un poco asustada, al borde del acojone, más bien. Este hombre no conoce la palabra prudencia, nos lleva casi tocando rodilla, y nosotras a cada curva que toma, nos agolpamos las unas con las otras al lado contrario. Frena en seco haciendo que me estampe contra la parte trasera de su asiento. Bajo sudando y temblando.

—¡Vaya con el Fernando Alonso! —le digo recolocándome la cinturilla de los pantalones y pasándome las manos por el pelo. «¡Creo que he perdido las gafas que llevaba puestas en la cabeza!»

—Por aquí —nos dice abriendo un gran portón con su picaporte y todo.

Entramos en un recibidor muy resplandeciente, en la parte alta a unos cuatro metros de altura, casi rozando el techo, hay unas vidrieras de colores preciosas y del centro cuelga una enorme lámpara medieval. Es impresionante.

Me he emocionado.

—Cuéntame qué buscabas —me pregunta.

—No sé, algo sencillo, pero que quede bonito. Mi marido es raro. —Me cruzo de brazos.

—¿De qué presupuesto hablamos? ¿La ceremonia sería aquí?

—No, en la Iglesia. Queremos reproducir nuestra boda de hace veinticinco años, pero donde lo celebramos lo han echado abajo. —Me mira paralizada —, pero nosotros no hemos tenido nada que ver. Que quede claro —me río.

Comienza a caminar y nosotras la seguimos. Entra en un salón enorme sin paredes, todo está rodeado de cristales que dejan ver el exterior perfectamente. Las vistas son impresionantes. Abre la carpeta y nos invita a sentarnos. Vamos viendo el tipo de menú que nos podría interesar. Nos explica dónde sería la recepción y un *cocktel* de bienvenida. Lo visualizo todo, más bien, rememoro mi primera boda imaginándomela, pero aquí.

Reconozco que la ilusión no es la misma ni de lejos, aunque también es verdad, que mi primera vez no la viví con la intensidad que suelen hacerlo las novias de verdad. Yo jamás fui de las que fantaseaban con el hombre de sus sueños, ni de las que habían soñado mil veces de cómo sería el día de su boda ni nada que se le aproxime. Yo quería casarme con Ángel para huir de mi casa. Quererlo lo quería y estaba enamorada de él, una cosa no quita la otra, pero me hubiera ido a vivir con él sin más.

Elijo dos menús diferentes, aún no hemos elaborado la lista de invitados, y me da que a este paso me va a costar un riñón, bueno, a Ángel. Me aprovecho de que ha sido idea suya y es la ilusión de su vida; lo de celebrar «sus» bodas de plata.

Ya nos ha enseñado las instalaciones, me ha bloqueado el día doce de mayo y me ha dado un número de cuenta para hacerle una transferencia con la reserva. El lunes tengo que enviarle un *e-mail* con el número de invitados aproximado que acudirán. Al final me pilla el toro.

—¡Por favor! Que venga Ernesto —llama por su *walkie*.

—La chica esta alucina. Si se piensa que voy a volver a subirme con el psicópata ese, y encima, cuesta abajo, la lleva clara —digo poniéndome la mano en el pecho.

—Noelia, nosotras mejor bajamos dando un paseo, así echamos un vistazo al recinto, si te parece —le comunica Araceli.

—Sin problema. Bueno, Olivia, espero el *e-mail* y lo que hemos hablado. —Se me abalanza y me planta dos besos de ventosa a ambos lados de la cara.

Hace lo mismo con mis amigas. Nos guiña un ojo y nos marchamos limpiándonos los restos de sus babillas.

Esperamos un poco a tomar distancia de ella antes de comenzar con las críticas. Nosotras somos así, buena gente, aunque siempre le sacamos un pero a todo.

Tanto hemos caminado, que con la falta de aliento y los botines que llevamos, no hemos abierto la boca más que para coger aire.

Entro en casa, Ángel no ha vuelto del trabajo todavía. Dejo mi bolso en la entrada, me cambio de ropa y me tiro literalmente en el sofá para ojear los menús. Pienso lo que pienso y busco una hoja donde escribir la lista de invitados provisionales, así me haré una idea de cuánto dinero vamos a necesitar más o menos. A esto hay que añadirle la ropa, la nuestra y la de los niños, que el hecho de vivir lejos de casa no nos libraré de correr con todos los gastos de ellos.

A las primeras que pongo, como no podía ser de otra manera, son a las chicas con sus respectivas parejas y en duda a sus hijos, entiendo que no les apetecerá lo más mínimo acudir a las bodas de platas de los amigos íntimos de sus padres, por mucho que los conozcamos desde que tenían menos de dos años.

Lista de amigos, ahora me pongo con la de compañeros del trabajo de Ángel, con sus mujeres nos plantamos ya en sesenta invitados, así a lo tonto, y aún no he puesto familia, supongo que mis hermanos vendrán y mi madre, por muy despegada que sea, entiendo yo, que le hará ilusión verme subir al altar de nuevo. Bueno, yo voy poniendo que siempre estamos a tiempo de eliminar.

Me entra un mensaje en el *WhatsApp*. Alargo la mano por el sofá, desbloqueo la pantalla y miro.

Mensaje de Ángel:

De camino. He comprado una carpa. Haz hueco.

Mensaje mío:

Una carpa para dónde.

Mensaje de Ángel:

Para casa.

Mensaje mío:

Imagino, pero que dónde narices la vas a poner.

Mensaje de Ángel:

No entiendo tu pregunta.

Mensaje mío:

Joder, pues es muy sencilla. Dices que has comprado una carpa y que haga hueco y yo te pregunto dónde tengo que hacerlo.

Mensaje de Ángel:

Cariño, es que de verdad, a veces todavía me sorprendes.

Mensaje mío:

OK

He pasado de seguir escribiendo, su diplomática manera de llamarme tonta sin llamármelo, me enoja. Cuando llegue, que haga hueco él dónde le salga del pijo.

Sigo con mi lista de invitados.

Escucho la puerta de la calle. Continuo con mis cosas. Alguien está dando patadas a los bajos de la puerta de entrada.

—¡Cariño! Abre —Ángel gritando.

—¿No llevas la llaves? —le respondo con el mismo tonto de voz.

—Sí y también llevo las manos ocupadas. ¿Quieres abrir? —Lo escucho perfectamente, pero se le entiende un poco mal, casi ni vocaliza.

—¡Voy! —le digo poniéndome las zapatillas.

Por un momento he visualizado a mi marido con las manos ocupadas por una pecera de dos por dos llena de agua salada con un pez gigante de color naranja. Y con bolsas colgando de las manos a pulso con la bomba de aire, el limpia fondos, el decorado del fondo marino y un saco de piedras para dejar más mono el acuario del pececillo y la comida de la carpa, que eso no creo que pese mucho.

Abro.

—¿Y el acuario? —pregunto sorprendida.

—¿Qué acuario? —me responde él más sorprendido aún.

—¿Dónde la llevas?

—¿Estás ciega? —me dice señalando una caja blanca alargada.

—¿Eso qué es?

—¿Te encuentras bien? Anda, ayúdame —me pide agachándose a coger de un extremo del paquete.

—¿Qué has comprado?

—Una carpa, te lo dije, así podremos estar en la terraza y no nos pegará el sol de pleno ni el relente de noche.

—¿¡Una carpa!?! Coño, haberme dicho un toldo. No sabes la de cosas que he imaginado.

—Vale, de ahí lo del acuario. Menuda imaginación tienes.

—Ya te veía haciendo un lago en el jardín.

Salimos a la terraza trasera de la casa, saca un cúter y empieza a abrir la caja. Llena el suelo de palos y de trocitos de plástico con forma de V. Me pide ayuda para desplegar una lona de color crema. Deja en el suelo un papel con unos dibujos muy extraños, encima pone A mayúscula, B, c minúscula y no sé qué más.

Lo dejo ahí y entro en la cocina, cojo dos latas de Coca-cola, parto un trocito de *fuet* y salgo de nuevo.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunto.

—Lo de siempre. A primera hora juzgado y luego despacho y más despacho. ¿Y tú?

—Poca cosa. Hemos ido a la Iglesia y luego a lo del restaurante, he traído dos menús diferentes, hay que decidir cuál de ellos, hacerle una transferencia y enviarle un *e-mail* el lunes con el número aproximado de invitados.

—Muy bien.

Mientras charlamos, la carpa va cogiendo forma. Creo que es la primera cosa que hacemos juntos desde hace meses que no sea discutir o *chingar*. Me quedo mirándolo fijamente. Se ha dado cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no me quiero hacer vieja —confieso apenada.

—Pues mal tema, ya es un poco tarde... —me responde poniéndome la mano sobre la rodilla.

—Gracias, eres de gran ayuda.

—Y qué quieres que diga: «No cariño, no te vas a hacer vieja...». Si te hubiera dicho eso, me habrías salido con que si es que insinúo que te vas a morir ya. Es ley de vida. A mí me gusta como eres.

—No me lo creo, seguro que si te ponen a una chica de veinte años delante con un buen culo, con las tetas en su sitio y con el pelo de un solo color, la preferirías antes que a mí.

—Si me ponen a una niña de veinte años delante, pensaría en Patricia, y no la miraría de ninguna manera. Reconocería si está bien, pero ya está. No te comas la cabeza. Anda, ven aquí. —Me acerca a su pecho.

Mientras discutíamos de si se tiraría o no a una jovencita, se ha hecho de noche sin apenas darnos cuenta. Recogemos los plásticos donde iban las barras que ahora sostienen la lona de la carpa, lo metemos todo en la caja y abrazándome, admira su creación.

—¡Qué bien me ha quedado!

4

Ya estamos en fin de semana. Ángel, como cada sábado, ha madrugado sin necesidad de tirarle un cubo de agua por la cabeza para que se levante. Se ha ido a jugar al pádel con Arnaldo, Pepe y Raúl.

Yo, como cada sábado, me quedo en casa haciendo las mismas cosas que el resto de la semana, aunque a las doce he quedado con las chicas para tomar algo.

No solemos quedar con nuestros respectivos, porque Arnaldo es el ex de Alicia y como ya no están juntos, y ella cada dos por tres cambia de *maromillo*, y él, aunque siempre ha sido muy putero, es hombre de una sola mujer, de la oficial, y no soporta verla aunque sea sin compañía, porque la quiere de vuelta a su lado y como mi marido es de los que sufre por el resto de la humanidad, dice que lo pasa fatal y que no disfruta del rato que estamos juntos.

Así, que, para no decantarnos por uno y dejar de lado al otro, los sábado el aperitivo lo tomamos cada uno por su lado, el domingo sí que comemos acompañados.

Aprovechando que Alicia está en Los Pirineos con el tal Silva, hemos pensado en ir a verlos un poco antes de que terminen el partido y luego en el club, tomaremos juntos el aperitivo.

Acabamos de llegar, bajamos del coche y pegaditas a nosotras, aparca un descapotable, de él bajan tres chicas a las que estoy convencida doblamos la edad; porque si me dicen que tienen los mismos años que yo, me lanzo a sus pies y me amarro a sus tobillos hasta que me confiesen cómo han conseguido lucir tan resplandecientes y quién es su cirujano. Las cuatro nos miramos, no hace falta decir nada, somos tan amigas y hemos compartido confidencias

durante tantos años, que hemos desarrollado una especie de don y nos leemos la mente.

—¡¡Zorras!! —decimos las cuatro a la vez. Nos reímos.

Atravesamos el pasillo de edificio del club y salimos a las pistas, doblamos a la izquierda y allí, a lo lejos, están los tres maridos nuestros, con sus cuerpos espectacularmente deteriorados. El tiempo también se ha recreado con ellos.

No entiendo como Ángel dice que todavía le gusto. Estoy segura que aceptaría sin rechistar que me reconociera que no es verdad. Yo a él lo quiero, pero decir que me atrae... En fin. Intento dispersar mis pensamientos girando la mirada hacia el chiringuito, creo que vamos a ir directamente a por algo fresquito de beber.

Ellos no nos han visto, están entretenidos admirando a las tres «zorras» monísimas de la muerte que acaban de ponerse en la pista que hay justo al lado de la de ellos. Los tres, a falta de babear, la deshidratación que llevan debido al esfuerzo deportivo les impide hacerlo, pero de seguir teniendo líquido en el organismo, babearían hasta inundar las pistas. Pero si babeo hasta yo... Cruzan miradas de complicidad, ellos también han debido de desarrollar nuestro don, pero sus pensamientos distarán mucho de los nuestros. En sus miradas y sus risitas se puede ver perfectamente que están pensando en las miles de marranadas que les harían en este preciso instante. Si supieran que nadie los observa, creo que, hasta lo intentarían.

—¿No os da la sensación de que el tiempo ha pasado demasiado deprisa y que os habéis dejado cosas por hacer?

—Calla, que sabes que lloro —dice Araceli—. Desde que los niños se marcharon de casa, no encuentro qué hacer con Ciro.

—Pues eso me pasa a mí —contesto.

—Yo es que nunca encontré qué hacer con el mío —responde María.

Nos reímos.

—Y si organizamos un viaje los ocho —propone Araceli.

—¿Y Alicia? —pregunto inocentemente.

—Yo tendría que ver mis turnos —responde Carolina.

—Si no se lo decimos a ninguno de los dos no pasará nada, es un viaje relámpago —apunta Araceli.

Mientras discutimos si contar con Arnaldo y Alicia, miramos en internet un sitio al que poder ir un fin de semana. Hemos pensado no decírselo a nuestros maridos y darles una sorpresa. Sería en verano, así hay tiempo para el que tenga que cambiar algún turno de trabajo lo haga sin problema.

Giro la vista y ya no están en la pista jugando. Posiblemente han recogido y se han marchado al vestuario, con la emoción del viajecillo, ninguna nos hemos percatado.

Sin poder evitarlo, comienzo a pensar en lo qué ha sido mi vida. Esto se está convirtiendo ya en una obsesión. Debo de tener mal conectado algún cable en el cerebro, uno que afecta al sentido de la vista, porque yo sé que estoy más mayor, es evidente, ciega no estoy, pero no tanto como por ejemplo otras mujeres de cuarenta y cinco años, y digo yo que estaremos a la par. Mi genética es buena, pero no obra milagros.

Lo que me da rabia es que en ocasiones he visto a alguna chica de las que rondan los treinta y cinco años, y hubiera apostado que éramos prácticamente de la misma edad. Y esto me preocupa, se me está atrofiando el olfato y el ojo clínico. Pero lo peor de todo es que aun sabiéndolo, yo sigo convencida que estamos más o menos iguales. Mis ojos no asumen el paso del tiempo.

Lo fácil sería aceptar que no sé calcular la edad de la gente, ni la mía propia.

Recuerdo cuando era pequeña y venía la abuela de alguna compañera a recogerla y la veía «señorona mayor», vieja, ahí no había duda en el cálculo.

¿Me verán así los niños del colegio cuando acompaño a mi vecina a recoger a su nieto?

Me estoy mareando y hasta me ha empezado a doler la barriga.

Decidido, el lunes comienzo la dieta, me apunto por la mañana a un gimnasio con entrenador personal y todos los viernes a la peluquería. Necesito ir a comprar ropa. En principio esperaré a perder un par de tallas.

Me acaba de poseer el espíritu de Cindy Crawford, si hasta para pensar en modelos me he quedado anclada en la Era Glacial. Ya no sé quién está en el mercado. Si Patricia compartiera más cosas conmigo, conocería a *YouTubers* de esas que están a la moda y a las modelos más cotizadas.

Hemos pasado un día fenomenal, los ocho juntos, aunque se han echado de menos las burradas que suelta Alicia; es que es única. Arnaldo ha preferido marcharse, ha dicho que ya tenía plan, pero me da que lo ha dicho porque se sentía incómodo, todos éramos parejas, y tantos años saliendo en el mismo grupo, le ha debido de traer recuerdos.

Cuando se ha despedido, hemos sacado el tema de Alicia y sus amoríos, a nuestros maridos les parece fatal su actitud, pero no la de Arnaldo, así que hemos terminado discutiendo. Si es que no sé para qué hablamos de ello si siempre sucede lo mismo.

Qué rabia me da que esté mal visto que una mujer separada tenga sus líos y que un hombre, en los tiempos en los que estamos, no lo esté. Cada día estoy más convencida que Ángel y el resto son del Medievo o yendo más atrás, de la Prehistoria. De buen grado arrastraría a Alicia del moño calle abajo para poseerla en el primer portal que pillara. Hablo de Arnaldo, no de mi marido, por supuesto.

Al llegar a casa la hemos tenido Ángel y yo. Todo por defender su ridículo honor a la fidelidad.

—Te pongas como te pongas, Alicia viene. En serio, esto no es discutible. Con qué cara le digo que no está invitada. ¿Dime?

—Qué no, que también es mi boda y no me gusta. No se ha portado bien con Arnaldo. ¿Es qué no lo ves? —me dice indignado llevándose las manos a la cabeza.

—¡Claro! Que ella, después de ser durante diez años el torito *embolao* del pueblo, sin saberlo, estaba bien, y no pasaba nada porque eran putas, y siempre las pagaba algún cliente. Arnaldo jamás se dejó un euro en eso, pero que ella se liara con su profesor de pádel-surf, un día que se había bebido hasta el agua de los floreros y había mezclado con un gramo de vete tú a saber qué, porque se acababa de enterar que Arnaldo le había pegado hongos de una de sus juergas, eso... Eso está muy mal visto. ¿Pero estamos locos, Ángel? —le pregunto elevando cada vez más el tono de voz poniéndome en pie y volviéndome a sentar.

—Me sorprende y asusta a partes iguales lo liberal que te has vuelto últimamente, Oli.

—¡Qué liberal, ni qué liberal! Bueno, paso de discutir, si quieres boda, Alicia vendrá y será mi dama de honor. A mí me importa un pimiento si Arnaldo es testigo tuyo. En serio te lo digo.

—Pues no pago —sentencia.

—Pues no hay boda —le replico.

—Ya te sale la chula que llevas dentro.

—¿Chula, yo? ¿De qué? —Me planto en su cara con los brazos en jarra.

Me pillo tal cabreo, que lo dejo con la palabra en la boca y me encierro en el dormitorio.

Cuando se pone así no lo soporto, ahora vendrá a buscarme como si nada, pero la lleva clara.

Qué rabia me da todo esto. Yo no sé si tengo una depresión, si estoy

atravesando una crisis existencial, pero ahora mismo siento..., siento que no siento nada, estoy vacía y seca, pero más seca que una pasa de esas arrugadas que no se las quiere comer nadie y acaban en el cubo de la basura cuando estás echando los restos de comida que han quedado en el plato.

En momentos así es cuando tengo la sensación de haber desperdiciado mi vida. No me arrepiento de haber sido madre, eso nunca, pero sí de no haber salido, haber viajado, haberme alquilado un piso y disfrutar unos años de la soltería.

Experimentar qué es eso de llevarme al típico rollo de una noche y levantarme a la mañana siguiente borracha perdida todavía, girarme y ver a un desconocido, e intentar recordar en qué momento de la noche me ligué al *buenorro* que yace a mi vera en mi cama de soltera. ¡Qué solo me he acostado con Ángel! Y no sé si folla bien o mal.

Y ahora, dónde voy yo a reencontrarme conmigo misma si no me abrochan los pantalones de la talla cuarenta y cuatro. Llevo el pelo de tres colores, el mío natural, las canas asquerosas que van conquistando día tras días mi negra cabellera azulada preciosa rizada que tenía y el descolorido tinte marrón chocolate que me puse para Nochevieja. Qué ganas de llorar me están entrando.

Escuchó las llaves de casa, por un momento pienso que es Ángel que se marcha, que me abandona, pero no, aunque precisamente ahora mismo no me habría importado lo más mínimo. Es él, pero porque está cerrando la casa, se irá a acostar ya. Me giro, me tapo bien y me hago la dormida. Paso de reconciliaciones.

5

Las conversaciones de estos días con las chicas me han creado dudas, y me han hecho replantearme mi vida.

Que estoy desencantada de la vida es un hecho, no en el sentido de «me quiero suicidar, la vida ha dejado de tener sentido para mí», pero sí de «quiero retomar mi vida y disfrutarla al máximo, como no he hecho hasta ahora».

Intentar organizar mis bodas de plata, no me está resultando placentero, parece que lo haga obligada. Me sabe mal defraudar a Ángel. Se le ve tan ilusionado...

Para él, todo continúa como el primer día que nos hicimos novios, da igual que el tiempo haya pasado y sobre todo y principal, que seamos el doble de lo que éramos en versión *vintage*.

Estoy como resignada, quererle le quiero, pero las mariposas murieron el siglo pasado, incluso, dudo si alguna vez existieron.

Me siento mal pensando esto. Quiero volver a sentirme la misma de antes, de antes de muy atrás, cuando nos conocimos, quiero mirar con ilusión al futuro, pero es que lo veo tan negro...

Tengo la sensación de encontrarme en un callejón sin salida, atrapada, viviendo un sucedáneo de la vida que soñé, o yendo más allá, igual, es que ni lo hice.

Echo la vista atrás y recuerdo ser feliz. Ángel me ha dado todo lo que soy hoy en día. Tenemos dos hijos maravillosos que son mi vida, pero que parece que ya no formen parte de ella, mi marido trabaja de sol a sol y yo... estoy sola.

Todos han evolucionado. Estoy como atrapada en el tiempo, haciendo las

mismas cosas que antes. No avanzo. Me estanco por etapas.

Cuando los niños eran pequeños, también tuve una crisis de estas, pero Ángel me juró que pasaría y que en menos que cantaba un gallo, vería la luz y volvería a recuperar mi vida. Me mintió, solo la ha recuperado él.

También es posible que yo nunca haya tenido vida y de ahí que no pueda recuperar algo que no me pertenecía.

Hace unos dieciséis años, mi día a día me mataba, pero soy esa especie de masoquista que si no tengo algo por lo que sufrir, no vivo a gusto.

Reconozco que normal..., no he sido nunca.

Cuando Patricia tenía seis años y Angelito era todavía un bebé, mi día era como el de un hámster *roborowski* que solo duerme, se sube a la rueda por la noche cuando todos pernoctan y se llena la boca con comida y regresa a su nido a dormir y así, día tras día hasta que le llega la hora de su muerte.

Mis jornadas eran exactamente iguales, no hacía falta que sonara el despertador, había engendrado a una bocina humana noctámbula o al Gallo Claudio. Olía el amanecer.

Comenzaba la mañana: biberón, cambio de pañal y de pijama, despertaba a la mayor, discutíamos qué modelito se tenía que poner y eso que aún no levantaba ni un palmo del suelo. Si hubiera escuchado las recomendaciones de mi suegra y la hubiera llevado a un colegio privado, este problema no lo hubiera tenido, iría con uniforme.

Después, venía que si no quería desayunar, que odiaba beber leche, pero tampoco quería yogurt, «Patricia, que te vas a quedar enana», pero le daba exactamente igual. Luego llegaba la estúpida discusión del almuerzo «eso no me lo pongas, la profesora no quiere que llevemos bollería industrial». «¡Joder!, pues que te haga ella el almuerzo saludable y a mí que me deje en paz!» y ya como colofón, el peinado que debía lucir mi niña, ni que la hubiera apuntado a la escuela de modelos de *Francina*. A todo esto, mi

Angelito berreando ya de buena mañana, creo que pasó toda su etapa de bebé con la boca de par en par y de ahí que ahora mis tímpanos hayan quedado resentidos y ciertas frecuencias mi cerebro las bloquee y no las descifre. Mi bebé me provocó una sordera...

Continuaba con la trifulca diaria: llegar al coche, meter a los niños dentro, atarlos, plegar el carro del demonio, que, aún no entiendo cómo no acabó abandonado en una cuneta, lo metía como podía en el interior y a conducir. Aparcaba a tomar por culo, bajaba, abría el maletero, rescataba el carricoche de Angelito, escuchaba a los niños llorando en el interior, por lo que fuera, la cuestión era llorar para ponerme de los nervios, más todavía, porque ya lo estaba desde que había abierto un ojo de madrugada.

A duras penas, llegábamos a la puerta del colegio, y era cuando por primera vez en el día tenía contacto con la realidad. Fue cuando empecé a desarrollar fobia por las madres de la clase de Patricia, no era normal que estuvieran monísimas de la muerte desde tan temprano y que sus niñas lucieran espléndidas y la mía tan solo llegara a ser una imitación barata y cutre de sus compañeras, por no hablar de mí, creo que en varias ocasiones llegué con el pijama debajo del abrigo. Ellas de «boda» y yo viniendo de «pillar caballo» en un poblado chabolista. En momentos así, entendía a mis hijos, yo también me hubiera puesto a berrear junto a ellos.

Dejaba a mi niña y regresaba a casa haciendo lo mismo, pero al contrario. Llegaba casi para darle el almuerzo al niño, que no perdonaba los horarios, luego no comía, pero tenía que activar el llanto de «tengo hambre, tengo hambre, o me das de comer o amenaza con no dejar de gritar hasta que reviente con mi pitido estridente todos los cristales de la casa, incluida la cristalería que está en el interior de la vitrina».

Llego a tener un vecino de estas características y habría denunciado a sus padres, sigo sin explicarme por qué jamás nadie me denunció y me llevaron

detenida lejos de esta pesadilla.

Como Angelito nunca paró de llorar, me compré una bandolera de esas que te pegas literalmente al niño a tu pecho y lo llevas como si fuera un cangurito. Lo hacía todo con él ahí metido, y cuando digo todo, es todo.

Le preparaba el puré del día, no recuerdo quién de todos mis cuñados me regaló el *babycook* que hacía al vapor la comida, lo dejabas ahí y hasta lo trituraba después.

No había tenido tiempo de sentarme ni para mear, bueno, con Angelito en el trozo de tela.

Repito, para que se me entienda, todos los días de lunes a viernes eran lo mismo:

Le daba de comer al niño el puré, me ponía perdida, él lloraba, yo le hacía el avión con la cuchara goteando de pasta verde, en ocasiones le tapaba la nariz para que me abriera la boca y el niño se volvía loco metiendo toda la zarpa dentro del plato y acabábamos él y yo llenos de la cabeza a los pies. Le pegaba cuatro gritos, le decía de todo a un bebé que, solo lloraba desconsolado, pero a mí me daba lo mismo, la indignación y el cabreo hablaban por mí, sería más correcto decir que gritaban histéricos en mi nombre.

Llena de puré ponía al niño poseído en su carrito y comenzaba a menearlo a unas velocidades que si ahora viera a alguna madre hacerlo como lo hacía yo, le diría que le iba a provocar el síndrome del bebé agitado. Cuando el niño perdía el conocimiento, porque era imposible que se durmiera, lentamente, aparcaba el carrito al lado de la entrada de casa. Iba corriendo de puntillas y descalza para no hacer ruido, entraba en la cocina, abría la nevera y me cogía un trozo de algo que no se tuviera que cocinar, lo engullía, me hacía un café y me preparaba para salir. Otra vez corriendo, mientras, empujaba el carro de Angelito hacia el *parking* de casa, había que ir a recoger a Patricia a las cuatro

y media de la tarde.

Tenía que salir a las cuatro en punto, ni un minuto antes ni uno después. Otro de mis traumas ha sido el coche y necesitaba llegar con tiempo para aparcar en un sitio donde podía hacerlo sin problemas un autobús escolar con mi modesto clase B. Cuando Ángel me lo regaló, me juró que aparcaba solo, que llevaba *parktronic* incorporado. Nunca fui capaz de accionar esa opción, por más que me la explicara mi marido, a mí, el coche no me hacía caso y no me salía la maldita flecha en la pantallita detrás del volante diciéndome que ese lugar era del tamaño perfecto para poder estacionar mi vehículo.

Empujando el carrito para llegar al coche antes de que el reloj marcara las cuatro de la tarde, frenaba en seco justo en la puerta trasera del copiloto donde tenía la sillita homologada del niño, con sumo cuidado le quitaba el arnés, lo cogía para trasladarlo de sitio y él abría de golpe los ojos, me miraba serio y en una micra de segundo comenzaba a berrear como si estuviéramos en la matanza del cochino y él fuera la víctima. Se revolvía, estiraba, encogía y no había forma humana de acoplarlo en la sillita. Lo metía de un golpe, le pasaba las cintas por los brazos como si se tratara de un concurso de la tele y dejándolo encanado, me subía al coche sudando la gota gorda aunque fuera el mes de diciembre. Le daba al botón de la radio y me ponía a los *Rammstein* al cuarenta de volumen, todo con tal de no escuchar a mi hijo.

Cansado de llorar, acababa rendido antes de que hubiera sido capaz de encontrar el hueco para aparcar. Siempre salía pronto por el sitio, pero nunca logré hacerlo cerca del colegio. Harta de esperar que me saliera la flecha para que obrara el milagro de aparcarse solo, me iba a un descampado y lo dejaba como podía allá donde Cristo perdió el zapato. Después de diez minutos maniobrando, echaba el freno de mano, me quitaba el cinturón, salía fuera y abría el maletero, había que montar el maldito carro de Angelito, que muy último modelo y precio similar al de un ciclomotor, pero era un cochecito

inútil.

Cuando lo compramos, la empleada de la planta de artículos de bebés nos juró que era el mejor del mercado, el más ligero, se podía empujar con una sola mano, servía para ir por la nieve, la arena y hasta... se podía poner un patinete anclado para el hermano mayor. Lo mejor de todo, que también se podía plegar con un movimiento seco y rápido de muñeca, la mía debía de estar atrofiada porque jamás logré hacerlo y tampoco usando las dos manos y ayudándome de los pies. Nada, el carrito me odiaba y yo más a él. La cuestión era que todas las mañanas y todas las tardes de la existencia de Angelito bebé, eran iguales, una lucha a ver quién de los dos ganaba, generalmente lo hacía el carro y se quedaba en el interior del maletero.

Yo arrancaba de la silla al niño, lo hacía ya hastiada de la vida, volvía a despertarlo, con lo consiguiente, el niño comenzaba con la matanza del cochino, y como ya llegaba tarde, iba corriendo con mi hijo a modo cántaro de leche bajo el brazo, pataleando. La gente me miraba, entiendo que compadeciéndose de mí y algunas mujeres que nunca antes habían tenido descendencia, lo hacían del niño.

Llegaba a la puerta del cole jadeando, hacía un saludo general intentando recuperar el aliento y esperaba a que abrieran, pasaba con Angelito retorciéndose, encima no lo podía dejar en el suelo porque lo había metido en el coche sin zapatos.

Salía Patricia, casi siempre llorando porque alguna amiguita le había dicho que ya no lo era y cualquier historia dramática era buena para tener que regresar al coche con los dos niños llorando.

Si no era baile, era inglés, si no al pediatra, pero me pasaba la tarde entera haciendo de chófer con el niño del exorcista de acompañante.

A las siete de la tarde regresaba nuevamente a mi dulce hogar, al que no había tenido tiempo de dedicar ni un minuto recogiendo, o limpiando. Pasaba

con los niños y venía el momento ducha, otra pesadilla más para sumar a mi maravilloso día. Angelito como no podía ser de otra forma, también lloraba cuando había que bañarlo. Llega a nacer el primero y se queda hijo único...

Ya se me habían hecho las ocho de la tarde que era cuando regresaba a casa Ángel. Escuchaba cómo metía la llave y los dos niños por arte de magia, se quedaban dormidos, alguna vez dudé si es que mi marido pulverizaba algún gas que solo les afectaba a ellos, porque no podía ser posible. Qué rabia...

Si luego le contaba mi día horrible y asqueroso, él no entendía que nuestro pequeño fuera la semilla del Diablo. Lo miraba dormidito con la boquita abierta babeando y la niña de sus ojos *acurricadita* en un rincón del sofá con carita de ángel a la que solo le faltaban las alitas.

Pues así fueron mis primeros años ejerciendo de madre entregada hasta que el niño entró a primaria y la niña estaba a punto de comenzar la ESO. Me pude relajar un año, la etapa infernal había llegado a su fin, pero nadie me informó que era peor la adolescente. Patricia me lo hizo pasar igual de mal que Angelito de bebé.

6

Ya es lunes, soy un *zombie*, me he pasado toda la noche recordando mis inicios traumáticos de madre.

Antes de media mañana le tengo que hacer la transferencia a Noelia, la gerente del restaurante donde supuestamente celebraremos el convite de nuestras bodas de plata, que al paso que vamos, eso va a parecer *Bodas de Sangre*. También le tengo que enviar el número de invitados aproximados.

Me siento frente al ordenador como cada mañana de mi aburrida existencia, cargo la página de la banca *online* y hago la transferencia; me sé de memoria el número de tarjeta de mi marido. Le envío un *e-mail* con el justificante del banco y el número de invitados.

Ya estoy de mala leche, oficialmente me he puesto a dieta. Solo espero que esta vez me lo tome en serio. La fuerza de voluntad para mis carnes es desconocida y así me va...

En los últimos tres años, he estado a dieta más de veinte veces, y unas dieciocho lo he estado tan solo dos horas, desde que me levantaba hasta que llegaba a la cafetería a desayunar con las chicas y el olor a mantequilla de los cruasanes que sacaban del horno, me gritaban que me pidiera un par.

Cuando se marche Araceli a abrir la clínica me iré también yo, quiero apuntarme al gimnasio y pedir un *personal trainner* de esos que tienen las famosas y les va tan bien. Luego le preguntaré a Carolina dónde hacen tratamientos de gimnasia pasiva, que así algo más notaré. De no conseguir cerrar la boca y reducir «el pienso», el meneo que te dan con las máquinas, hará el resto del trabajo. Le diré a María si se quiere apuntar conmigo, siempre se ha dicho que si vas con alguien, como que te sientes obligada a no saltarte ninguna clase.

Salgo de la ducha, me subo a la báscula que tiene casi telarañas y con los ojos medio cerrados del todo, bajo la vista hacia el cuadradito donde aparece el peso. «¡Mierda! Debe de estar mal regulado»... Es imposible que esté casi a veinte kilos de los cien. Voy a necesitar coserme la boca. Igual, a parte de todo el *planning* que tengo organizado, debería de apuntarme a alguna franquicia de esas donde hay una dietista, le cuentas tus hábitos, te pesa, te mide y te echa la bronca semanalmente. Yo sola no voy a poder.

Acabo de llegar a la cafetería.

—Estoy de mala leche —digo mientras retiro la silla para tomar asiento.

—¡Joder! ¡Buenos días! Al menos, ¿no? —me dice Araceli dándole un bocado a su bollo *chorreoso* de crema amarillita tirando a naranja que tiene una pinta deliciosa.

—Pues eso. ¡Buenos días! Estoy de mala leche —vuelvo a saludar.

—¿Has discutido con Ángel? —me pregunta Carolina.

—Más o menos. Es que es idiota. Pues no me dice que Alicia no puede venir a la boda... Y lo peor no es eso, lo que más me fastidia es que defiende a Arnaldo. No puedo, es superior a mí. Machistas...

—*Buaj*, no sufras, yo ayer mandé al sofá a Raúl, dice que si Alicia va a tu boda, nosotros nos quedamos en casa. Vamos, casi me caigo al suelo.

—¡Alucino! Pues yo le dije a Ciro: «Ni se te ocurra dar tu opinión. Vamos a la boda y punto» —nos informa Araceli muy triunfante.

—Ya, pero es que Ciro hace todo lo que tú le digas a modo hijo fiel —nos reímos todas menos ella.

—Oli, que lo hago por ti.

Seguimos hablando de lo qué piensan nuestros maridos al respecto de Alicia y nos callamos en seco. Acaba de entrar.

—¡Buenas, buenas! ¡Buenísimos días! —dice quitándose una especie de boa de pelo fucsia que llevaba atada al cuello.

—No hace falta que te preguntemos —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Uff*, no sé si voy a poder ser capaz de sentarme. El *chochillo* me implora que no le dé más uso —se carcajea.

—¡Madre mía! Pero si hasta parece más joven... —dice María mirándonos.

Nos traen los cafés y ella no deja de hablar, nos cuenta desde que se subió al coche con Silva, hasta cuando pararon en un área de servicio y se lo montaron en los baños de caballeros, hasta que llegaron al hotel en Los Pirineos e inauguraron la habitación y todas las áreas donde había una puerta. Está entrando en todos y cada uno de los detalles. Parece el guión de una película porno.

—Bueno, y tú ¿no has pensado en dar un cambio radical a tu vida? —Me señala con el dedo índice.

—¿Yo? ¿Estás loca? No me pienso separar y mucho menos, ponerle los cuernos a Ángel —le respondo rápidamente interrumpiéndola.

—¡Animal! Qué no iban por ahí los tiros. Hablaba de darle vida a tu relación, a la sexual. Siempre tienes cara de nabo y la carencia de orgasmos está acelerando tu envejecimiento prematuro. Si no te apetece follar con Ángel, al menos, mástúrbate, conócete, no sé... —Por segundos me voy poniendo de todos los *pantone* del magenta.

—Ya te vale. Me llamas vieja, y que tengo el color de un vegetal que nadie quiere y no contenta con eso..., me aconsejas la masturbación para alargar mi casi perdida juventud.

—Os lo recomiendo a todas. Miradme a mí. Desde que me separé del innumerable estoy mejor que nunca, si hasta me piropean los universitarios...

—Sí, los catedráticos honoríficos. No te flipes.

Se levanta y como siempre, va de un lado a otro dando grititos cuando

habla. Es de las que le encanta llamar la atención allá donde vaya. Insisto en que es buena gente, que es muy buena amiga y que siempre está dispuesta a ayudar al que se lo pida sin pedir nada a cambio, pero se le va la pinza que da gusto. Encima, incita al adulterio. Si se enterara Ángel, él mismo le comunicaba que no está invitada a nuestra segunda boda.

Ella sigue insistiéndonos en el cambio radical. Tan insistente es, que se ofrece a regalarnos unos juguetitos sexuales, declino su ofrecimiento. Me imagino llegando a casa con un «pepito volador» de esos y salgo en los periódicos. Aunque reconozco que ahora, me pica la curiosidad.

Bueno, si me lo quiere regalar no me quedará otra que cogérselo, ya intentaré estrenarlo en uno de los viajes de Ángel, cuando la soledad nocturna me aceche.

Me despido de ellas y me dirijo al gimnasio. Debo de explotar al máximo mi fuerza de voluntad. Oficialmente, llevo tres horas sin romper la dieta.

¡Me siento invencible!

Antes de llegar, en la acera de enfrente, veo el luminoso de un centro integral de belleza. Algo en mi interior me obliga a entrar.

—¡Buenos días! Querría información sobre la gimnasia pasiva, que me saque un presupuesto, y también, de la depilación láser. ¡Ah! Y quiero hacer dieta de esas relámpago. Me caso en menos de dos meses y quiero estar divina de la muerte. —Finjo ser una pija redomada meneando la manita cuando hablo y tapándome la boca cuando la dependienta me dice que tienen lo último de lo último.

Me invita a pasar dentro. Ella misma es la que lo hace todo.

—Desvístete y sube al peso. —Lo miro de reojo.

Le obedezco tímidamente. Una vez arriba, cierro los ojos, suelto todo el aire contenido en mis pulmones; soy de las que todavía cree que el aire pesa.

Bajo y me indica que ponga los brazos en cruz; me está midiendo. Me

pasa el metro por el contorno de pecho, coge una libreta y apunta. Ahora cintura, caderas y muslos, vuelve a anotar. Observo que aprieta los labios y los mueve de un lado a otro como negando. Me está empezando a preocupar.

—Ya puedes vestirme. Te sobran unos cuantos kilitos. Lo conseguiremos, tranquila —le sonrío.

—Yo es que soy de hueso ancho. —Intento quitarle importancia a su revelación acerca de mi sobrepeso.

—Sí, de hueso ancho y de boca trapa. —¿Perdona? Me cae mal, me está empezando a caer fatal. Me acaba de llamar gorda glotona en mi cara.

Abre un cajón y saca una especie de cuadernillo con el logo de su empresa en la primera hoja.

Me explica en qué va a consistir la dieta y me habla de batidos, barritas y cereales para echarle al yogurt que es lo único que me deja tomar de postre. Y también me va apuntando el nombre de unas pastillas que deberé de tomar antes del desayuno, de la comida y de la cena. Que funcionan de maravilla, quemarán mi exceso de grasa y me ayudarán a eliminar líquidos. Termina de escribir y me pide que la acompañe al mostrador.

Con una destreza que me sorprende, va de estantería en estantería cogiendo todo lo que me ha aconsejado tomar.

—Olivia, mucha suerte. Nos vemos la semana que viene. Sé fuerte, tú puedes y si caes en la tentación, no desistas, somos humanos y los humanos erramos —ahora habla como si fuera la líder de una secta. Me empieza a preocupar—. Si te caes, te levantas. Son trescientos cuarenta y cinco con veintiséis céntimos. Mañana te llamo para darte el presupuesto de la gimnasia y de la láser.

¡Dios! Acabo de sentir una punzada en todo el centro del estómago. He debido de adelgazar de golpe unos quince kilos. Cuando se entere Ángel, me hace una liposucción casera con la manguera del patio trasero y me venda

con la carpa.

Con el atraco a mano armada que acabo de sufrir, he decidido que no era el momento de apuntarme al *gym*, con la matrícula, el entrenador personal y la cuota mensual, la tarjeta, posiblemente, me hubiera explotado en toda la cara.

Entiendo yo, que con el arsenal que me ha mandado Isabella, que era el nombre que ponía en la chapita de la bata de la que me ha atendido, será más que suficiente, y como no me quedará dinero ni para poner gasolina, tendré que ir caminando a todas partes y así haré ejercicio. Esta mujer me ha dejado temblando.

A lo tonto, ya he echado la mañana. Ojeo rápidamente el cuadernillo para ver qué me toca de comer hoy; aprovecharé para pasar por el súper antes de volver a casa.

Entro en el salón y voy directa a la cocina, dejo las bolsas en la encimera y antes de poder colocarlas, me vibra el teléfono. No me acordaba que me lo había metido en el bolsillo trasero del pantalón.

—Dime. —Es Ángel.

—¿Qué tal? ¿Te apetece que vayamos a comer? Me han anulado una reunión cerca de casa y hasta las cuatro no tengo que volver al despacho. — Será una broma, entiendo.

—¿Un lunes?

—Un lunes, ¿qué? Que me hayan anulado una cita o cómo. —Ya vamos a entrar en una espiral sin sentido de las nuestras.

—Que un lunes quieres que vayamos a comer —le aclaro.

—¿Qué pasa, que los lunes no se come? ¿Está prohibido? —Ya hemos entrado en la espiral.

—No digas tonterías, sabes que lo que acabas de decir, lo es. — Terminaría antes confesándole que el problema es que me he puesto a dieta,

pero prefiero decírselo cara a cara.

—Oli, no te apetece, ¿no? Luego no te quejes que tu vida es aburrida, insulsa y que nunca hacemos nada juntos.

—Ángel, aunque vaya a comer hoy contigo, mañana seguirá siendo igual de aburrida e insulsa.

—Olvidalo, comeré en el despacho.

Mi orgullo me ha impedido decirle que el problema era la dieta y que me acababa de gastar una cantidad indecente y no quería saltármela el primer día. Esta vez va a ser la definitiva, lo voy a conseguir. Le diré por fin «adiós» a mis lorzas.

Siempre consigue que me sienta mal cuando le digo que no, pero es que no puede llegar y modificarme los planes así, a la primera de cambio.

—Carol, al final no me he apuntado al gimnasio —llamo por teléfono a mi amiga.

—¿Y eso?

—Pues que, cuando iba de camino, me topé con un sitio de esos que te hacen de todo. Entré y después de media hora hablando con la que me atendió, salí cargada de potingues de esos que te prometen una silueta maravillosa en poco y *ná*. —le digo.

—¡Ostras! ¿Y dónde está? ¿Hay que pedir cita? —Ya se está emocionando. Sabía que ella sería de las pocas que me entenderían.

—Yo he entrado, no había nadie, le he dicho lo que quería y me ha pesado, ni preguntas..., medido y ha ajustado una dieta personalizada para mí.

—*Guay*, iré esta tarde. ¿Cuánto cobra?

—Eso depende de lo que necesites. A mí unos trescientos y pico. —Creo que se ha desmayado—. Pero he cotilleado en *Internet*, después de haber pagado, eso sí, y la gente hablaba maravillas de los productos.

Nos despedimos, me dice que cuando salga esta tarde de lo de la dieta vendrá a verme.

He decidido comer en la terraza, que me dé la luz y vaya cogiendo colorcillo.

Me preparo todo en una bandeja, hoy me toca comer tres hojas de lechuga, medio tomate *cherry* y cinco granos de maíz.

Coloco al lado de la ensalada las dos pastillas que me tengo que tomar antes de comer, junto a cuatro vasos de agua, y el yogurt natural desnatado con la cucharada de cereales que le tengo que echar. Me ha insistido en que es necesario ingerir fibra.

Aún no he puesto un pie en el porche y escucho la puerta de la calle. Creo que Ángel ha cambiado de idea y ha decidido venir a casa, eso, o es que alguien intenta forzar la cerradura. Si me dan a elegir, casi prefiero que sea el caco, cómo vea el succulento manjar que me voy a meter entre pecho y espalda me dirá de todo...

—¡Olivia! —No es un ladrón, es Ángel.

—¡Aquí, en la terraza!

—¿Ya has comido? —me pregunta dándome un beso y mirando la bandeja.

—No, iba a empezar ahora. —Abre mucho los ojos y sube las cejas.

—¿Estarás de coña...?

—No, no, va en serio. Es que estoy a dieta, de ahí que te dijera que no a lo de comer fuera. —Trago saliva, cojo el vaso de agua, me meto en la boca las pastillas y empiezo a beber sin parar hasta que no queda ni una gota. Cojo la botella y vuelvo a llenarlo.

—Vamos, ni fuera ni dentro, porque esto... ni un pajarito. —Señala a mi ensalada variada—. Tú quieres hacer dieta, pues ve a un sitio, con un control, pero no inventes, un día te vamos a encontrar tirada en el suelo porque te

habrás envenenado haciendo inventos y mezclas.

—Llegas tarde. He ido esta mañana a un sitio, me han pesado y medido. Es un sitio serio. —Si supieras lo qué he pagado, sabrías de lo que hablo—. Estas pastillas me las han mandado allí.

—En fin..., disfruta de tus manjares, ya me hago yo algo de comer en condiciones —me dice dándome la espalda para entrar dentro de casa.

Al tercer vaso de agua ya tengo ganas de vomitar, pero sigo a pies juntillas las recomendaciones de mi dietista.

Carolina y yo llevamos dos semanas a dieta, de momento he perdido tres kilos, ella cuatro. Estoy muy contenta y me siento motivada, aunque Ángel insiste en que no son las «pastillas milagrosas», hace hincapié en que se debe a la cantidad de agua que ingiero, una media diaria de veinticinco vasos de agua, y a la escasez de alimento que le proporciono a mi organismo.

Resumen: Como una mierda.

Jura que, si continuo así, moriré de inanición y lo más gracioso es que pago porque me maten poco a poco, que terminaría antes contratando a alguien para que me diera muerte, resultaría más rentable, y lo más sensato sería hacerme una lipo, que por mucho que adelgace, la barriga no va a desaparecer. Este hombre cuando tiene estos momentos de sinceridad extrema, me supera.

En el fondo sé y me niego a reconocer, que tiene razón, pero si el hecho de pagar para que me controlen y temer a que Isabella me eche la bronca, están sirviendo para poder respirar al abrocharme los vaqueros, seguiré obedientemente todo lo que me diga.

La boda ya está más o menos organizada. He conseguido que por un módico donativo..., la vergonzosa cantidad me la reservo, que don Manuel me adjudicara la fecha que pedí. Araceli insiste en que igualmente me la

habría dado, que no piense que le han anulado el día a nadie. Simplemente, el cura, que por mucho que predique que hay que decir la verdad, sabe a ciencia cierta que no arderá en el Infierno por mentirme. Pero yo paso de calentarme la cabeza, tengo el día que quería y es lo que me vale.

Ángel no deja de quejarse, y cuando lo hace le digo que se involucre más y deje de gruñir por todo.

Él quería celebrar las bodas de plata y yo no estaba muy convencida, pero ahora metida de lleno me he venido arriba y lo estoy disfrutando como una auténtica enana. Todo lo que no me deleité en mi primera boda, ahora, me estoy resarcando que da gusto.

Los niños han prometido venir. Patricia acudirá con su novio, a Ángel casi le da un pasmo. Dice que jamás se imaginó que su hija iría del brazo de otro hombre, que siempre soñó con llevarla él. Le digo que no se equivoque, no es la boda de la niña, nadie la llevará a ella al altar. Su querida niña será la que lo acompañe a él. Por muchos años que pasen, en absoluto, aceptará que Patricia se nos ha hecho mayor.

Desde que se independizó cuando terminó la carrera de *marketing* y encontró trabajo en una agencia de publicidad en Barcelona, hace y deshace a su antojo. Hablamos semanalmente por teléfono y viene a vernos muy de vez en cuando, pero mi marido sigue creyendo que su adorada niña tiene catorce años y no hace cosas de mayores. Yo sé que comparte piso con Álex, su novio desde hace dos años, pero a Ángel hemos creído conveniente ocultárselo. Él es feliz en la más absoluta de las ignorancias creyendo que su hijita continúa siendo virgen.

Angelito también vendrá, decía si podía venir con un amigo, con el que comparte piso en Londres, y aquí casi el padre de la criatura fallece. Yo no sé este hombre por qué piensa más de lo que su cerebro le permite. Habrá deducido que el niño viene acompañado de «su» novio, porque la reacción

que ha tenido no es ni medio normal. Sus palabras literales han sido: «Por encima de mi cadáver. No pienso gastarme ni un euro en invitar al amiguito del niño». A cuadros me he quedado. Quiero pensar que sus deducciones se deben a que Ángelito nunca nos ha presentado a una novia.

Con el niño siempre es todo lo contrario que con Patricia, en cuanto a libertad. Se marchó a Londres a estudiar allí el bachiller, siguiendo los pasos de su hermana, pero lejos de mandarlo a un internado de señoritas, en su caso hubiera sido de «señoritos», es obvio, pues como el niño quería estar en una casa con una familia viviendo desde dentro la cultura sajona, a una casa unifamiliar inglesa lo enviamos. Este segundo año se empeñó en marcharse de la casa y alquilarse un piso de estudiantes al lado del instituto y como Ángel, que es muy recto y conservador, pero sus hijos hacen con él lo que quieren, esta vez, nos tocó ir a Londres y buscarle el pisito al muchacho. Novias no nos ha presentado, pero una madre es una madre y sé de sobra que está muy solicitado y que algún que otro escaqueo amoroso ha tenido con las hijas de nuestros amigos. Esto es otro secreto de Estado, los padres de las criaturas son igual de salvajes que mi Ángel.

Y solucionado el tema de los niños, mis hermanos y sus respectivas parejas también vendrán. Mi madre pretendía que mi hermano me llevara al altar, pero he hablado con él y le he explicado que me hacía mucha ilusión ir del brazo de Angelito. Lo ha entendido, mi madre no, me ha acusado de despegada, ella que no me llama así la maten porque siempre está con sus amigas jugando al chinchón y cuando decimos de ir a verla, vive en otra ciudad, siempre está de viaje. Mis cuñados también se han apuntado al gran día y mi suegra ya ha encargado el traje que lucirá, le ha dicho a mi marido que se lo regale para el día de la madre, que curiosamente, es cinco días antes del enlace.

A este ritmo, Ángel trabajará los próximos cien años para solventar los

gastos.

El tema Alicia, también se ha resuelto, vendrán los dos, con la condición de que ninguno venga acompañado. Han prometido comportarse como personas civilizadas, aunque esa palabra unida a Alicia y Arnaldo no casa.

Y parece que al estar entretenida con los preparativos, mi vida ha comenzado a tener nuevamente sentido.

Y a lo mejor tiene algo que ver que la haya endulzado con otro tipo de condimentos. He abierto mi mente un poco.

Hoy tenemos barbacoa en casa. La dietista me ha dado permiso para comerme un muslo de pollo sin piel hecho a la parrilla.

—Olivia, ¿dónde están las pastillas para encender el fuego?

—Ni idea, esas cosas las llevas tú. Mira donde la leña.

—No sé para qué pregunto. Siempre igual...

—Si queréis mañana podemos ir al paseo a tomar una copa —dice Raúl.

—Mañana, imposible. Tengo una reunión. —Ángel me mira.

—¿El día entero? Y ¿domingo? —le pregunta Ciro.

—No, pero entre que voy..., vuelvo, se ha pasado la tarde. No sé a qué hora terminaré. —Me vuelve a mirar.

—Pues podemos ir nosotras —apunta Carolina.

—Yo no puedo, he quedado. —Todos me miran.

—¿Tú? ¿Con quién has quedado? —pregunta Ciro que si no abre la boca revienta.

—Y a ti qué te importa. —Me levanto con una sonrisa malévol.

Pepe, el marido de María, que siempre es el encargado de cocinar, pide una bandeja para ir sacando la carne que ya está hecha. Entro en la cocina y Araceli me sigue. Esta quiere saber algo.

—¿Con quién has quedado? —me pregunta curiosa.

—Con nadie —le respondo.

—Y por qué has dicho que no podías venir.

—Paso, si Ángel no va, prefiero quedarme, con el rollo de la dieta si me quedo en casa evito tentaciones —le explico.

—Vale, me habías preocupado.

Sus palabras me hacen plantearme más a fondo mi vida. Tan previsible y aburrida soy que si digo que he quedado con alguien todos se escandalizan e intentan averiguar con quién. Y Ángel dice que tiene una reunión un domingo por la tarde, y a todos les parece fantástico y normal.

—¿Ya habéis pensado dónde vais a ir de viaje de novios? —nos pregunta Araceli.

—Ángel quiere un crucero. Yo no lo tengo claro.

—Por ella no saldríamos de casa —comenta Ángel.

—Eso no es cierto. —Todos me miran de nuevo.

—Un crucero por el Mediterráneo, así no hay que coger avión. —Me señala—. Y esta no se me desestabiliza.

—No seas tonta, te va a encantar —me dice Carol.

Terminamos de comer y retiramos los restos de la barbacoa. Los chicos van a la cocina, dicen que quieren preparar los postres. Les acompaño y me vuelven a mirar raro, «qué estarán pensando».

—Vengo a por mi *yorgurt* con cereales —les informo abriendo la puerta de la nevera.

—Otra igual que mi mujer. Harto me tiene de contar los granos de maíz —se ríe Raúl.

—Adiós —me despido con los dos yogures en la mano. Uno para Carol y otro para mí.

7

Llevo analizando lo qué ha sido mi vida junto a Ángel las últimas semanas. La dudas van creciendo junto con mis ganas de adelgazar.

Me repito a mí misma que mi vida es maravillosa, que la llevo compartiendo con el mismo hombre desde hace veinticinco años casi, en realidad más, porque habría que sumar los años de novios. Es un buen hombre, me quiere y de vez en cuando me lo demuestra, y yo, a mí manera, también.

Tenemos dos hijos maravillosos, inteligentes, guapos y sobre todo, hemos conseguido que sean buenas personas. El trabajo de mi marido va estupendamente, y no hemos sufrido la crisis que ha azotado al país. Soy afortunada se mire por donde se mire.

Ahora bien, mi cuerpo no ha salido tan beneficiado como mi vida. No me quiero hacer vieja, y si me tengo que hacer, quiero que sea de una manera elegante y seguir pareciendo una treintañera, creo que fue la etapa más feliz de mi vida, los niños más o menos *encauzaditos*, yo, con cierta libertad y pudiendo salir de vez en cuando a cenar con mi marido, incluso, pudimos hacer algún viaje de fin de semana sin los niños.

No puedo sacarme de la cabeza los consejos de Alicia. La veo a ella tan feliz y resplandeciente desde que se separó de Arnaldo, que me da un poco de envidia, qué digo un poco, me muero por ser ella aunque sea una noche, quiero hacer de las suyas, y que me posean para sentir la lujuria y la pasión, que jamás antes sentí con Ángel, y que sea con un tipo joven, aunque pudiera ser confundido por un hijo mío.

He investigado y la falta de ganas de sexo, se puede solucionar tomando unas pastillitas, pero después de todas las que me tomo para cumplir a

rajatabla la dieta que me pone Isabella, no sé si sería bueno seguir por la línea *pastillera*.

Otra opción es cumplir las fantasías sexuales, las mías, pero claro, yo de eso no he tenido, ni tiempo me han dejado, es que ni sabía que podía tener algo de eso.

Si me preguntan ahora que dijera una, no sería capaz. He hecho un verdadero esfuerzo para pensar qué me gustaría hacer. Y solo se me ha ocurrido imaginarme con un piloto de avión practicando sexo contra la puerta de la cabina. Hasta para las fantasías soy cutre y tonta. Si odio volar, mucho menos *folletear* con un Comandante desconocido.

He analizado por qué se me ha ocurrido algo así y mi interpretación ha sido que igual lo que me pone es montármelo con un hombre uniformado, y me ha venido a la mente el butanero, por lo del uniforme, rápidamente la he desechado, si lleva uno, que al menos no esté sudado, los butaneros sudan.

Hombres con uniforme, me viene el médico de cabecera, pero al que conozco no me pone para nada, ni los Guardias Civiles y Policías Locales del pueblo con los que me cruzo a diario desde hace años me atraen como para tirármelos; bueno, ni para un café.

Me escucho y no me reconozco, pero pensando, ya he echado la mañana de nuevo.

De lo que sí estoy convencida es de que si no lo pruebo no sabré si esto me va a ayudar a levantarme la moral y a sentirme de nuevo atractiva y con la capacidad de despertar el instinto sexual de un hombre.

Navego por *Internet* ojeando qué hay por ahí al respecto. Hay muchas páginas y foros. La gente está desatada. ¡Madre mía!

Decidido, me lo quiero montar con un alto ejecutivo, no va uniformado, pero el rollo traje chaqueta, maletín y corbata, igual es lo que necesito. A ver ahora cómo lo consigo.

Y quiero hacerlo en el *parking*, dentro de su coche, lo malo es que los ejecutivos no suelen tener coches tipo furgoneta donde haya espacio para moverse con libertad. Todo son impedimentos. Intentaré reestructurar mi fantasía con algo más factible.

Ahora ya sí qué no sé en qué me he convertido. No puedo decir que haya sido la típica mojigata en la cama, tampoco una diosa del sexo, pero por la cara de felicidad de mi marido después del acto, creo que satisfacía correctamente sus necesidades, que eran muy superiores a las mías.

Ya lo tengo todo listo y yo misma también lo estoy. Ha sido un poco complicado organizarlo en menos de veinticuatro horas.

Me voy a teñir el pelo, me ha dado por ahí y le voy a pedir a la peluquera mechas rojizas, necesito recordar tiempos pasados.

—¿Estás segura que las quieres rojizas? Me han entrado unas que son con un tono paja muy..., bueno que se llevan mucho este verano —me dice la peluquera mientras sostiene una carta de colores.

—Sí, completamente segura, las quiero rojas. Las color pajas esas que me dices, me pegan más para una vieja. —La veo levantando una ceja a través del espejo. Como me diga que yo soy la vieja a la que visualiza con esas mechas..., me levanto y me voy.

—La cliente elige. ¿Quieres sorprender a tu marido?

—Más o menos... —paso de entrar en detalles.

Se dispone a preparar la mezcla y yo continúo con mis investigaciones desde el móvil.

Le mando un mensaje a Ángel, necesito saber cuál es su plan.

¡Hola, cariño! ¿A qué hora vendrás?

Mensaje de Ángel:

¡Hola! Todavía no lo sé. Calculo que sobre las siete y media. ¿Por?

Mensaje mío:

Por nada. Avísame cuando vayas a venir, tengo que salir. Luego te mando un mensaje.

Estoy deseando comprobar cómo me han quedado las mechas. Llevo una hora debajo del cacharro metálico que da calor, me recuerdo a los pollos asados que dan vueltas y vueltas sin parar, atravesados por un palo.

—Acompáñame —me pide la peluquera.

Me siento e inclino hacia atrás la cabeza metiéndola en el lavabo. Escucho como me va retirando los trozos de papel de aluminio que me ha ido colocando estratégicamente para cubrirme casi todo el pelo.

—Bueno..., bueno... —no sabe decir otra cosa y me está empezando a impacientar.

—¿Ha quedado bien? ¿Se me notan?

—Se notan, se notan. Pero hasta que no te seque el pelo, no sabremos qué tono de rojo ha cogido.

Tres horas después, salgo toda preciada con mi maravilloso cambio de *look*. Me siento guapa. Estoy optimista.

Entro en casa, voy corriendo a la habitación, ahora tengo que depilarme, he pensado en una depilación integral, nunca antes se me había ocurrido aniquilar a toda la población pilosa de mis bajos fondos y creo que la ocasión bien lo merece.

Ya metida en faena, caigo en la cuenta que esto debería de haberlo hecho antes de ir a la peluquería, a parte de las mechas, también le he pedido que me alisara el pelo, y estoy notando como por el cuello empiezan a hacer acto de presencia mis rizos, parecen granos de maíz cuando se convierten en palomitas, solo les falta hacer el *pop*.

Admiro mi obra en el espejo, me veo rara, no me recuerdo sin pelo, la verdad.

Pretendo colocarme unas medias de rejilla que tengo hace cinco millones de años guardadas en mi cajón de los calcetines huérfanos. Se las compré a Patricia para la actuación de fin de curso, hablo de sexto de primaria, de eso hará más de once años; iban de cabareteras y le cogí dos pares, estás igual hasta se desintegran cuando las saque del paquete. No sé si las medias caducan...

Preparo el calzado, intentaré practicar antes, he elegido para la ocasión unos zapatos de aguja en rojo pasión, me los regaló un cliente de Ángel en agradecimiento al despacho de mi marido por librarle de una manutención vitalicia a su ex; era un empresario del calzado en Elche. Irán a juego con mi pelo, el de la cabeza. Me río yo sola.

Definitivamente, no he nacido para la pasarela. Me los dejo puestos mientras hago una selección de mi ropa interior, no hay mucho donde elegir, porque tengo la mayoría tipo braga de cuello vuelto de algodón descolorido. «No sé cuándo fue la última vez que me compré nuevas». Me viene a la mente una Nochevieja que Alicia nos regaló a cada una unas bragas de encaje rojo con tiras de raso que cruzaban por ahí bajo y que nunca usé. Y ya por último, el sujetador, aquí no tengo elección, solo tengo un modelo, lo que cambia es el color, supongo que me decantaré por el negro, lo veo más zorrón.

No me quiero plantear qué narices estoy haciendo, paso, porque conociéndome me detendré y me tiraré en la cama llorando avergonzada de lo que me dispongo a hacer.

Me engalano con un vestido negro de gasa que usé en la boda del hijo de una vecina de la playa. Espero entrar dentro. Voy corriendo a la cocina y descorcho una botella de vino, si Ángel se entera, me desterrará. Bueno...,

más bien, espero que no me quiera matar después de esto.

Tocan al timbre.

Estoy nerviosa, histérica, de un momento a otro en lugar de abrir, me lanzo por la ventana. No digo más que tonterías, vivo en una casa de una planta.

—Adelante —respondo sujetando firmemente el pomo de la puerta. Sigo temblando.

—¡Hola! —mi ejecutivo acaba de llegar.

—No digas nada, entra. —Le pongo el dedo índice en sus labios. Me estoy volviendo loca.

Cierro la puerta y paso la llave. No sé a quién quiero engañar, no va a salir bien, va a ser un auténtico desastre y seré incapaz de hacer nada, menos en mi cama...

Cojo aire y me giro.

—Sígueme. —Lo engancho de la corbata y tiro de él hacia mí. Le beso.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta tumbado sobre la cama ya sin ropa.

—¡Nada! ¡Nada! —le grito colocándome las manos en la cabeza.

Me acabo de arrepentir. Ha sido verlo ahí como su madre lo trajo al mundo con eso que hacía un segundo le colgaba entre las piernas y ahora mismo me apunta hacia la cara.

No voy a ser capaz de ejecutar mi plan.

—¿Pero qué te pasa? ¿No era lo que querías? —me pregunta incorporándose.

—No digas nada. Coge la ropa y vete. —Le señalo la puerta del dormitorio.

Veo como sale y me tiro en la cama llorando. Vaya mierda de fantasía, si es que no tenía ni pies ni cabeza. Encima, esto, no se lo puedo contar a nadie. Necesito pensar en otro tipo de hombre, está claro que el rollo ejecutivo no

me excita.

Me meto en la cama, cojo el teléfono, me tapo hasta la cabeza y le envío un mensaje a Ángel.

Me duermo.

8

Ahora ya sí que está casi todo. He quedado con Araceli y María para echar un vistazo al vestido.

—Mi idea era ponerme algo que tuviera por casa, de esas prendas que tienes en el armario y que no has llegado a usar o que de haberlo hecho ha sido hace miles de años y no has tenido de nuevo ocasión para lucir.

—Las chicas se han negado en rotundo.

—A ver que te entienda. Pretendes ir a tus, porque te recuerdo que la que se casa nuevamente eres tú y no ninguna de nosotras. Pues eso, que la brillante idea que tenías en mente era subir al altar con un traje usado, ¿es eso? —me pregunta indignadísima Araceli.

—Esa era mi intención. Me parece ridículo tener que comprarme un traje, que no es de novia, para hacerme pasar por... ¿Cómo se llama a la que celebra sus bodas de plata? —pregunto dudosa.

—¡Ostras! Nunca me lo había planteado —responde María.

—Dejad de decir tonterías. Vamos a Alicante, miras las tendencias y te pruebas lo que más te guste y ya te compras el que mejor te quede —me aconseja Araceli.

—Y por qué no me pruebo el que tengo en casa y me dais opinión. Mira que te gusta organizar, si ni sabes de cuál te hablo.

—Vale, vamos al centro, miramos y si no te gusta nada o no encuentras algo que te apañe, que en tu caso puede ser cualquiera de las dos cosas, entonces y solo entonces, venimos a tu casa y nos muestras ese maravilloso vestido, traje, o conjunto que pretendías ponerte el día de tus bodas de plata.

—¡Valeee!— respondo resignada.

Hemos aparcado en el centro, en un *parking* subterráneo. Sigo sin estar

convencida y me da rabia haberle dicho que sí, pero a esta mujer siempre le tengo que seguir el rollo, no acepta un no por respuesta y por no seguir escuchándola, he aceptado.

Las sigo dos pasos por detrás, ellas van parándose en los escaparates y comentando los vestidos que ven. Yo ausente.

—Oli, y si miramos un traje de madrina. Es elegante, es el traje perfecto para una boda y no irás de novia —me dice María señalando un maniquí que está en un escaparate.

—Es que no es la madrina. Mirad, vamos a entrar ahí, hacen trajes de novia a medida, así que con contarle qué buscas, todo resuelto. —Me encantaría tener el optimismo de Araceli, pero es que con su cuerpo cualquier cosa le queda genial. Me estoy imaginando que nada de lo que me guste me quedará bien y me deprimiré y me mosquearé con el mundo.

Entramos, pasa primero María, Araceli tira de mí.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarles? —nos pregunta una señora mayor, que lleva un alfiletero a modo pulsera.

—Buscamos un traje de novia para una mujer que celebra sus bodas de plata. —Las dos me señalan a mí.

—Perfecto. ¿Y tenías algo en mente?

—No —respondo tajante.

—Tiene vestidos para enseñarnos qué se lleva esta temporada, o ¿esto no va por temporadas? —pregunta Araceli que hoy, por lo visto, está dispuesta a ser mi portavoz.

—Pues tenemos de todo. Hay quién se pone un traje de chaqueta color crema. —La miro con los ojos como platos—, también he tenido clientas que se han comprado un vestido de madrina. —María me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya enseñándonos —dice Araceli.

La dependienta se gira detrás del mostrador y saca una especie de álbum de fotos que debe haber adquirido en un anticuario, se cae a trozos y al abrirlo, compruebo que no me equivoco, lleva las cuatro famosas anillas que llevaban mis carpetas del colegio y que cuando las cerrabas casi siempre te pellizcaba el dedo.

Comienza a pasar hojas amarillentas con el plástico que protege a la foto todo arrugado y despegado. Ella habla, pero parece que no la escucho.

—Mira, Oli, este. ¿Te gusta? —María señala un traje color plata.

—¿Qué dices? ¿Pretendes que vaya disfrazada de *La Perla Negra*? —pregunto asustada.

—No, pasa, el raso a ella le puede quedar fatal, va a parecer la prima de los Chunguitos en la boda del Jonathan.

—Oli, tiene que ser este. —Araceli coloca el dedo sobre una foto—. Así parecerás la Omaita, ¿Te gusta?

Nos empezamos a reír, solo ella y yo entendemos la broma. La de la tienda nos clava la mirada muy seria, parece que no tiene sentido del humor.

Pues mal va, la que le ha caído con este trío sin sentido.

—Señora, vamos a hacer otra cosa, le enseño los modelos que tengo y se prueba el que más le guste. —Desesperada descorre una cortina y nos invita a entrar.

De cuatro percheros solo encuentro dos que se podrían ajustar a lo que estoy buscando. Ahora, falta saber si van a ser de mi talla.

Abre una puerta, enciende una luz y me dice que me cambie ahí dentro. Es un cuartito, hay espejos en las cuatro paredes y en el centro una especie de tarima redonda descolorida, que entiendo, me tendré que subir ahí encima.

—Oli, ¿estás bien? —me pregunta preocupada Araceli.

—Sí, ¿por?

—Por nada. Estás ausente, parece que seas la típica novia que se casa

obligada porque su novio del pueblo la ha dejado preñada. Cambia la cara, anda. Anímate, que no venimos al matadero —me dice dándome una palmadita en la espalda.

—¿Qué me anime? Pero ¿tú has visto estos vestidos? Voy a ir horrible.

—Bueno, entra, te los pruebas y si no te gustan, seguimos buscando, sería raro que te quedaras con el primer vestido que te pruebes en la primera tienda que miremos.

Mientras me quito la ropa que llevo y Araceli me ayuda a ponerme el vestido que he elegido, siento que me mira raro y presiento que me va a decir alguna cosa. Son muchos años y nos conocemos muy bien.

—¿No tienes nada que contarme? —Aquí está la pregunta.

—¿Yo? Contarte qué.

—Que no te siente mal lo que te voy a decir. —Me asusta.

—Me estás preocupando, Araceli. —Me coge de la mano.

—Ayer... Mira, Ciro, sabes que es un bocazas y a veces, incluso, alucina, pero dice que llamó a Ángel para jugar un partidito de pádel después de trabajar. —La observo atenta.

—¿Y?

—Pues que le dijo que no podía que terminaba tarde en el despacho. Sobre las..., no recuerdo qué hora me dijo, pues pasó por tu casa y dice que vio a un tipo con traje de chaqueta gris con un maletín tocando a tu puerta.

—¿Qué dices?

—Eso, y vio como se abría la puerta de la calle y te vio de refilón apoyada en el marco de la puerta del porche.

—Sería Ángel.

—Oli, Ángel aparca en el garaje.

—¡Ah! Sí, era el del seguro. Ni me acordaba.

—¿Seguro?

—Seguro que era el del seguro. ¿Quién si no? —disimulo todo lo que puedo y finjo reírme.

—¿Al del seguro le abres vestida de fiesta? —Se pone ambas manos en las caderas.

—¿Intentas insinuar algo? —le pregunto enfadada.

—Intento averiguar qué te pasa, eso es todo.

—¡Joder, Araceli! Era el del seguro, vino sin avisar, tocó al timbre y yo, que aunque no lo creas, me intereso por la moda... —Trago saliva, mentalmente necesito ser rápida—. Me estaba probando ropa para ver si había algo decente para la boda. Dile a Ciro de mi parte, que investigue a otra. Yo estoy limpia.

—Perdona, es que Ciro me dijo que Ángel está raro, yo pensé...

—No pienses, no penséis, de verdad. —Me giro—. Desabróchame, por favor.

—No te enfades conmigo. Tenía que preguntártelo.

Me cambio de ropa todo lo rápido que puedo y antes de salir, aparece María. Sin abrir la boca me mira, se queda parada y dobla la cabeza hacia Araceli.

—¿Qué os pasa? —pregunta.

—Nada, que el marido de esta es un imbécil y ella más por querer averiguar —le respondo saliendo del cuartito.

Sinceramente, me siento mal, no podía decirle la verdad, el juego dejaría de tener sentido, pero me ha molestado muchísimo que Ciro fuera de listo y haya interpretado que aquel señor trajeado venía a hacer algo indecente a mi casa... Está claro que en este pueblo no se puede hacer nada sin que los vecinos cotillas se enteren...

Me dejan en casa, abro la puerta del coche, les digo un adiós muy seco y sin mirar atrás, meto la llave en la puerta del jardín y entro en casa.

Araceli me ha mandado varios mensajes y ha llamado un par de veces, pero ni los he leído, ni he descolgado. Me duele que haya pensado mal de mí y más me duele tener que haberle medio mentido.

9

Hoy es nuestro segundo encuentro. Es increíble cómo tu vida puede dar un giro inesperado y hacerte sentir viva de nuevo. La primera vez fue un fracaso, está claro que elegí mal al amante de mis sueños, pero hoy... me siento diferente, dispuesta y preparada. Hoy creo haber acertado. Me excito cuando lo pienso. Me entra la risa floja de lo que acabo de imaginar.

He llamado a un taxi, nos hemos citado en un hotel en Benidorm, allí poca gente nos puede reconocer.

Estoy nerviosa, y el tanga de perlitas se me está clavando en el alma. Debería de habérmelo puesto una vez allí, pero era más excitante salir de casa con él. No dejo de moverme en el asiento y el señor taxista intenta darme conversación y yo solo soy capaz de sonreírle, necesito que deje de mirarme.

He de meterme la mano disimuladamente, con la única intención de ver si soy capaz de recolocarme la tirita del tanga; me hace hasta daño. Debe de ser la falta de experiencia...

Casi logrando mi objetivo, me suena el teléfono. Saco tan rápido la mano de entre mis piernas que acabo de arrancar la tira que unía el culo con el *chochete*. Instintivamente, cierro las piernas y aprieto los muslos con la esperanza de que no salgan fuera de mí, pero miles, bueno, igual exagero, básicamente, todas las bolitas que decoraban la cinta, se acaban de esparcir por el asiento. No sé si morirme así como el que no quiere la cosa o abrir la puerta con el taxi y saltar con el coche en marcha.

Noto un subidón en mis mejillas, de un momento a otro hago una combustión espontánea y del susto que se va a llevar el conductor, nos estrellaremos antes de que sea capaz de reunirme con mi cita.

—¿Sí? —respondo sin mirar.

—¡Hola, guapa! ¿Por dónde vas? Te espero en la habitación, estoy desnudo dentro del jacuzzi admirando las vistas. —Como me pone ese tono de voz tan masculino. Mi organismo ha reaccionado y me palpita el cuerpo entero.

—Llegando, ya veo el hotel. —El taxista me vuelve a mirar por el retrovisor.

—Pues ya estamos. Serán cuarenta euros. —Dudo si pagar con tarjeta, pero prefiero hacerlo en metálico.

Le alargo el brazo con un billete de cincuenta euros y una tímida sonrisa. Sigo apretando los muslos. Abro la puerta con la intención de salir. Escucho un grito.

—¡Señora! Se le ha roto el collar, espere... —Me giro y asustada rezo para que no intente coger las perlititas que hace penas unos minutos se divertían girando por mis partes íntimas.

Entro en el hotel, me lanzo contra el mostrador. Saludo, y disimuladamente me dirijo a los ascensores. Creo que en breve se me va a salir el corazón por la boca. Tanto sobresalto seguido terminará pasándome factura.

Un señor muy amable me pregunta a qué planta voy. Alargo el brazo y pulso al último botón, prefiero no hablar. El trayecto se me está haciendo tan largo como el viaje en el taxi. Comienzo a sudar, no sé si del calor que ya ha empezado a hacer por estas fechas o es de ansiedad.

Se abren las puertas del ascensor, cojo aire y salgo. Camino muy erguida, intento no perder el equilibrio, por primera vez en mi vida me he puesto unos tacones de aguja de doce centímetros para salir a la calle y me cuesta un esfuerzo sobre humano mantener el equilibrio. Si tengo hasta vértigo... Temo doblarme un pie y partirme el tobillo en miles de cachitos. El incidente de las perlas me ha dejado un poco indefensa, la falda es larga y me tapa

perfectamente, aún así, me siento desnuda. Acabo de encontrar el número de habitación. Tímidamente golpeo dos veces con los nudillos la puerta.

Escucho a alguien toser al otro lado, doy un paso atrás y vuelvo a comprobar el número que hay al lado de la puerta. Necesito cerciorarme que es el correcto.

—Sígueme. —Abre la puerta con el torso mojado y desnudo, una pequeña toalla anudada a sus caderas le cubre de cintura para abajo. Estira de mi muñeca hacia el interior haciendo que me tambalee.

Dejo el bolso sobre un escabel. Me quedo paralizada con la vista perdida. En este preciso instante no sé cómo actuar. Noto como posa su mano sobre mi hombro y se acerca lentamente hacia mi cuello, me aparta el pelo y puedo sentir perfectamente su respiración en la nuca. Un pequeño escalofrío activa mi cuerpo, se me ha erizado entero. Cierro los ojos.

—Ve quitándote la ropa lentamente —me susurra al oído.

Me dejo hacer y obedientemente cumplo cada una de sus peticiones sin rechistar. La situación cada vez me resulta más agradable y estoy disfrutando como no lo había hecho en mucho tiempo.

Después de besarnos y deshacerme de la ropa, con una sola mirada adivino sus pensamientos. Me descalzo, siento un alivio indescriptible, introduzco un pie en el interior del jacuzzi. Mi cuerpo percibe el calor de su mirada, me giro, le sonrío y me acompaña.

Entramos los dos. Con el nerviosismo me he metido con las medias de rejilla en el agua.

Jamás antes me hubiera imaginado practicando sexo ahí. Hemos puesto perdido el suelo. Instintivamente, miro el reloj. Se ha hecho muy tarde, debo regresar a casa.

Estos encuentros fugaces me dan la vida. Es ridículo, pero me siento viva nuevamente.

Me despido con un beso.

—¿Cuándo nos vemos?

—Te llamaré —le digo con aire interesante pasando la palma de mi mano por su mejilla. Me guiña un ojo y consigue ruborizarme.

Salgo a la calle inmersa en mis pensamientos. Voy recordando paso a paso tímidamente, como sin querer hacerlo. Repaso toda la tarde, cada movimiento, cada beso. Sus caricias todavía las siento sobre mi piel.

El sonido del teléfono en el interior de mi bolso hace que regrese al mundo real.

—¡Carol! —respondo sobresaltada.

—Oli, ¿todo bien?

—Sí, sí, dime.

—¿Estás en casa?

—En una media hora llegaré —le digo.

—Bueno, avísame cuando estés. Necesito hablaros de algo. ¿Ángel estará en casa?

—¿Ángel? —pregunto sorprendida.

—Sí, Ángel, tu marido...

—Ya sé que quién es mi marido. Pero no entiendo qué tiene que ver en todo esto.

—Nada, tú dime a qué hora estaréis los dos en casa. No seas impaciente.

Impaciente dice... Tanto misterio me pone nerviosa. A ver si Araceli le ha contado algo y me están espiando. Miro a mi alrededor con la esperanza de no verlas agazapadas detrás de algún seto que hay junto a la parada de taxis. Mi corazón se acelera.

Entro en casa, me quedo quieta. Durante unos segundos no sé qué hacer.

Dejo el bolso en el recibidor y voy corriendo a mi cuarto, cojo el pijama y entro al baño a darme una ducha; aunque me he pasado media tarde a remojo, lo necesito.

Me ha sentado de maravilla. Me coloco la toalla en el pelo y escucho voces en el salón. Ángel ha llegado, pero va acompañado. Lo llamo, no me responde. Salgo.

—¡Hola! No sabía que teníamos visita —digo acercándome a mi marido a darle un beso de bienvenida y a saludar al resto.

—¡¡Sorpresa!! —dicen los demás que estaba escondidos detrás de una especie de columna que hay junto a la puerta de entrada y que se les veía perfectamente.

—¡*Ohh!* —Me hago la sorprendida.

Tengo la sensación de haberme perdido algo. Aquí, en mitad de mi salón con una toalla atada al pelo, en pijama y con una mirada resplandeciente a juego con la sonrisa por haber practicado sexo salvaje durante toda la tarde con mi «magnate del petróleo». Por un momento, temo que alguien penetre en mis pensamientos.

Ángel les invita a sentarse, me sonrío y me hace un gesto para que les saque algo de tomar. Acabo de mutar en un ser de la noche asesino.

Me sabe fatal pensar así de mis amigos, pero presentarse sin avisar... Carol solo me dijo que tenía que decirnos algo, y ahora resulta que han aparecido todos casi a punto de cenar después de un día tan agotador. Estas cosas hacen que me cabreé y que piense mal de Ciro, seguro que va detrás de encontrar algo. Mi marido, en cambio, no ha borrado su semblante de felicidad. Parece mentira que lleve todo el día trabajando...

—Chicos, pues aquí está la sorpresa —dice Araceli.

—Es de todos, Alicia no ha podido venir y... —No hace falta que mencione al «innombrable», porque doy por hecho que no se lo han querido

decir a ninguno de los dos.

Nos acercan una cajita envuelta en papel de colores, lleva atado un globo, esto ha sido cosa de Araceli, no he conocido a nadie que disfrute más envolviendo regalos.

Temerosa, y sin perder de vista a Ángel, la sujeto.

—¿La abro yo? —pregunto tímida.

—Tú o Ángel, pero abrirla ya. Es de todos, insistimos.

Me está costando una barbaridad conseguir desatarla, está amarrada a mala leche...

Mi marido se pone de los nervios y acerca la boca con la intención de romperla con su dentadura. No me puedo creer lo que estoy viendo. A bocados lo ha desatado.

Sacamos un sobre de dentro, hay una carta. La desdoble y veo que hay algo escrito.

Comienzo a leer y no soy capaz de continuarla. Un torrente de lágrimas amenaza con salir de mis ojos y no tiene pinta de parar. Le he tenido que pasar la hoja a Ángel. Comienza a leerla desde el principio, de vez en cuando levanta la vista y me mira. El resto de amigos no dejan de hacerlo. Me estoy poniendo nerviosa.

Nos sentimos muy orgullosos de vosotros, amigos. Es un honor para el grupo poder asistir a vuestras bodas de plata. Hoy en día, comprobar que después de tantos años seguís compartiendo vuestro día a día, y habéis encontrado al amor de vuestra vida, es de admirar. Esto nos demuestra que el amor lo puede todo y que sois un ejemplo a seguir.

Gracias por dejarnos ser testigos de vuestro amor...

Os queremos

Araceli, Carolina, Alicia, María, Ciro, Raúl, Arnaldo y Pepe.

Termina y compruebo que él también se ha emocionado. Se me acerca, me da un beso y me abraza.

—Te quiero, Oli. —Se me acaba de erizar el cuerpo entero.

—Yo también —le respondo.

—Mira dentro, hay otra cosa —nos dice Carolina.

Todavía me tiembla la mano. Busco y veo que hay otro sobre. No me lo puedo creer...

Lo cojo y me tapo la cara con él. Escucho sus risas. Ángel me lo arranca de la mano.

—¡Dios! —Escucho.

—Estáis fatal —les digo.

Nos han regalado el viaje de novios. Un crucero por el Mediterráneo. Era lo único que me faltaba por mirar, pero como me conocen tanto, sabían que lo estaba alargando por mi fobia a viajar y de esta manera sí o sí ya está hecho. Además, después de la conversación del otro día en mi casa, han ido a tiro hecho. O es que Ángel que me conocer tan bien, les ha dicho que o nos lo regalaban ellos o sería incapaz de reservarlo yo.

—¿No vais a decir nada? —nos preguntan.

—Qué muchas gracias, chicos.

—Sí, y que no hacía falta. De verdad —les digo.

—¡Claro que hacía falta! Si no, veíamos que os ibais al Hostal Lolita de luna de miel...

Me levanto, me disculpo y paso al baño, todavía llevo la toalla atada a la cabeza. Me quedo mirándome en el espejo que hay encima del lavabo. Cojo aire, cierro los ojos. Me quedo así unos segundos. Me paso los dedos por el pelo intentando peinarme un poco.

Sacudo la toalla que me acabo de quitar, levanto la cabeza hacia el techo

dejando caer mi melena húmeda por detrás y a una velocidad que no es normal y que antes en mi vida había cogido, deben de ser los nervios por el presente de nuestros amigos, la llevo hacia el suelo con la intención de volvérmela a poner en el pelo, todavía lo llevo un poco mojado.

Hostiazo. Todo negro.

—¡¡Oli!! ¡Olivia! ¿Me escuchas? —Alguien me abofetea.

—¡Joder! ¿Qué tiene en la frente? —Voz muy lejana de chica.

—¡Ayyyyy! —Intento abrir los ojos sin éxito.

—¡Menuda leche te has dado! *P'aver*te matao. ¡Loca! —Ciro.

Mi marido intenta reanimarme. Aunque creo que preferiría que no me diera guantazos. Alguno de todos los que están dentro, en el baño, conmigo, pretende ponerme una toalla doblada en el cuello. Siento que me arde la frente y apenas soy capaz de abrir los ojos por el dolor. Noto palpitaciones en las sienas. ¿No sé exactamente qué ha sucedido? Recuerdo que intentaba atarme la toalla al pelo y al agachar la cabeza, escuchar un ruido monumental, temblarme el cerebro y verlo todo negro, recuerdo que no recuerdo nada más.

—Hay que llevarla a un hospital —informa María.

—Estoy bien... En serio, en cuanto consiga levantarme, estaré *pefeta* —digo algo torpe.

—Para nada, Oli, esto te lo tiene que ver un médico. Si vieras el *huevo* tridimensional de lado a lado que te ha salido, no dirías eso —me dice Ángel.

—¿Queréis que llame a una ambulancia?

—¡Qué no! —Me levanto lentamente, aunque me siento bastante mareada, pero no digo nada.

Con la ayuda de mi marido, llego al salón, me recuesto en el sofá y veo

que Araceli me está haciendo fotos con el móvil. Me las enseña.

—¡Flipa! Esto se lo hace otro y estarías dando por culo hasta que no le hubieran hecho un escáner cerebral. Mira, fíjate, si estás deforme...

—¡Madre mía! —digo intentando acercarme temerosamente el dedo a lo que hace un rato era mi frente y ahora, está debajo de esa cosa que la esconde.

Mientras todos discuten de si me llevan o no al hospital, con una mano sujeto un paquete de habitas *baby* que han sacado del congelador y me han obligado a ponerme para bajar la inflamación. Con el fresquito, comprendo qué ha sucedido, me golpeé la frente con el borde del lavabo, y de ahí la contusión y el desmayo. He debido de arrearle a lo grande, la suerte es que no me he hecho ninguna brecha. Espero levantarme mañana sin parecer la prima de un minotauro.

Todos se han despedido, han quedado en ir mandándome mensajes cada hora, se irán turnando. Sigo pensando que exageran. Me han aconsejado no dormir en un par de horas y Ángel insiste en que deberíamos ir a urgencias.

Su intención era buena, quería quedarse conmigo toda la noche en el salón para ver que no me empezaba a dar vueltas la cabeza y tiraba espuma por la boca. Pero el pobre se ha dormido, ha debido de tener un día agotador...

Con la pena tan grande de mi *hidrofrentalia*, he abandonado por unos días la dieta.

Una lástima que se echen a perder los canónigos, pero al admirarme en el espejo a la mañana siguiente, me produjo tal conmoción, que temerosa de quedarme así para siempre, un hambre inhumano se apoderó de mí y si no comía tenía ansiedad y me daba por llorar, y como no podía llorar porque los ojos debieron verse afectados tras el impacto, solo encontré consuelo en la

comida grasienta y llena de calorías vacías, de esas que se te agarran desesperadas en la cintura e invitan al estómago a crecer y crecer sin freno. No quiero ni pensar cuando vaya a pesarme. Isabella me echará una bronca de órdago.

Creo que el huevo de mi frente es la única zona de mi organismo que ha adelgazado, por una parte, es un alivio, pero ahora tengo los ojos negros, parezco un mapache a punto de parir. El color negruzco del huevo ha ido descendiendo hacia los ojos.

Como no me siento con ganas de salir, hago las gestiones por teléfono. Aún me queda elegir las flores de la Iglesia. Quiero algo modestito, la señora de la floristería me ha pasado un enlace para que a través del *Facebook* las elija.

Mañana llega Angelito, se quedará hasta después de la celebración. No he tenido tiempo ni de prepararle el cuarto. Tengo unas ganas locas de abrazar a mi niño que no lo sabe nadie, llevo sin verlo desde Navidad. Al final ha decidido terminar el Bachiller en Londres, así que vendrá para la boda y regresará hasta finales de junio.

Patricia no puede venir antes del once de mayo, justo el día antes. Ella está trabajando y no ha conseguido que nadie le cambie el turno, pero lo importante es que estará con nosotros.

—Isabella, mira, soy Olivia, quería comentarte, que no voy a poder ir a la cita, tuve un accidente y debo de estar en cama —no he querido entrar en detalles, ya ella, que deje volar su imaginación, pero al menos, yo me he disculpado por no acudir.

—¡Ay, cuánto lo siento! Lo importante es que estés bien, no te preocupes, cuando te recuperes, aquí te espero. Llámame antes y te doy hora. De todas formas, si quieres puedes enviar a tu marido o a alguna amiga y le doy las pastillas, ya no te quedarán. —Nada, ella a lo suyo—. Dime, cuándo vienen,

lo preparo en un momentillo.

—Ya te aviso. De momento me quedan, porque como estoy con la medicación para el dolor... —Ella mira por lo suyo y yo por lo mío—, aún tengo media caja. Lo dicho, ya te aviso.

—¡Olivia! —le cuelgo.

Qué manera de meterse en su papel de vendedora, yo no serviría para esto. Fijo que me habría puesto a llorarle a la clienta y a preguntarle qué le sucedió, e incluso, me habría ofrecido a llevarle comida a su casa. Definitivamente, tengo un problema. Siempre pensando en jalar o en que lo hagan los que me rodean.

Me levanto y cojo mi neceser donde tengo las cuatro pinturas para maquillarme, quiero ver si aún no le han salido gusanos al anti-ojeras. No soy de maquillarme y debo de tenerlo... Ni me acuerdo.

Necesito comprobar si es posible disimular estos dos parches que decoran el contorno de mis ojos. Desde que el chichón descendió hasta las cuencas de mis «luceros», inicialmente en negro noche, para ir mutando en morado violáceo de toda la vida, al verde cocodrilo, empezando a mezclarse con el amarillo, naranja terracota, tenía la esperanza de no tener que preocuparme por disimularlos.

He pasado de parecer un mapache a ser un oso panda en negativo. Se me ha ido la mano en mi intento de ocultarlos, tengo dos rodales blancos que contrastan con mi tez morena, así que soy un panda al contrario. El arte de maquillar no es una de mis habilidades.

Necesito investigar por *Internet* cómo disimularlo, tiene toda la pinta de que me planto en el día de la boda y sigo teniendo ojeras amarillas chino mandarino.

10

En menos de una hora tendremos a Angelito con nosotros. Ha ido Ángel a recogerlo al aeropuerto, quería ir yo también, pero vienen a mirar el gas, la vecina de al lado, «La Vanesa P.» insistía en que había una fuga de gas. Qué sabrá esa de olores... La cuestión es que hasta sin proponérselo me hace la vida imposible. Así que, con todo el dolor de mi corazón he tenido que quedarme para esperar al técnico del gas, porque Ángel es el presidente de la comunidad y yo tengo las llaves de los contadores y como no me fío de dejárselas a ella, aquí estoy esperando al chico, al fin y al cabo soy la Primera Dama de la urba.

—Oli, ¿qué haces?

—¡Hola, Carol! Pues aquí esperando al del gas.

—¡Qué excitante! ¿Está bueno? —nos reímos.

—Ni idea, es que la loca de la vecina dice que huele a gas.

—¿Quién? ¿La pelirroja exuberante? Enciérrala en el cuarto.

—Ganas no me faltan, y meterle un embudo por la boca para que coma comida basura y se le vaya todo a la barriga y al culo. —Esta mujer me supera. La vecina.

—¿Entonces, estás en casa? Es que Raúl se ha enterado que llega Angelito y quería que lo acercara a tu casa. Pero he preferido preguntarte antes por si tenías algún inconveniente.

—Para nada, me hubiera gustado ir a recogerlo al aeropuerto con Ángel, pero aquí me toca esperar. Veniros, total, mi hijo en cuanto atraviese el marco de la puerta, deje tiradas las maletas, me dé un beso, o eso espero..., me dirá que ha quedado. Si Raúl está en mi casa, con suerte se quedarán los dos a comer. Quédate tú también.

Abro el congelador y miro a ver qué hay, tiempo para ponerme a cocinar no tengo y así, mientras, Carolina y yo podemos ir a la piscina un rato.

—Dime —respondo al teléfono.

—Oli, que antes de ir a casa tengo que pasar urgente por el despacho, llegaremos un poco más tarde.

—¡Ángel! Qué tengo unas ganas locas de ver al niño que no lo sabe nadie. Y ¿no puedes venir, lo dejas y te acercas tú?

—Eso es un lío. Bueno, no te pongas histérica, cuando aterrice y lo tenga conmigo te aviso y según la hora, ya vemos —se despide y colgamos.

—¿Qué se te ha olvidado? —respondo sin mirar.

—Señora, soy el técnico del gas. —Esto me pasa por no comprobar la pantalla—. Estoy en la entrada de su urbanización.

—Enseguida voy.

Salgo por la terraza que da a la parte interior de la urba y nada más poner un pie en el caminito, me topo con la pelirroja del demonio. No sé si será buena mujer, madre o amiga, pero como vecina se merece ir de cabeza a lo más hondo del Infierno.

—¡Buenos días, Olivia! ¿Sabes a qué hora vendrá el del gas? Te lo pregunto porque quería ir a darme un bañito antes, me muero de calor —me dice con una voz muy desagradable restregándose las manos por encima del trozo de «red gallundera» que deja ver su silueta tan bien esculpida; parece que la haya robado de la lonja, solo le faltan las bollas rojas adornando los bajos.

—¡Buenos días, Vanesa! A eso iba, a abrirle, está en la puerta de entrada. Toma, si quieres, ve tú. —Le enseño el llavero sujetando la llave que abre la puerta donde están los contadores—. Coge.

—¡Ay, no hace falta! Os espero aquí, aprovecho y paseo a *Flipín*. Aquí estaré vecinita... —me dice besándole la cabecita a su peludo que ya todos

sabemos que es el hijo del campeón del mundo de belleza. Hasta el perro es guapo.

No es porque yo sea de odiar a la gente, que no es así, pero... me supera, la mujer esta, es superior a mí. Y lo que más rabia me da es que Ángel diga que es maja. ¿Maja ella o esas dos perolas que le regaló en Navidad el dios del sexo que tiene por marido? Y tampoco puedo cuando se mete en la piscina, con su bikini azul de braga brasileña luciendo trasero, y sacude esa larga melena ondulada pelirroja y nos salpica a todos imitando a su perrito *Flipín*. ¿Pero qué nombre es ese?

Dos paso y ahora me topo con el del gas. Es mono, el chico no está mal, intento aniquilar mi pensamiento pecaminoso y continuo despotricando de mi vecina, mentalmente, claro, para evitar que me escuche alguien.

—¿Y dónde dice que está la fuga?

—No, yo no digo nada, lo dice mi vecina, yo aquí soy una mandada. Ahora mismo se la presento, prepárese.

No hemos llegado a la altura de la puerta de Vanesa , cuando un culo en pompa nos sorprende. El muchacho del gas se para en seco y como la naturaleza es muy sabia, ha debido de reforzar esa parte de la anatomía masculina para que no perdieran las bolas en momentos así, me refiero a las de los ojos.

Pues así se me ha quedado el operario, pasmado. Nos hemos topado con el culillo respingón de Vanesa, estaba recogiendo un excremento de su *Flipín*. Si es que hasta para cosas escatológicas la chica tiene *glamour*.

No conozco a nadie sobre la faz de la Tierra capaz de recoger una caca de perro, lo que viene siendo una mierda de toda la vida, con esa clase y lucir tan espectacular. Si hasta yo me he imaginado que salían corazoncitos rosas de la caquita de *Flipín*.

—¡Vanesa! Aquí tienes a tu salvador. —Le doy las llaves al chico y abro

la puerta de mi terraza.

Me quedo pegada en la pared a modo *graffiti* a ver si soy capaz de escuchar algo.

—Acompáñeme. Desde anoche tengo la extraña sensación de estar oliendo a gas continuamente, pero por toda la urba, no se crea que solo es en mi domicilio. —Un portazo me saca de mi momento detectivesco.

«Cómo me encantaría tener la mitad del cuerpo de mi vecina», quien dice la mitad, dice estar una pizquita igual de buena que ella.

—¿Hay alguien en casa? —Ángel acaba de entrar al salón.

—¡Angelito! —Salgo corriendo a la entrada.

—¡Mamá! ¿Y ese pelo? —me pregunta separándome de él mirándome fijamente.

—Tu madre, que se le ha ido la cabeza. —Yo también te quiero Ángel...

Qué feliz me he sentido al ver y poder abrazar a mi hijo. Me da igual que se haya hecho mayor, para mí siempre va a ser mi bebé. No le gusta que le diga esto delante de la gente, pero a mí me da lo mismo. Así lo siento.

—¿Qué quieres comer? Raúl viene ahora, lo trae Carol —me adelanto a que me pueda decir que quiere salir a comer fuera con sus amigos. Mi instinto de madre me avisaba que esto podía suceder.

—¡Ah! Eso te iba a decir, que me iba a acercar a su casa. —Mi olfato sigue intacto.

—¿Qué tal Oli? ¿Se ha solucionado ya lo del gas? —me pregunta Ángel.

—Ni idea, le di las llaves al chico, hace menos de diez minutos han entrado en casa de la vecina —le informo a mi marido de la posición del Demonio.

—Ahora vuelvo —me dice sin darme opción a que lo acompañe.

No quiero pensar mal, pero este hombre encuentra cualquier excusa para ir a su encuentro.

—Te noto diferente, mamá. —Me mira fijamente.

—Debe de ser el pelo —le respondo con una sonrisa.

—Dónde has dejado las maletas. Aprovecho y pongo la lavadora antes de que lleguen.

Me señala la entrada mientras le da un trago a la cerveza. «¿Desde cuándo bebe mi hijo?». Sorprendida voy a sacar la ropa que debe de caminar sola, dudo mucho que se la lave él en Londres.

—Si llega Raúl dile que estoy en la ducha, salgo en cinco minutos.

Cojo las dos maletas y las pongo sobre el sofá, entro en la cocina para coger el cubo de la ropa sucia e ir llenándolo, así me resultará más fácil llevarla.

Abro primero la pequeña pensando que encontraré calzado y algún calcetín olvidado dentro de un zapato, y cuál es mi sorpresa... Acabo de empezar a hiperventilar. No puede ser posible que esté viendo lo que hay ahí dentro. Me pongo la mano en el pecho y la vuelvo a cerrar, escucho la puerta de la terraza, mi marido «infiel» ha regresado, su amplia sonrisa le delata, viene de estar con la golfa.

—¡Oli! —me grita desde fuera.

—¡Voy! —Abandono la maleta pequeña en los pies del sofá y faltándome el aliento salgo al encuentro de Ángel.

—Saca unas cervezas y algo de picar. —Me guiña un ojo.

—¿Y con esta? Tú para qué has tenido que ir a su casa. ¿Qué es tonta y no sabe hablar con el del gas? Y si lo es, para qué quiere un marido como el que tiene, ¿es todo fachada? ¿No tiene cerebro? —Me voy encendiendo por momentos.

—¡Anda, celosilla! Ven aquí. —Se da palmaditas en las pantorrillas poniéndome cara de malo.

Aún no he puesto el culo y sale Angelito. Ahora me toca volver a

acostumbrarme a tener gente rondando por casa.

—Ya ha venido Raúl, ¡ah! y Carolina, también. —Coge una toalla del tendedero—. Nos vamos a la piscina, cuando esté la comida mándame un *Whatsapp*.

—A sus órdenes —le digo entrando en la cocina.

—Oli —me saluda Carolina.

—¡Hola, guapa! —Le doy dos besos.

—¿Qué te pasa?

—Nada y todo. La zorra de la vecina ha vuelto a aparecer. —Pongo cara de asco.

—La escritora frustrada del periódico. ¿La pelirroja?

—La misma.

Mientras me ayuda a preparar la comida, le voy contando la historia con Vanesa. Hablamos de tonterías y se me pasa por completo el ataque repentinos de cuernos. Le suena el teléfono.

—¡Hola, Raúl! Sí, estamos en casa de Ángel y Olivia. Sí, sí. —Escucho que habla con su marido—. Espera que le pregunto, pero supongo que no habrá problema. ¿Puede venir Raúl a comer?

—¡Claro! Anda, dile que le esperamos. ¿Qué tarda?

Mi marido y mi hijo, junto a Raúl *junior*, se van a la piscina, han quedado allí con Raúl padre, íbamos a ir nosotras también, pero le he pedido por favor a Carolina que se quedara un momento conmigo, tenía que enseñarle lo que había visto en la maleta pequeña de Angelito. Tenía que compartirlo con alguien, y quién mejor que con una de mis amigas.

—Estaba aquí. Te lo juro —le digo en mitad del salón buscando por todas partes la maletita.

—¿Has mirado en el cuarto de Angelito? —me pregunta.

—No, tienes razón. Ven. —Le estiro del brazo.

—¿Pero qué había dentro? Me estás empezando a preocupar. No habría alguien descuartizado, ¿no? —Ella siempre tan dramática.

—Dame tu palabra que no se lo vas a contar a nadie. Si es que me muero de vergüenza solo de recordarlo —le digo tapándome la cara.

Abro el armario del cuarto de Angelito y no la encuentro, miro debajo de la cama y tampoco tengo suerte.

La maleta ha desaparecido.

—Dime, sabes que no diré nada.

—Carol, vas a alucinar, o mi hijo se ha hecho representante de productos eróticos a granel o es un amo de esos. —Me siento en la cama.

—¿Qué dices? ¿Pero qué había dentro de esa maleta?

—La abrí un momento, pensaba que tendría zapatillas y alguna cosa para lavar. Un visto y no visto, pero tenía un macro vibrador en color fucsia dentro de la caja, parecía nuevo, también pude ver unas esposas del mismo color, botellas que digo yo, serían geles de esos que anuncian en la tele y hasta un látigo y por bajo, se intuían más cajas. Me asusté y la cerré de golpe.

—¡Qué fuerte! Raúl me ha dicho que esta noche han quedado... ¿Tú crees...? —antes de poder decirme nada más, escuchamos voces y nos confirman que han regresado.

Salimos del cuarto de Angelito intentando disimular que acabamos de cambiar las sábanas de la cama y entramos en la cocina.

—¿En esta casa no se come? —También está Ciro.

—¡Pero si estamos todos! —les digo sorprendida.

—Pepe estaba conmigo cuando llamamos a Raúl y nos dijo que estaba con Ángel, así que, ya ves.

—Y ¿Araceli sabe qué estás aquí?

—De camino. —Me guiña un ojo.

Carolina y yo no dejamos de mirarnos, necesitamos saber dónde se

encuentra esa maleta. Creo que las dos hemos pensado lo mismo. O los chicos se van esta noche a una orgía o es que son pareja. El simple hecho de imaginármelo con Raúl *junior* me revuelve el estómago.

No estoy preparada para eso, pero ya no por mí, a mi marido le podría dar un *parraque* y quedarse tonto. Yo solo quiero que mi hijo sea feliz, si ha elegido a Raúl, no tengo objeción, pero no me quiero quedar viuda o sin hijo. De todas formas no me pega que Angelito fuera pareja del niño de Carolina.

De un tiempo a esta parte todo son sufrimientos, no gano para disgustos, cuando no es una cosa es otra.

El haber tenido que abandonar la dieta no me ha supuesto ningún trauma, el único ha sido saber que todo el hambre que he pasado las tres semanas que he cumplido a rajatabla las recomendaciones de Isabella no han servido para nada. Los seis kilos que perdí, creo que ya han regresado con el famoso efecto rebote, porque me siento más hinchada que nunca.

Ni operación bikini ni boda hecha una sílfide.

Mi despertar sexual provocado por querer darle vida a mis pequeñas fantasías sexuales me ha abierto un nuevo mundo que no conocía.

Todavía siento recelo al hablar de ello, miento, hablar imposible, no sé con quién lo voy a poder hacer, pero poco a poco mi mente se va abriendo y lo que no es la mente... Era algo que tenía que haber hecho hace tiempo, tenía que haber dado el paso, pero algo en mi interior me impedía tan siquiera reproducirlas en solitario, así que mucho menos llevarlas a cabo.

Al principio mi sensación era de estarle siendo infiel a mi marido, después de casi veinticinco años con la misma pareja, ahora, imaginarme haciéndolo con otro hombre, dejándome dar placer por otras manos que no fueran las de mi esposo... Y lo más grave, me he convertido en una adúltera que disfruta haciendo todo aquello que en el lecho conyugal oficial he sido incapaz de llevar a cabo.

11

Cada vez está más cerca el día. Yo sigo sin estar ilusionada, hasta tengo ganas que pase el día y poder así relajarme, pero no podré, está el viaje, el crucero que con tanto cariño nos han regalado nuestros amigos y al que no puedo negarme a ir.

Si no tenía suficiente estrés en la vida, mi madre, que nunca está cuando se la necesita, ahora, se le ha despertado un instinto maternal tardío y quiere venirse unos días a casa para echarme una manita con los preparativos... Miedo me da darle alas.

—Mamá, ¿a qué hora llegas? ¿Quieres que Ángel vaya a recogerte? — Intento sacar mi cara más amable con ella. Nunca nos hemos llevado bien, y le he prometido a Ángel que lo voy a intentar por la salud mental de todos los que vayamos a compartir techo con Facunda, pero ahora que se ha hecho moderna la mujer, la llaman «Fakin».

—No estaría mal que viniera a por mí, llego en el tren de las seis y media. ¿Dónde me espera?

—Pues te esperará en la estación, mamá.

—¿Tú no piensas venir?

—Mamá, he quedado, te lo he dicho un millón de veces. —Respiro hondo. Veo que me voy alterando por segundos—. Si no avisas cuando tienes pensando venir a casa, nosotros tenemos nuestros planes. Ángel va encantando, y de haberlo sabido con tiempo, también habría ido yo, pero te recuerdo que la semana que viene celebro mis bodas de plata y tengo que organizar todavía muchas cosas.

—Pero a ver, Olivia, no voy yo a echarte una mano con todo. No entiendo que te vayas sin mí. —No puedo, juro que lo intento, pero es superior a mí.

Menuda semana nos espera.

—Mamá, de verdad, no te lo tomes a mal. Cómo vas a venir conmigo si has sacado el billete sin contar con nosotros. Esta cita la tengo desde hace tres semanas, es la prueba del traje, no puedo anularla ni retrasarla, después de allí tengo que ir a ver lo del menú. Si quieres, cuando te recoja Ángel, nos vemos en el restaurante. —Ahora se me pone a gritar.

Cuelgo y me voy corriendo a la habitación, me tiro en la cama indignada evitando llorar. Me tumbo mirando al techo. Es increíble que a mis cuarenta y cinco años todavía mi madre ejerza ese poder de rechazo y de crispación hacia mi persona. Me enerva de una manera que no soy capaz de controlarme. Todo lo hago mal y todo para dejarla de lado, según sus palabras. Ella es la madre, por favor.

Me siento observada, pero permanezco en la misma postura. Sigo inmersa en mis penas.

—Un donut por tus pensamientos, princesa —me dice Ángel con un gesto melancólico y es inevitable que me emocione.

Esa frase siempre me la decía cuando éramos novios y bajaba mosqueada de casa de mi madre sin abrir la boca. Diciendo tan solo esto, conseguía que volviera a sonreír. Nunca me daba el donut, pero yo le contaba lo qué estaba pensando.

—¿Mi donut? —le sonrío alargando la mano.

—Oli, ya has hablado con tu madre, ¿no?

—¿Se nota mucho? Tienes que ir a la estación a recogerla a las seis y media. Tráela a casa, por favor, ni se te ocurra aparecer con ella en el restaurante, no respondo, podría lanzarla por el acantilado.

—Tranquila, algo inventaré. Tú disfruta. —Se me acerca y me da un beso.

Me levanto un poco más animada, me preparo y salgo a la calle, he quedado en que me recogería María con su coche. Alicia está desaparecida de

nuevo, ahora está en Formentera, se ha ido en el yate de uno que ha conocido en el gimnasio de Silva, el que la llevó a Los Pirineos.

Entramos en la autovía y me vuelve a sonar el teléfono, otra vez mi querida madre. Discutimos y colgamos, nuevamente, sin despedirme.

—¿Cómo lo llevas? —me dice María.

—Ahí vamos, hazme la pregunta mañana, llevaré veinticuatro horas con mi madre —le respondo resignada y algo agobiada.

—¿Viene sola? —Siento un vuelco al corazón.

—¿Con quién iba a venir? No me asustes, María, tú siempre tan agorera, hija.

—Tratándose de la señora Facunda, pues puede aparecer con cualquiera...

—Ahora se llama Fakin. —Pongo los ojos en blanco.

—Fakin, ¿cómo follar en inglés? —Aquí me ha matao.

—¡Tíaaaa! *Fucking*, no, Fakin, a secas. ¡Lo qué faltaba!

Llegamos a la tienda donde me están haciendo el vestido. Muy amablemente la dependienta nos invita a pasar al probador, me lo muestra colgado de una percha, y la verdad, ha quedado precioso. Mira que no iba yo muy convencida, pero una vez puesto y con los cambios que le sugirió Araceli, me queda como un guante. Una cosa menos, y lo mejor de todo es que los zapatos que me ha dejado para la prueba, también los vendía y me los ha regalado. La semana que viene, el jueves, podré pasar a recogerlo.

Nos vamos directas al restaurante, quiero terminar cuanto antes con todas las cosas y así poder ir a tomar algo cuando Araceli cierre la clínica.

El reencuentro con mi madre fue mucho mejor de lo que me esperaba. Que no me lleve bien con ella no quiere decir que no la quiera, sé como es, siempre ha sido así y con sus sesenta y siete años no voy a pretender cambiarla, pero reconozco que en el fondo de mi corazón albergaba la

pequeña esperanza de que la edad la hiciera madurar y se terminara convirtiendo en una madre y abuela al uso.

Todos mis recuerdos de la infancia son iguales, ella a lo suyo y mis hermanos y yo a lo nuestro. Si estábamos enfermos nos cuidaba mi abuela, si había que ir a hablar con los profesores acudía mi tío, al igual que él era el que nos llevaba a los cumpleaños infantiles. Mi madre con la excusa de que nunca tuvo suerte en el amor, decía que debía dejarse llevar por sus impulsos, que solo se vivía una vez y que ella era la que iría en busca del amor. En eso puso todo su empeño, siempre tenía un novio nuevo y a cuál más indeseable.

Fuimos creciendo y nos fuimos sacando las castañas del fuego solitos. A Ángel lo conocí en el último año de BUP, lo que viene siendo el Bachiller actual, y como a mi madre le daba lo mismo que me marchara de casa, decidí elegir una carrera que estuviera en la otra punta de España, conseguí una beca de estudios y un trabajo, y con eso y una pequeña ayuda de la familia de Ángel, porque en esto no puedo tener queja, siempre nos han apoyado, pues poco a poco, nos fuimos despegando más y antes de comenzar mi segundo año en la universidad, mi novio por aquel entonces, me pidió matrimonio.

Organizamos la boda solos, el apoyo de la familia lo teníamos, ya que Ángel había terminado la carrera y tenía trabajo, no íbamos a depender de nadie.

Mi madre de vez en cuando nos pedía ayuda económica porque nunca estuvo muy centrada y se metía una y otra vez en algún lío.

En este aspecto le tengo que estar eternamente agradecida a Ángel que nunca se quejó, siempre arrimó el hombro aún a sabiendas que mi madre parecía una adolescente desequilibrada y cuando no era una cosa era otra o simplemente quería algún caprichito y se camelaba a su yerno.

Cuando nació Patricia, vino tres meses después del nacimiento de su primera nieta. Le pilló en un viaje en el extranjero, donde conoció a un

francés y se quedó a vivir según ella, el amor de su vida, lo exprimíó tanto que en menos que cantó un gallo la teníamos de vuelta. Se presentó en casa sin avisar, con la maleta y un *souvenir* de allí. Se quedó quince días, lejos de echarnos una mano con la niña, ella entraba y salía a su antojo.

Regresó a su casa porque Patricia no la dejaba dormir y decía que a su edad si te salían ojeras se te quedaban de por vida y no estaba dispuesta a sacrificar su contorno de ojos por un bebé.

Solo volvía a saber de ella cuando necesitaba dinero o cuando quería vacaciones con playa y se instalaba un par de semanas en casa, incluso venía con amigas.

Mi madre era y es así, un tanto egoísta y siempre he dicho que sufre el síndrome de Peter Pan. Ella no acepta haberse hecho mayor.

Y aquí divagando me encuentro a la espera de que la señora Fakin se termine de arreglar para ir a hacer la compra. Ha venido dispuesta a no separarse de mí ni un segundo.

—Mamá, ¿te queda mucho? —le grito desde la terraza mientras me termino el café.

—Un momento, en cinco minutos me levanto.

—Voy a la gasolinera y paso a recogerte, espérame en la puerta de la calle —le digo justo delante del dormitorio de Patricia, que es donde se ha instalado.

Cojo las llaves del coche y me marcho, sabiendo de sobra que no estará lista para cuando regrese.

Como bien sabía que esto iba a suceder, aburrida de esperarla, hago una llamada. Estaba deseando hacerla.

—¡Hola, guapo! ¿Tienes planes para esta noche?

—Preciosa, echaba de menos tu voz. Los planes que tú me propongas. — Es ridículo, pero cuando me habla de esta manera, siento algo por el

estómago que me revuelve todo.

—Voy a intentar deshacerme de los de casa. Se me ha ocurrido una cosa, hace tiempo que tengo esto pendiente —le susurro muy sugerente yo.

—Estaré atento a tu proposición, tengo una sorpresita. Te va a encantar.
—Un escalofrío me recorre el cuerpo entero. Me encanta haber vuelto al mundo de los mortales activamente sexuales.

No me ha dado tiempo a despedirme de él y mi querida madre, después de veinte minutos de espera, que he aprovechado de maravilla, asoma la cabeza por la puerta de la calle. La veo que me hace señas, el reflejo del sol me impide ver qué lleva en la mano.

Pongo el freno de mano y salgo. «¿A ver qué le pasa ahora?».

—¡Mamá! Se nos va a hacer súper tarde. ¿Qué decías? —No me puedo creer lo que estoy viendo.

—Mira, nena, ¿no es monísimo? —Eleva a *Flipín*.

—¡Mamá! ¿Qué haces con el perro de la vecina, de la zorra de la vecina?
—No he podido evitar llamarla así.

—¡Oh! Tiene dueña... —dice dándole un beso en los morros al chuchó.

La empujo dentro, paso y cierro la puerta. No entiendo qué hace *Flipín* en mi casa y con mi madre.

—Estaba en la terraza desayunando tranquilamente y escuché llorar a alguien, al principio no hice caso y fue cuando comencé a oír que rascaban en la puerta. Me levanté y al abrir, ahí estaba él. No me dio tiempo a nada, como alma que lleva el diablo entró dentro de casa. Yo creo que huía de algo o de alguien.

—Huiría de su dueña, yo me habría escapado hace tiempo —digo con una sonrisa malévol.

—¿Nos lo podemos quedar? —Se arrima al chuchillo a la cara parpadeando muy rápido.

—¿Estás loca? Mamá, es la vecina de al lado, se enterará que tenemos a su perro, y, además, es un ser vivo, por muy mala gente que sea, digo yo que le tendrá cariño y querrá recuperarlo. —Me sale mi lado más humano—. Trae.

Le arrebató a *Flipín* y salgo al pasillo de la parte trasera, el que da a la parte comunitaria. Toco al timbre de Vanesa, pero nadie responde. Me empiezo a impacientar, no me quiero quedar con su perro, ni para siempre como es evidente, ni cinco minutos. Y no voy a llamar a la protectora porque no la soporte y así querer gastarle una putada y gorda. Lo mejor será devolverlo a su hogar.

Regreso a casa, ahí, junto a la barbacoa tengo a mi madre con una sonrisa de oreja a oreja alargándome los brazos para sostener a *Flipín*.

—Mamá, no nos lo vamos a quedar, Vanesa regresará más tarde. Voy a dejarle una nota. —Le doy el perro y entro en casa con la intención de escribirle diciéndole que tenemos a su perro. Le dejaré pegado un *post-it* en su puerta comunicándole que su can está en mi domicilio.

Aviso a mi madre que me voy a ir a comprar, ya no me quiere acompañar, ha encontrado mejor compañía que la mía y prefiere quedarse jugando con el vecino perro.

Subo al coche y arranco, en el primer semáforo que se me pone en rojo, compruebo que mi móvil no se ha conectado al *bluetooth*. Vacío mi bolso todo lo rápido que puedo, se va a poner en verde en seguida y quería llamar a mi magnate para quedar en firme esta tarde. Definitivamente, lo he olvidado en casa con el rollo de *Flipín*.

En el supermercado me encuentro con Araceli, nos saludamos y me pregunta si hacemos algo esta tarde. «Qué solicitada estoy, para un día que no quiero ver a nadie que no me proporcione placer sexual». Me disculpo y le pongo como excusa que mi querida madre está en casa y si quedamos se querrá venir y como la conoce, no hace falta dar más explicaciones.

Termino de hacer la compra y vuelvo a casa.

Cargada como un burro intento pulsar el timbre de la puerta de entrada. Nadie responde. Vuelvo a intentarlo sin éxito. Cabreada dejo las bolsas en el suelo y meto la mano en el bolso, saco mis llaves.

Al fondo, veo a Ángel en la cocina, habla con alguien, supongo que con mamá.

—¿Estáis sordos? Llevo una hora llamando —miento, pero es cierto que he llamado dos veces y me han ignorado.

—Estábamos hablando. —Ángel me da un beso.

Coloco la compra y miro de reojo a mi madre. Ella sigue sin soltar a *Flipín*.

—Ángel, dile a mi madre que no nos podemos quedar con el chucho.

—Luego se lo llevo a Vanesa —dice muy decidido y yo me cabreo.

—No. Ya iré yo, y si no, que venga ella, le dejé una nota pegada en su puerta.

—Le estaba diciendo a tu madre que tengo dos entradas para un concierto, me las ha regalado un cliente. Yo esta tarde tengo lío en el despacho. — Enseña dos cartoncitos blancos alargados.

—¿Y con quién va a ir? —pregunto rezando que no pretenda ir conmigo.

—Con Angelito, me apetece hacer algo con mi nieto. —Abro muchísimo los ojos sorprendida y aliviada a la vez.

—Genial. Yo aprovecharé y terminaré de ver una serie. Con el rollo de la boda no sé cuándo fue la última vez que me tiré en el sofá a ver algo tranquila.

Ángel hace la comida, me dice que el niño se ha ido a comer con Raúl, el hijo de Carolina y que vendrá para recoger a mi madre. Me sorprende que haya aceptado acompañarla a un concierto de un grupo desconocido en pleno centro de Alicante, pero ni pregunto.

Terminamos de comer y escucho la puerta de la vecina. Me levanto de un golpe, cojo al perro y salgo al pasillo.

—¡Vanesa! ¡Vanesa! Aquí tienes a tu perrillo, se lo encontró esta mañana mi madre, debió de escaparse por la jardinera.

—¡*Ohhh!* Mi chiquitín. —Comienza a darle besos y besos—. Eres muy malo. Pero si mamá venía en seguida.

—Bueno, aquí te lo dejo. Mira de arreglar el hueco ese o enciérralo en casa cuando te vayas, es posible que la próxima vez no tengas tanta suerte... —Me mira asustada.

Entro indignada en casa, es que ni las gracias me ha dado. A saber de dónde venía...

De repente me viene a la mente mi cita de esta tarde. Le envió un mensaje y cuando me confirma que podrá acudir, entro en el baño para ir preparando todo.

Necesito que se vayan ya, quiero ducharme, depilarme y preparar mi encuentro. Llevar a cabo una de mis fantasías en casa, me nubla el deseo. Una parte de mí se siente excitada al pensar que podré hacer marranadas con mi «magnate del petróleo», y otra, la buena, me recuerda que la primera vez que lo intenté no fui capaz. Estoy convencida que después de mis otros encuentros, en esta ocasión, conseguiré realizarla correctamente.

—¿Papá, nos acercas tú? —le pregunta Angelito.

—No puedo, ahora os doy dinero para un taxi, me están esperando y no puedo llegar tarde. Oli, me marchó, que disfrutes de la serie. —Me da un beso, le alarga al niño un billete de doscientos euros y se marcha.

—¡Joder! ¿Tu marido caga dinero? —pregunta la bestia de mi madre.

—Tú, la cuestión es quejarte... —le digo ansiosa y deseando que se larguen de una vez.

12

Objetivo alcanzado. Casa vacía y yo limpiita y depilada. Me coloco un ligüero rojo y negro que me he comprado por *Internet* y tenía escondido en el fondo del armario. Cojo un camisón negro semitransparente y me siento en el borde de la cama. Paso la mano por encima acariciando a la nada. El timbre de la puerta me sobresalta.

Voy corriendo, descuelgo y veo en la pantalla a mi cita. Rápídamente, sin perder ni un segundo, le abro. Hasta que no escucho que la puerta de fuera está cerrada no abro la de dentro, la del porche, no quiero ser testigo de miradas indiscretas como la otra vez.

Sin decir ni una palabra me lanzo a sus brazos, besándonos apasionadamente entramos en el salón. Desesperada le intento quitar la chaqueta, la lanzo dejándola caer sobre la mesa del comedor.

Le cojo de la corbata y estirándole de la punta lo obligo a seguirme. Me siento poderosa.

—No sabes cómo me ponen los ligüeros —me susurra.

—Quiero que me los arranques con la boca.

«¿He dicho yo eso?». Me estoy metiendo de lleno en mi papel de loba.

—Te arranco lo que quieras.

Le empujo del pecho y lo tumbo en la cama, me arrodillo en el suelo entre sus piernas que cuelgan por el borde de la cama y le intento desabrochar el cinturón. Sus dedos se entremezclan en mi cabeza y comienza a masajearme. Me voy excitando por segundos.

Le arranco el pantalón y me pide que me coloque encima suya. Siento perfectamente que a él esta situación también le está resultando muy placentera. Le obedezco sin oponer resistencia deseando que se deshaga de

mi camisón, quiero sentirme desnuda.

Logrado mi objetivo, comenzamos a besarnos, de momento no he notado ningún bloqueo. Estoy disfrutando, me siento como nunca antes lo había hecho. Todo esto es nuevo para mí. Cómo me arrepiento de no haberlo llevado a cabo antes...

—Ponte un condón —le exijo rompiendo todo el romanticismo.

—Olivia, no hace falta —me responde.

—Sin condón, no hay polvo —le insisto.

—¿Pero?

—Pero nada. No quiero correr riesgos —me pongo muy pesada, abro el cajón de la mesita y cojo una caja. He comprado condones de sabores.

—¿Y esto? —me dice enseñándome uno en su envoltorio.

—Ahora me dirás que no sabes cómo es un condón. Son de sabores, concretamente, de fresa chicle. —Se lo arranco de la mano e intento sacarlo de dentro.

Usando mis nulas habilidades, intento ponérselo, él comienza a reírse, debe de parecerle muy gracioso. Aunque es la primera vez que pruebo a poner uno, estoy empeñada.

—Cuidado, me haces daño.

Me aparta las manos y lo coge él. Me empieza a besar y sin apenas darme cuenta ya lo tiene bien enfundado. ¡Cómo huele todo a chicle!

Me coloca la mano en la cabeza y lentamente me la va a acercando, creo que quiere que haga la cata y le diga si realmente sabe a lo que reza el envoltorio.

Cierro los ojos y nuevamente le obedezco, pero esto no sabe a nada comestible, solo es el olor, porque saber, sabe a plástico nauseabundo. Me olvido de *felar* y subo hacia arriba, voy recorriendo su torso con mi lengua.

Nuevamente me excito y me subo encima suya. Comienzo a moverme

muy despacito, la siento entera en mi interior. Él me mira sonriente, cierra los ojos y me pide que me mueva más rápido. Lo intento, no quiero perder el ritmo, no recuerdo cuándo fue la última vez que cabalgué por gusto...

La emoción hace abandonarme a este mundo y ni he reparado en que alguien ha entrado en casa. Él me sujeta de las caderas, de un golpe seco me eleva lo suficiente para sacarme de su interior.

—¡Mierda, mi marido!

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

—¡*Oliviaaaaa!* —mi madre comienza a berrear por la casa. Ni sé qué hora es.

—¡Mierda! ¡Mierda! Escóndete. Recoge tus cosas, salta por la ventana. No sé... —digo dando vueltas desnuda por toda la habitación con los ligeros puestos.

Lo oculto en la bañera, paso la cortina y le pido silencio. Yo como es la primera vez que me encuentro en una como esta, no se me ocurre otra cosa que meterme debajo de la cama.

—Nena. ¿A ver dónde se me ha metido esta mujer? —Escucho a mi madre hablando sola.

Aguanto la respiración, no puedo más. En breve estaré cianótica. Desde donde me encuentro, veo como sus pies salen del cuarto, aunque ha dejado la puerta abierta, siento algo en la cabeza, subo la mano y cojo una prenda, unas bragas. «Se han debido de colar aquí bajo».

Por el lado de la cama de Ángel logro escapar. Me visto casi tumbada para no ser vista desde el pasillo y me meto las bragas sucias en el bolsillo del pantalón corto que me acabo de poner. En ese mismo lado, en el suelo, está el pantalón del traje de chaqueta y la corbata, las hago una bola, abro la puerta del baño y se lo lanzo dentro de la bañera. Me acerco, le doy un beso furtivo y le digo:

—Espera cinco minutos, voy a llevarme a mi madre.

Cierro el dormitorio y me dirijo a la cocina.

—¡Mamá!

—En la terraza. ¿Dónde estabas? Tienes mala cara, hija.

—Estaba en el baño. Estoy cansada —le respondo haciéndome una coleta.

—¡Menuda mierda de concierto! Allí dejé al niño y me volví en taxi. No lo soportaba más. Era una cosa muy rara, uno hablando mientras sonaba la música. Bueno, hablando no, creo que decían que *rapeaba*. Nada, un horror.

—Vente. —Le cojo de la muñeca y la saco al pasillo de la urba—. Mira qué bonita se ha puesto la puerta una vecina.

—Olivia, ¿te crees que me interesa el mobiliario del vecindario? —me dice dejándose arrastrar.

Salimos y disimuladamente giro la cabeza hacia mi casa. Espero que le de tiempo a escapar. Yo continúo algo excita al recordar que casi nos pillan ahí dale que te pego. Me siento como una auténtica adolescente.

Intento buscar una puerta que sea diferente para justificar por qué la saqué de una manera tan precipitada de casa. Pero fue lo primero que se me ocurrió.

—Mira. —Señalo a una puerta de color marrón.

—Me preocupas. ¿Te sucede algo? Estás rarísima. Una puerta preciosa. ¿Podemos volver a casa?

Salimos por la puerta principal y caminamos por la acera que nos llevará a la puerta de salida de mi casa. Es lo bueno que tienen las casas con dos entradas.

—¿Qué hacemos de cenar? —pregunto metiendo la llave.

—Chica, cualquier cosa. Ángel, ¿tú qué quieres? —No me había dado cuenta que mi marido estaba en el porche.

—¡Hola, cariño! —me da un beso.

—¿Qué tal la reunión? —le pregunto devolviéndole el beso.

—Un rollo. ¡Hola, Facunda! ¿Pero usted no estaba en el concierto?

—Fakin, llámame Fakin. Facunda es nombre de vieja de pueblo.

Después de estar discutiendo cinco minutos sobre el diminutivo de mi madre y de qué cenábamos, nos sentamos en la terraza trasera. Me levanto al recordar que llevo unas bragas sucias en el bolsillo. Al entrar en el lavadero y meter la mano en el bolsillo del pantalón, siento como si me acabaran de clavar un puñal en el pecho.

Temblando, tiro de la costura y la observo en la palma de mi mano. «¡Hijo de puta!», es lo único que soy capaz de pensar. Se me ha empezado a acelerar el pulso, noto como me tiemblan también las piernas. De un momento a otro temo desplomarme. Esto no puede estar pasando.

«¿Qué hago?» No sé cómo narices actuar, salgo a la terraza y ¿le meto un puñetazo a mi marido? Cojo el cuchillo del jamón y le rebano el cuello. Voy de una punta a la otra, no puedo pararme.

Sin darme cuenta he comenzado a llorar, me temo que el cabrón de mi marido me engaña. Necesito llamar a las chicas. Solo ellas me podrán entender y decirme qué hacer.

Sin hacer ruido salgo del lavadero limpiándome las lágrimas, cojo las llaves del coche, el bolso y me voy de casa.

Llorando sin consuelo, arranco, tecleo en la pantalla el teléfono de Araceli.

—Dime —me responde en seguida.

—¡Tíaaaa! —le digo llorando.

—¿Qué te ha pasado? No me asustes.

—¡Ay! Araceli, necesito verte ya. Voy camino de tu casa. —Sigo llorando, tanto que casi ni veo la carretera.

Aparco en un vado y allí en la puerta de su casa me hace una seña. Abre, se sube en el coche y de un portazo cierra.

—Mira. —Le lanzo las bragas sucias.

—¿Y esto?

—Pues eso digo yo. Tía, que Ángel me engaña...

—Cálmate. ¿De dónde has sacado esto? —me pregunta con cara de asco, sujetándolas de una esquinita.

—Debajo de mi cama. En mi casa, en mi dormitorio. ¡Ay que soy una cornuda! —digo tapándome la cara con las manos llorando desconsoladamente.

—No me lo creo —dice sin dudarlo.

—¿Es qué no las reconoces?

—Pues... ¿debería? —Las observa atenta—. Si hay alguien en este mundo que sería incapaz de engañar a su mujer, ese sin duda es Ángel. En serio, ten fe.

—La gente no es lo que parece. Créeme, sé de lo que hablo —sigo llorando.

—Olivia, escúchame atentamente: Antes de creerme que Ángel ha sido capaz de ponerte los cuernos con alguna, antes, sería capaz de creerme que Ciro me ha engañado con otra. ¿De quién son las dichas bragas?

—De la puta pelirroja.

—¿De tu vecina Vanesa?

—¿Cuántas putas pelirrojas conoces?

—Debe de haber otra explicación. Si yo me tiro a mi vecino en su cama, entiendo que no me iría sin bragas a la calle.

—Igual alguien los sorprendió. Mi casa últimamente está muy concurrida.

—Sí, y tu marido muy ocupado, si casi nunca está en casa. Hay que buscar otro motivo.

—Te juro que los mato, a los dos. Sin contemplaciones. Estos no me conocen —digo apretando fuertemente las bragas con mi puño derecho—. La boda se cancela.

—Cálmate, piensa, anda, no actúes sin más. No digas nada, observa. ¿Ves diferente a Ángel? No sé, en las revistas dicen que los maridos infieles se les pilla por el teléfono y porque empiezan a comprarse ropa diferente, se cambian el peinado y hacen tonterías de enamorados, pero no con su mujer, claro.

Mi conversación con Araceli, me ha calmado un poco, aún así, siento un dolor agudo en las sienes, deben de ser los cuernos que empiezan a hacerse visibles. Qué ciega he estado, por eso Ángel es tan amable con ella y nunca la contradice cuando viene a tocar los cojones a la comunidad.

Conduzco todo el camino llorando con una pena agarrada al pecho que me ha quitado toda la esperanza de continuar adelante con la boda. Yo sé que quiero a Ángel, que daría mi vida por él, sé lo que siento. Pero él demuestra una cosa y ahora resulta que se ha cepillado a la puta bruja pelirroja, y en mi cama, y parece ser que en mi lado.

Necesito hacerme con el móvil de Ángel, si Araceli tiene razón, allí encontraré alguna pista que me lo confirme.

En estos instantes me quiero morir. Siento impotencia y rabia. Debo de calmarme antes de hacer algo de lo que más tarde pueda arrepentirme.

Solo se me ocurre atropellar con mi coche a Vanesa y después envenenar a mi marido, que tenga una muerte lenta y dolorosa.

Jamás imaginé que doliera tanto descubrir unas bragas.

13

No he podido pegar ojo en toda la noche, cuando llegué saludé y me fui directa a la cama, fingí una fuerte migraña, aunque el dolor de cabeza no lo era.

Quise evitar un asesinato.

Me niego a perder a mi marido, ahora no. No sé cómo actuar. Si le hago caso a Araceli, todo seguirá como siempre, pero debo de estar con los ojos bien abiertos, a la mínima pienso decirle que lo sé todo.

Después de darle un millón de vueltas, se me ha ocurrido invitar a los vecinos a tomar café en casa y cuando se esté poniendo azúcar *la puta*, lanzarle sus bragas, concretamente, su braga azul brasileña que tan bien luce cuando va a la piscina. A cuántos vecinos se habrá tirado... Porque el mío, aunque tiene cincuenta años está de muy buen ver.

Ya no quedan hombres de esa quinta con más de uno ochenta de estatura, con incipiente tableta de chocolate sin necesidad de trabajarla en el gimnasio, y con pelo, sobre todo con melena, casi todos los amigos del grupo empiezan a clarear y tienen cuatro pelos mal puestos y canosos. Ángel, todavía puede presumir de tenerlo de un solo color. Es buena persona, atento con todo aquel que le rodea, nunca habla mal de nadie. Socialmente está muy bien considerado, tiene uno de los despachos más importantes de Alicante, igual aquí me paso, pero tiene un despacho desde hace más de veinte años que funciona de maravilla. Me acabo de dar cuenta que Ángel es muy buen partido.

¡¡Me quieren robar a mi marido!!

—Olivia. —Me saca de mis pensamientos «el adúltero».

—¿Qué quieres? —le respondo seca.

—Te apetece que esta tarde... —Antes de que pueda seguir la frase lo interrumpo.

—¿Me quieres?

—Más que nunca. ¿No lo sabes?

—No, no lo sé y no lo siento. Por eso te lo pregunto.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada —le digo levantándome de un salto de la cama y abandonando la habitación.

Entro en la cocina, pretendo hacerme un tanque de café y comerme un paquete entero de galletas untando el bote entero de Nocilla.

Me suena el teléfono, lo cojo y veo que tengo un mensaje:

Te echo de menos, me apetece que nos veamos esta tarde. He reservado una habitación en un hotelito lejos. Tengo una sorpresa.

Mensaje mío:

Anúlala y no me vuelvas a mandar ningún mensaje, ni se te ocurra llamarme. Lo nuestro se ha terminado para siempre. Pero todo. Vete a la mierda.

No quiero seguir con este juego peligroso. Estoy cansada, harta y dolida.

Mi marido me ha roto el corazón. Ya no tengo ganas de vivir. ¿Será la primera vez que me engaña? ¿Cuánto tiempo llevará con Vanesa?

No puedo quitármelo de la cabeza, esto me supera. Tengo que hablar con Ángel, pero con mi madre y Angelito en casa no voy a encontrar el momento. Lo que tengo claro es que así no puedo continuar. Esto me está matando por dentro.

—Olivia, ¿qué te pasa? —Qué pesado es este hombre.

—¿Quieres saber lo qué me pasa? En serio que quieres saberlo, porque

igual no te va a gustar la respuesta.

—Claro que quiero, necesito enterarme. Tu silencio me está matando. ¿Qué es eso tan grave que se supone he hecho? Porque tengo claro que se trata de alguna cosa así, o igual, es algo que debería y no he llegado a hacer. ¿He olvidado alguna cosa importante? Olivia, suéltalo ya.

Me acerco a mi bolso, lo abro y en un arrebato cojo las bragas de la vecina. Me giro y dejando ver mis ojos rebosantes de lágrimas, permanezco en silencio frente a él. Me doy la vuelta de nuevo, me acabo de arrepentir.

Ángel me habla, tal es la rabia que me hace sentir su voz, que voy hacia él, me quedo quieta enfrente suya y se las lanzo a la cara.

—¡¡Querías que lo soltara, pues ahí lo tienes!! —le digo gritando como una auténtica desquiciada.

—¿Unas bragas? ¿No querrás que me las ponga?

—Tú eres imbécil y parece ser, que piensas que yo también lo soy. ¿De qué vas?

Veo que las pone sobre la mesa, las despliega. Me mira sorprendido. Las coge nuevamente y las vuelve a colocar extendidas al lado de un cenicero. Qué cínico.

—No entiendo nada, de verdad, o me cuentas qué pretendes que hagamos o haga con estas bragas o seguiré igual de perdido que hasta ahora. —Mi madre nos interrumpe.

—Olivia.

—Mamá, ahora no, estoy intentando aclarar algo con mi marido.

—Tranquilos, ya me voy. Pero no discutáis. Hija, no seas tonta, no te enfades con tu marido. ¿Quién te va a querer más que él? —dice eso y sus palabras se me clavan como una daga en el pecho.

¿Por qué todo el mundo insiste en que Ángel es maravilloso? Escuchar a la gente alabar al golfo de mi marido, hace que este dolor se agrave. Yo

también pensaba eso antes del hallazgo de las bragas de la discordia, convencida estaba de lo mi maravilloso que era mi esposo. Pero está todo muy claro. Ha sido tan bueno y ha demostrado cara a la galería lo enamorado que estaba de mí, para poder ocultar su doble vida. Este es otro Arnaldo.

—Mamá, si no sabes, no te metas.

Se marcha diciendo algo que no logro entender y nos volvemos a quedar solos en el salón.

Ángel tiene las manos tapándose la boca, apoya sus codos en las rodillas, intenta controlar su respiración. Permanece sentado en el sofá. Qué buen actor es, finge perfectamente no saber nada. Hasta me hace dudar.

—Júrame que no te has tirado a la puta pelirroja —por fin lo suelto.

—¿¿Qué?? —Se pone en pie.

—Dímelo, lo sé todo. —Me marco un farol.

—Pues cuéntamelo a mí, por que no tengo ni idea de qué hablas.

—Esas bragas son de Vanesa, estaban enrolladas debajo de nuestra cama, las encontré ayer cuando me metí debajo escondiéndome...

—¿Y tú para qué te escondes debajo de la cama? —pregunta sorprendida mi madre saliendo de la nada.

—¡¡Mamaaaaá!!

—No tengo ni la menor idea de cómo han llegado esas bragas a nuestro dormitorio y muchos menos sé de quién son.

—¡Uy! Ese trozo de tela azul lo llevaba *Flipín* en la boca cuando entró corriendo en casa. —Me giro hacia mi madre con los ojos de par en par queriéndome morir en este preciso instante. ¡Putra vecina! Y ¡puto perro!

—¿Y lo dices ahora?

—Lo digo cuando me has dejado abrir la boca, chica, que cuando te enciendes, no dejas hablar a nadie. ¡Menudo carácter te gastas, guapa!

Empiezo a notar como me arde la cara, el sofocón que tengo en estos

instantes me hace temer que explotaré de un momento a otro. Qué manera de estropearlo todo.

Voy a acercarme a Ángel, pero él me mira muy serio, se pone en pie y se marcha, intento cogerle de la mano, pero me la aparta. Lo llamo, él me ignora.

Sale del dormitorio con la bolsa de deporte, sin decir ni una sola palabra se va a la calle. Me castiga con su silencio.

Me encierro en nuestro cuarto y cojo el teléfono. Necesito hablar con alguien sobre lo que acaba de suceder en casa. Llamo a Araceli, pero me salta el contestador. Lo intento con Carolina y me descuelga para decirme rápidamente que está trabajando en mitad de una consulta y que en cuanto se libere, me llamará. Solo me queda María, si llamo a Alicia, seguro que lejos de querer calmarme, me alterará más y logrará que ante la duda, mate a Vanesa.

Por un segundo me meto en su cabeza, en la de Alicia, e imagino que me dirá que esas bragas son de Vanesa, que ella las dejó olvidadas debajo de mi cama cuando mi madre los sorprendió fornicando como animales en mi casa. Y mi madre, de dos guantazos la sacó a la calle, le prometió a Ángel que le guardaría el secreto a cambio de una pensión vitalicia de manutención.

Ahora lo veo todo muy claro, de ahí que les diera a Angelito y a ella doscientos euros para lo del concierto.

Pestaño, necesito salir de la mente de Alicia, esto no puede ser, es más coherente la versión oficial. *Flipín* entró a la velocidad del rayo en casa llevando «eso» en la boca, y al perseguirlo mi madre, se escondió donde pudo y allí las dejó abandonas a la merced del olvido y la mala suerte quiso que yo me escondiera y diera con ellas.

Tengo que hablar con Ángel, a falta de desahogarme con alguna de mis amigas, he de pedirle disculpas a mi marido. Pero conociéndolo, seguro que

me mandará a la mierda. Orgullosa es un rato.

Lo he llamado cuatro veces, pero suena y suena, y termina saltando el contestador. Le he mandado tres mensajes, le he pedido disculpas, le he dicho que siento haber dudado, que sé que sería incapaz de hacer algo así, pero me cegué por el hallazgo de las bragas sucias. Y aquí estoy más sola que la una sin saber a dónde ir y con quién hablar.

14

Ángel lleva dos días fuera de casa, no recuerdo haber tenido antes de esto ninguna crisis. Nunca nos hemos peleado más de veinticuatro horas y sobre todo, jamás se había marchado de casa sin despedirse y sin pedirme que le hiciera la maleta. Estoy muy preocupada. Me siento tan culpable, esto se me ha ido de las manos, en realidad, pienso que se nos ha ido de las manos a los dos.

Necesito verlo y pedirle perdón, en el despacho me han dicho que se ha tenido que ir de viaje para resolver unos asuntos de trabajo. Lo mismo que me dijo a mí con una nota. No me lo creo. Por muy enfadado que estuviera debería de haberme avisado que ya había llegado a dónde quiera que se haya ido.

A las chicas se lo he contado todo, necesitaba que les preguntaran a sus maridos si ellos sabían algo, pero, o están mintiendo todos o es cierto que Ángel les ha dicho que se iba de viaje de negocios. Mi madre dice lo mismo. Parece ser que ha hablado con todo el mundo. Me está castigando por haberlo acusado sin razón.

Le envió un mensaje. Me prometo a mí misma que este será el último:

Ángel, no sé qué más hacer para que me perdones. Me siento fatal. No dejo de llorar, te necesito en casa, en dos días son nuestras bodas de plata. No me hagas esto. Patricia llegará mañana. Quiero que estemos todos juntos. Te quiero.

Ahora por lo visto tiene apagado el teléfono.

Me estoy arreglando para salir a dar una vuelta, necesito despejarme y pensar qué hacer ahora que Ángel no está. Yo también voy a apagar mi

teléfono, las chicas, aunque con buena intención, no dejan de enviarme mensajes y de llamarme para ver si ya sé algo de mi marido.

Lo que más miedo me da es que no quiera regresar a casa. No quiero ser tan dramática, pero siempre me pongo en lo peor, me repito a mí misma que se le pasará, que en cuanto vuelva, todo será como antes.

Con esto que ha sucedido, me he dado cuenta de lo mucho que lo quiero, sigo enamorada de él, no me hago a la idea de qué sería de mí si Ángel me abandonara. Solo el hecho de pensarlo, me rompe el corazón.

Es cierto eso que dicen: «nadie valora lo que tiene hasta que lo pierde». Espero que no sea tarde para mí, porque sin mi marido no soy nada.

Sin apartar estos pensamientos de mi mente, abro instintivamente la puerta y salgo a la calle, camino sin saber a dónde y sigo inmersa en mis pensamientos. Llora, llevo llorando un buen rato, pero no me importa que me vea la gente.

El claxon de un coche me saca de mis reflexiones, me giro ilusionada deseando encontrarme con Ángel, pero es Carolina. Se detiene justo a mi lado, baja la ventanilla del copiloto y me invita a subir.

—¿A dónde ibas?

—No lo sé. Me apetecía salir a tomar el aire, la casa se me cae encima.

—Ángel está en mi piso. —Una sacudida me recorre todo el cuerpo y me acelera el corazón haciéndome sentir una presión en el pecho.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace una hora, lo que he tardado en encontrarte.

—¿Y qué os ha dicho?

—Nada, no ha dicho nada importante, ha venido a por Raúl.

—¿Pero siguen allí?

—Espero, por la cuenta que le trae a mi marido, quiero creer que me ha hecho caso y que lo esté entreteniéndome mientras llegamos. Creo que

pretendían ir a jugar al pádel.

Carolina aparca en la puerta de su casa, bajo con mucho miedo del coche, no sé lo qué me voy a encontrar, ni cómo va a reaccionar él.

Entramos en el salón. Los escucho hablar, están en la terraza.

—¡Ángel! —Me lanzo a sus brazos—. Perdóname, por favor, no puedo estar sin ti.

Raúl se levanta y nos deja solos.

—Olivia, me ha dolido muchísimo que dudaras de mí y sobre todo, que me acusaras de algo tan grave. —Sus palabras duelen.

—No sé qué me pasó. Me volví loca, me entró miedo, un ataque de cuernos. Era todo tan evidente...

—Lo evidente era que no podía ser. Me conoces y sabes que jamás haría una cosa como esa y más... Olivia, hija, pareces tonta, si lo hiciera, nunca lo haría en casa y menos en nuestra cama. —Eso, tú alienta la imaginación de una «cornuda» imaginaria para que busque señales en el mundo exterior.

Nos fundimos en un abrazo y me derrumbo. Toda la tontería que tenía encima se acaba de convertir en lágrimas. No puedo dejar de llorar y de pedirle perdón.

—Mírame. —Me sostiene con sus manos ambos lados de mi cara—. Hace veinticinco años te dije que sí y si todo va como tiene que ir, pasado mañana te volveré a decir «sí quiero», porque eres la mujer de vida y sin ti nada tiene sentido. ¿Lo sabes? Cuántas veces tengo que repetírtelo, ¿dime?

—Después de tantos años deberías de saber cómo soy —le digo con una sonrisa.

—Y lo sé. Tonta de remate. —Me besa.

Nos cogemos de la mano y entramos en el salón de nuestros amigos. Los escuchamos en la cocina. Nos ven y se acercan a nosotros. Mientras me limpio las lágrimas, Ángel les da las gracias por todo y nos marchamos.

Aviso en casa que no iremos a comer, le digo a mi madre que pida unas pizzas, y que confirme que Angelito comerá en casa. Me dice de tonta para arriba, restregándose por la cara que tengo un marido que no me merezco.

—¿Dónde vamos? —le pregunto al ver que entra en la autopista.

—Es una sorpresa. —Me guiña un ojo.

—Sabes que no me gustan las sorpresas.

—Y tú sabes que me encanta darlas.

Pone música y comienza a cantar mirándome de vez en cuando, me agrada que haga eso. En momentos así, agradezco haberle dicho que sí aquel día cuando solo contaba con dieciséis años.

Siéndome sincera, sé que acepté su proposición porque nunca había tenido un novio y me hacía ilusión decir que tenía y sobre todo, un novio con coche. Puedo resultar superficial, no me preocupa, con esa edad no se piensa en el amor eterno, y es posible que me haya comportado así en algún momento de mi vida, pero quise aventurarme sin pensarlo mucho.

Ángel me gustaba, y me trataba genial, luego me enteré que era porque lo suyo fue amor a primera vista. Siempre me ha dicho que en cuanto me vio dijo: «esta será la madre de mis hijos». Y mira por donde, no se ha equivocado.

Si tuviera la oportunidad de retroceder en el tiempo, volvería a elegirlo y volvería a decirle que sí. En los tiempos que corren somos una pareja en peligro de extinción.

Acabamos de llegar. El sitio es precioso, es una especie de chalet metido en la montaña, las vistas son preciosas, desde nos encontramos se ve el mar, a lo lejos, el Peñón de Ifach.

La brisa es suave, y el cielo está despejado. Me ha traído a un hotelito de cinco habitación que lleva intentando reservar desde que lo descubrió. Hoy ha sido la primera vez que ha tenido suerte. Será cosa del destino.

Entramos en la pequeña recepción, entregamos nuestros dni y nos dan la llave de nuestra habitación; ha podido conseguir la suite. Me encanta verlo feliz.

Cogidos de la mano como dos recién casados, subimos por unas escaleras, la habitación está en la planta superior.

Abre la puerta y me da la sensación de estar al aire libre en plena naturaleza, la luz entra por todas partes. La cama está en el centro de la habitación, encima de la colcha hay una cestita de frutas y unos bombones, al lado de la mesita de noche, han dejado una cubitera con una botella de cava.

Ángel deja la maleta, parece que lo tenía todo planeado. Abre una puerta y de refilón veo una bañera enorme junto a un ventanal. Me mira y me dice:

—Quítate la ropa.

Me acerco a él y comienzo a desabrocharle el polo. Me ayuda a desvestirme.

—Ángel, te quiero.

—Hoy no voy de ejecutivo, espero que no haya inconveniente. —Levanto la vista y me río.

—Ninguno. Hoy quiero que seamos nosotros. Necesito que seas tú.

Es cierto que nuestros encuentros furtivos de estas últimas semanas dándole vida a mis fantasías sexuales, despertaron mis ganas de sexo a todas horas, pero hoy, quiero estar con mi marido, necesito que seamos nosotros, sin esos juegos que tanto me han excitado últimamente.

Aquel día, después de darle tantas vueltas a las palabras de mis amigas y de necesitar encontrarle un sentido a mi vida marital, y por qué no, a mi vida en general, decidí hablar con Ángel, me sinceré con él y le expliqué qué me estaba sucediendo.

Tenía claro que lo quería, que era el hombre de mi vida. Me costó mucho darle voz a mis pensamientos. Me daba vergüenza insinuarle que me gustaría

que se hiciera pasar por otro hombre, que fingiera que era un ejecutivo que venía a verme cuando mi marido estaba trabajando.

Pensé que se negaría, es muy conservador, y creí que se indignaría conmigo, aunque solo fuera una fantasía, temía que pudiera pensar que sería capaz de hacerla realidad con otro hombre. Aceptó sin rechistar y colaboró en todo. A él también le gustaba nuestro nuevo entretenimiento.

Los dos actuábamos como si él fuera mi amante de verdad, nos enviábamos mensajes en clave, hablábamos por teléfono cuando él se marchaba de casa. Era un juego que nos excitaba a los dos.

Gracias a esto, recuperé las ganas de tenerlo entre mis brazos, la ilusión me reconquistó y aquellas mariposas que creí desaparecidas, nuevamente, aleteaban sacudiendo sus alas en mi estómago haciéndome sentir de nuevo joven.

El día que Araceli me comentó que su marido creyó haberme visto en muy arreglada, abriéndole la puerta a un señor trajeado, me ayudó a cuidar más nuestras siguientes citas. Ángel y yo estábamos tan metidos en nuestro papel que nos obligamos a organizarlo todo como si de verdad fuéramos amantes y hubiera que cuidar al detalle nuestros encuentros evitando que alguien descubriera que estaba siendo «infidel» a mi esposo. Cuando llegó el niño, el morbo aumentó por la posibilidad de ser sorprendidos. Fue cuando comenzamos a quedar lejos de casa.

Volvíamos a ser amantes.

En estos instantes me encuentro desnuda en el baño. Ángel me recorre suavemente el cuerpo con sus manos, voy notando como mi piel reacciona a su contacto. Me estremezco sin ser consciente de ello.

Me susurra cosas al oído haciéndome sentir especial, preciosa y deseada. Me ha hecho creer nuevamente en mí.

Después de tantos años sin quererme a mí misma, hoy he recuperado esa

confianza que no sé cuándo ni dónde perdí.

Por primera vez, después de todo este tiempo, tomo la iniciativa en la intimidad de nuestra relación. Hoy no necesito fingir que le doy placer a mi amante. Ahora son mis manos la que tienen el coraje de acariciarlo dejándose llevar por cada centímetro de Ángel. Sin miedo, voy rozándolo y buscando de qué manera proporcionarle placer e incluso, le voy enumerando las cosas que tengo pensado hacerle.

Esta siendo extraordinario. Jamás pensé que fuera capaz de guiarme a mí misma. Estoy siendo yo sin miedo a qué pensará Ángel de mí.

—Ha sido increíble —me dice mirándome a los ojos.

—Ya —solo respondo esto sonriendo.

—Tendremos que irnos... —Pongo cara de pena, pero sé que tiene razón.

Hay que regresar a casa.

—Esto hay que repetirlo, Olivia. —No puedo evitar soltar una carcajada.

Me hace gracia que diga esto, ya que era lo que siempre me repetía cuando éramos jóvenes y habíamos salido por la noche y nos dejábamos llevar en el interior del coche antes de acompañarme a casa.

—¿Nos vestimos?

—Sería buena idea, no creo que quede bien aparecer desnudos en la recepción del hotel para pagar. —Me acaricia la cara.

15

Regresamos a casa. En poco más de veinticuatro horas nos volveremos a dar el sí quiero ante el padre Manuel y junto a todos nuestros amigos y familiares.

Dejo a Ángel en la cocina preparando un café, entro en el cuarto de Angelito y veo que no está, su cama está hecha, dudo de si habrá venido a dormir. Hago lo mismo con la habitación de Patricia, que es donde duerme mi madre, también está vacía.

Aprovechando que el niño ha salido, registro su cuarto en busca de la maleta del pecado. Aquello que llevaba mi hijo, me ronda la cabeza, no le pienso decir nada, pero se despierta en mí la curiosidad materna y necesito volver a verla con mis propios ojos para saber a qué se dedica nuestro vástago.

—¿Qué haces? —Me sorprende la voz de Ángel. Estoy arrodillada con la cabeza metida debajo de la cama.

—¡Qué susto me has dado! —Me pongo en pie.

—Reconoce que no es muy normal que te encuentre en esa pose. ¿Buscabas más prendas de la vecina? —Qué gracioso se ha vuelto mi marido.

—¡Qué chistoso! Busco otra cosa. —Salgo del cuarto.

—¿Y?

—El otro día, cuando llegó Angelito, al ir a deshacer su maleta para lavarle la ropa sucia, en la otra más pequeña... Pues al abrirla, no sabes lo qué encontré.

—No suelo ir mirando maletas ajenas. —Por la cara que pone, creo que sabe de qué hablo.

Entramos en la cocina mientras le sigo contando mi hallazgo. Él no deja

de reírse, y a mí cada vez me pone más nerviosa. Justo cuándo le voy a preguntar sí sabe a qué se dedica el niño en sus ratos libres, aparecen en mitad del salón, mamá, Angelito y Patricia.

Salgo corriendo para ir a abrazar a mi hija, hace más de tres meses que no nos veíamos. Me ha dado una gran sorpresa, no la esperábamos hasta la noche.

—¡Patricia!

—¡Hola! Y ¿esas caras?

—¿Por qué no has avisado? ¿Cómo has llegado? —le pregunto sorprendida.

—Hemos ido a recogerla en taxi —responde mi hijo.

—Ven, anda, ven aquí que te dé un abrazo.

—Qué contentos se os ve. ¿Preparados para el gran día?

—¿Has venido sola?

—Sí, Álex llegará a la tarde. Se tuvo que marchar el lunes por un tema de trabajo y vendrá directamente con su coche.

—¡Qué bien! —responde mi marido que no siente ni una pizca de simpatía por el muchacho.

—Bueno, familia feliz, me voy a la playa —nos interrumpe mi madre.

Me siento con mi hija en la terraza, necesito que nos pongamos al día. La he echado tanto de menos...

—Ángel, haz más café.

—Mamá, cuéntame. Dame todos los detalles de mañana.

Le voy contando el plan que tenemos preparado, le digo cómo es mi traje. Hablamos del viaje que nos han regalado nuestros amigos y unos golpes en la puerta hacen que nos callemos.

—¡Yujuuu! —Mierda, la pelirroja.

—Un segundo. —Me levanto y entro en la cocina.

—Y dos... —me grita ella desde el otro lado de la puerta.

—Ángel —le digo bajito a mi marido—. La vecina, está tocando a la puerta.

—Pues abre, mujer —me responde sorprendido.

—¿Le dijiste algo de las bragas?

—¿Tú estás tonta?

—Yo qué sé. ¿Y para qué viene?

—Pues hasta que no le abras no lo sabremos.

Salimos los dos a la terraza. Ella sigue aporreando la puerta.

—¡Ya va! ¡Ya! —le grito con la esperanza de que pare.

—¡Buenos días, Vanesa! —le digo al abrir la puerta y ella, sin que nadie la invite a pasar se cuelga en mi terraza.

—Este es mi regalito. —Me da un periódico.

—¿Una suscripción a un diario? —le pregunto un tanto irónica.

—¡Qué graciosa eres! ¡Me encanta tu humor! —me dice sonriente haciendo una especie de bailecito.

Dejo el periódico sobre la mesa de la terraza, me siento y lo abro, comienzo a pasar páginas. «No sé que querrá la pedorra esta qué lea».

—¡Mirad, mirad ahí! —Señala la parte baja de una hoja.

No puede ser posible lo que estoy viendo. Ha publicado una foto de nuestra primera boda. No sé cómo reaccionar. Al lado hay una noticia.

Nos ha dedicado su columna a nosotros. Ella no borra su amplia sonrisa. Yo miro a Ángel, sigo sin saber qué decirle. Me arrebató el periódico y se lo enseña a Patricia.

—¿No vais a decirme nada?

—¡Qué detalle más bonito! —responde Ángel. A mí me repatea su respuesta.

Nos explica que esa foto se la ha dado mi madre, pensó que sería precioso

hablarle a sus lectores de nosotros, les ha contado nuestra vida. Más abajo, ha puesto una foto de nuestros hijos. Habla de nuestro amor, de lo difícil que es seguir amándose después de tantos años. Y nos felicita por nuestras bodas de plata. Y para terminar, en la última línea, compruebo que se ha auto invitado mañana, con la excusa de poder contarles el próximo jueves cómo fue el gran día.

—Esto habrá que celebrarlo, vecino. —Cojo aire—. Saca unas cervecitas.

Se sienta así como el que no quiere la cosa y se pone a hablar con mi hija. Entro en la cocina para ayudar a mi marido a preparar algo para ofrecerle. Dudo si echarle laxante en su botellín, pero algo en mi interior me lo impide. Reconozco que ha sido un bonito detalle. Igual no es tan arpía como da a entender. Su apariencia me habrá cegado. Que sea guapísima, alta y esbelta, que siga conservando ese asqueroso cuerpazo a sus casi cuarenta años, que la gravedad no haya afectado a sus «melones» y que su marido sea un dios del sexo convertido en hombre, es posible que todo este conjunto, me haya hecho pensar que no era buena gente y tampoco ha colaborado que su perro escondiera unas bragas sucias suyas debajo de mi cama. «Las pelirrojas nunca han tenido buena reputación». No pienso más que tonterías...

—Gracias, Vanesa, es que me has pillado fuera de juego —intento disculparme—. Ya sabes... los nervios pre-boda.

Mi teléfono comienza a recibir mensajes, es un no parar. Tengo a las chicas revolucionadas, cada una está encargándose de una cosa. María acaba de recoger el traje, dice que viene de camino para que me lo pruebe por si hay que retocarlo volver a llevarlo. Alicia, se está ocupando de los regalitos que daremos a los invitados; miedo me da imaginar qué ha elegido. Me dijo que no me preocupara, pero... me preocupo.

Araceli y Carol han ido al restaurante a llevarles unos tarjetones para colocar en las mesas de los invitados. En fin, que tengo a las mejores amigas.

Mientras, mi madre en la playa.

Mi vecina sigue en casa, no se calla ni bajo el agua, qué mujer. Habla, habla, y habla, habla y se responde a sí misma. Lleva como media hora orando. Yo le sonrío por inercia.

Patricia se da cuenta que necesito que se marche, tengo muchas cosas que hacer y además, mi hija acaba de llegar y me hubiera gustado estar a solas para disfrutar de su compañía y que me contara cuáles eran sus planes más próximos.

—Bueno, Vanesa, muchísimas gracias por el detalle. A ver si podemos resolver lo que nos queda pendiente y quedamos otro ratito —dice mi hija poniéndose en pie.

—Genial. Si necesitáis ayuda, me dais un gritito y vengo. Que para eso están los vecinos —me despido de ella y entro en casa. Patricia la acompaña a la puerta.

Es nuestra última noche como... pues no sé cómo llamarlo. Porque no es nuestra última noche de solteros, pero como todos se lo han tomado como si se tratara de una boda en toda regla, los preparativos y la organización están siendo iguales.

Tocan al timbre.

—¿Sí? —No escucho nada.

—¡Buenas noches! Las pizzas.

—¡Ángel! ¿Habéis pedido pizzas? Tengo a dos *pizzeros* en la puerta con cuatro cajas gigantes...

—¡¡Sorpresa!! —Nuestros amigos se acaban de presentar en casa. Han organizado una especie de despedida de solteros conjunta. Y han encargado la cena.

Me han dado una gran alegría, compartir estos momentos con los amigos se agradece. Pasamos a la terraza. Qué buena idea tuvo Ángel de colocar la carpa, nos pasamos el día y la noche haciendo la vida aquí.

Con el lío de las pizzas no habíamos reparado que han venido Arnaldo y Alicia, no están sentados juntos, pero están compartiendo el mismo espacio sin matarse ni lanzarse pullitas. Es bonito reunir al grupo después de tanto tiempo.

—Ángel, ¿preparado? —le pregunta Pepe.

—Preparado y encantado, amigo —le responde con una sonrisa mirándome de reojo.

—Bueno, pues siguiendo la tradición, ahora es cuando nos llevamos al novio de despedida salvaje, ¿no? —insinúa Ciro.

—¡¡Pues no!! —respondemos las cinco a la vez.

—¡Qué manera de cortar el rollito, guapas!

Seguimos charlando y tomando copas, se nos han hecho las tres de la madrugada sin darnos cuenta. La cena ha estado genial.

He de reconocer que estoy nerviosa, la primera vez no lo viví de la misma forma que ahora. En esta ocasión, lo estoy disfrutando como si volviera a tener veinte años.

Es increíble.

Miro a Ángel y me sorprende un vuelco en el estómago, las mariposas están revolucionadas. Me levanto y me siento en sus rodillas, me acerco y comienzo a besarlo.

Estoy realmente enamorada de mi marido. Me siento feliz y plena.

—Te quiero —le digo al oído.

—Yo también, Oli —me susurra él.

Nos despedimos hasta mañana. Me acuesto con muy buen sabor de boca y un tanto mareadilla. Estoy deseando que llegue el gran día.

16

Lentamente abro un ojo, soy incapaz de moverme, estoy agotada. Me acurruco bajo las sábanas, alargo el brazo para acariciar a Ángel y compruebo que estoy sola en la cama. Abro los ojos, me siento en el borde y enciendo la luz, rápidamente miro el reloj. Son las once de la mañana. Me levanto de un salto. Me he dormido, es la primera vez en... no recuerdo cuándo fue la última vez que me levanté más tarde de las ocho de la mañana.

Nadie me ha despertado.

Salgo al salón y compruebo que estoy sola. Los llamo y no recibo respuesta. Cojo el teléfono y marco a Ángel.

—¿Dónde estáis?

—¡Buenos días, cariño! ¿Has dormido bien?

—Sí, sí, está claro que dormir, he dormido. ¿Por qué no me habéis despertado? ¿Tú sabes la de cosas que hay que hacer hoy?

—Está todo controlado, tú relájate. Los niños han ido a la Iglesia con los de la floristería. Araceli y Carolina están decorando con la del restaurante y yo estoy con Ciro y Raúl lavando el coche.

Tocan al timbre, me despido de Ángel.

Abro la puerta y es Alicia, viene acompañada de un séquito de estilistas.

—¿Y esto?

—Como daba por hecho que no irías a la peluquería, los he traído aquí. — Veo que entran un lavabo portátil y van pasando chicas con maletines.

—Alucino contigo.

Una chica con el pelo rojo me ofrece una capa de peluquería, me pide que me siente. Obedezco sin preguntar.

—Empezaremos con la manicura y seguiremos por los pies.

—El zapato que voy a llevar es cerrado —le respondo tímidamente.

—Da igual, también irás vestidas, y entiendo que te habrás depilado —me río.

Mientras me arreglan las manos, otra de las chicas que ha venido, se arrodilla frente a mí y me descalza, coloca un cacharro de esos que te masajean los pies y me los llena de crema, creo.

Por detrás, un joven me desata la coleta que llevo bien apretada para hacerme una especie de masaje.

Me sacan los pies del barreño burbujeante y reclinan el asiento dejándome tumbada. Yo me dejo hacer, porque reconozco que estoy en la auténtica gloria bendita.

Ocho manos me toquetean consiguiendo que me relaje. Cabeza, cara, manos y pies. Soy feliz. Adoro a Alicia. Ella sí que sabe lo que es cuidarse.

Escucho a mi amiga hablando por teléfono y organizando. Dice que está todo controlado. No sé qué estarán tramando, pero me niego a abrir la boca y sacarme de este estado de catarsis.

El estilista que tengo colocado a la altura de mi cabeza, se me arrima y muy suavemente me comunica que me va a incorporar, que me dejará unos minutos para que lentamente me levante y me cambie de sitio. Ha llegado el momento de arreglarme el pelo.

Me hubiera quedado así toda la eternidad.

—Neni —me habla Alicia—. Patricia me ha dicho que ha ido con Álex a por algo de comer, se acercarán a dejarlo y se irán con Ángel. Ya está todo listo, en cuanto lleguen, comemos. Las chicas vendrán, nos vestimos y salimos. ¿Estás nerviosa?

—¿Y Ángel? —pregunto.

—Tu marido está en buenas manos. Da mala suerte ver al novio antes de la boda. —Me guiña el ojo.

—Gracias —solo le digo esto.

La sesión de peluquería, y maquillaje con masaje de regalo han llegado a su fin. Alicia está preparando café. Estamos solas esperando al resto del grupo.

—Oli, no me puedo creer que en menos de dos horas, Ángel y tú estéis renovando vuestros votos matrimoniales. Estoy muy feliz por vosotros.

—Yo tampoco me lo creo. Echo la vista atrás... Y, me llegan a decir el día que le dije que sí que íbamos a ser novios, que todo esto me iba suceder, ese día... me hubiera muerto de la risa —le digo mientras le doy vueltas con la cucharilla a mi taza.

—Estabais destinados el uno para otro. Reconozco que me dais envidia, no sé si sana —nos reímos.

—Bueno, para ser feliz no es necesario tener a alguien a tu lado como pareja. —Intento animarla—. Nos tienes a nosotras.

—¿Sabes? Siempre pensé que Arnaldo y yo nos haríamos viejos juntos. Aunque daba por hecho que me sería infiel. No me preguntes, era como si lo llevara escrito en la frente. El que nace cabrón... —nos volvemos a reír.

—Alicia, lo importante es que lo hayas superado y por los niños, creo yo, que deberíais llevaros bien. Tú haces tu vida, que no te importe lo que él haga. Es mi consejo, no sé si acertado, pero disfruta de lo que tienes.

—Es que me jode verlo feliz.

—¿No me digas que lo sigues queriendo? —le pregunto sorprendida.

—¡Qué dices! Para nada, pero no quiero que sea feliz. Ya sabes, ni como ni deo comer...

Sin a penas habernos dado cuenta, se nos ha pasado el tiempo volando. Ha llegado la hora de vestirme.

Estoy nerviosa y bastante sensible, me emociono de pensar que en menos de una hora estaré saliendo por esa puerta dirigiéndome a la Iglesia para darle

nuevamente el sí quiero a mi marido. A la noche seré una señora *recasada*.

—¿Nerviosa? —Acaban de aparecer mis hijos y el resto de chicas. Mi madre sigue perdida.

—Creo que sí. Ya veis qué tontería más grande. ¿Y papá? —les pregunto a los niños.

—Está en casa de Ciro, saldrá desde allí —me responde Patricia—. Eso me recuerda que me tengo que marchar. Nosotros saldremos directamente con él. Mami, en un rato nos vemos. No llegues tarde. Os esperamos en el altar. ¡Ángelito, asegúrate de que llegue a tiempo!

Siento como me recorre un escalofrío. Cómo ha pasado el tiempo. Hoy, iré del brazo de mi hijo, me entregará a su padre y mi niña lo acompañará a él. Esto es un sueño hecho realidad. No puedo describir la gran felicidad que siento en estos momentos.

Araceli acaba de sacar al salón mi vestido, me hace gracia estar viviendo esto junto a ellas. Mi madre a saber dónde se ha metido. No me sorprende, ya sabía yo que no estaría aquí a mi lado. A ella debe de parecerle ridículo que me sienta ilusionada por esto. Nunca tuvo pareja estable y mi padre, al igual que el de mis hermanos, no fue más que un lío de los de ella. Es una pena que no quiera compartir este día con nosotros desde dentro. Al menos, espero que no se haya arrepentido y no venga. «No será capaz».

Tocan al timbre.

—Voy yo —dice Carolina.

—¿Y la novia más guapa de todo el planeta? —Escucho a mi hermano Alejandro. Me emociono.

—¡Has venido! —le digo lanzándome a sus brazos.

—Estás guapísima. ¿Te llevará Angelito? —me pregunta acariciándome la cara.

—Me hace mucha ilusión —le digo intentando justificar que no haya

contado con ninguno de mis hermanos.

—Estoy muy orgulloso de ti —me dice con una sonrisa y yo casi rompo a llorar. Estoy bien sensible.

Que vivamos lejos no quiere decir que no nos queramos, la verdad es que nos echamos mucho de menos. Mis hermanos al ser mayores, siempre han estado pendientes de mí y me han protegido en exceso. He tenido la gran suerte de que Ángel y ellos se han llevado fenomenal y eso ayudó mucho al principio de nuestra relación.

—¿Y Carlos? —le pregunto por mi otro hermano.

—Están en el hotel dejando las cosas. Yo no he podido esperar. Dejé a Antoñita con los niños preparándose.

Mientras me va contando las últimas novedades de su mujer y de sus hijos, yo sigo vistiéndome con la ayuda de mis amigas. Solo me queda pintarme los labios y estaré lista.

—Un segundo, un segundo —digo dando vueltas por el salón buscando mi teléfono móvil. Me está sonando y sé quién es.

—No es momento de ponerse a hablar. Ángel estará desesperado, te recuerdo que deberíamos haber salido hace cinco minutos. ¡Angelito! —lo llama María.

No le hago ni caso y consigo mi teléfono.

—¡Hola! —Es Ángel.

—¿Qué te queda? —nos reímos.

—Ya salimos. —Miro a las chicas—. Estaba hablando con Alejandro, está aquí.

—Dile que se asegure de que llegues a tiempo.

—Si nos retrasamos, esta vez, la culpa será de tu hijo, se está engominado.

—Bueno, cariño. Sabes que te quiero, ¿no? Te espero en el altar —me repite las mismas palabras de hace veinticinco años, cuando me llamó por

teléfono para cerciorarse que me presentaría a la hora.

Araceli me roba el teléfono, se despide de él y le promete que saldremos ya, que no sufra. Angelito sale del baño. Qué guapo está mi niño y qué mayor. Cómo ha pasado el tiempo.

Saliendo por la puerta, aparece mi otro hermano, detiene el coche en mitad de la calle, abre la puerta y sale corriendo hacia donde estamos. Nos abrazamos y aquí no puedo evitar emocionarme.

—No quería ir a la Iglesia sin pasar a darte un beso. No he podido contenerme. —Desde dentro me saludan mi cuñada y mis tres sobrinos.

—¡Chicos! No es por aguar la fiesta, pero llegamos tarde. Raúl ya ha llegado. —Él nos llevará hasta la Iglesia.

Respiro hondo y nos montamos en el coche. Angelito va de copiloto y yo detrás acompañada de Carolina. Arranca e intento pensar en otra cosa. Pero las flores y los lazos que adornan el capó y los laterales del vehículo me lo están poniendo muy difícil.

—Nena, que me llevan tus vecinos. —Carolina me ha pasado el teléfono —. Se me ha hecho un pelín tarde. Espero que lo entiendas.

—Sí, no te preocupes. Nosotros vamos de camino. —Mi madre para qué va a cambiar.

No he querido decirle nada. Hoy no pienso enfadarme con nadie. «Soy feliz, soy feliz».

Raúl aparca en la Iglesia, Angelito sale y me abre la puerta, me ayuda a bajar. Todos los invitados nos esperan para empezar a entrar. La gente me sonrío y yo, tímidamente los saludo con la mano.

Mi hijo me ofrece su brazo y cogiendo mucho aire, lo miro y con un gesto le digo que adelante.

La música comienza a sonar, los invitados están ya sentados en los bancos. A lo lejos, puedo ver a Patricia junto a su padre.

Toda mi vida pasa rápidamente por mi mente. Nuestro primer beso, la primera boda, el primer positivo, el embarazo, el parto, menudo parto me dio Patricia. Me río. Seguimos caminando, la música continúa sonando.

Ángel y yo no nos hemos apartado la mirada en ningún momento. Está guapo. Detrás de él, veo a Ciro, Pepe, Arnaldo y a Raúl. Los cuatro vestidos con chaqué. Y en el otro lado del altar, mis guapas damas de honor. Estamos a un paso de llegar. Mi marido le da un beso a Patricia y Angelito hace lo mismo conmigo. Nos alargan las manos e instintivamente entrelazamos los dedos. Cogidos de la mano subimos al altar.

«Ángel, cuanto te necesito. Eres lo único que le da sentido a mi vida». No es necesario que se lo diga con palabras, creo que mis pensamientos se han comunicado con los de mi marido. Su mirada le responde a la mía.

La misa ha sido preciosa. Yo no soy muy de Iglesias, ni de curas, pero reconozco que ha sido emocionante. Volver a darle el sí quiero a Ángel de nuevo, acompañados de amigos y familiares, después de tantos años, ha sido un privilegio.

No sé cuántas fotos nos habremos hecho. Ahora, nos dispones a salir a la plaza de la Iglesia. Voy del brazo de mi marido bien orgullosa.

Salimos con un poco de respeto, sabemos lo que nos espera, nos lanzan arroz y pétalos de rosas rojas, todo igual que la primera vez. Me encantaría gritar a pleno pulmón que Ángel es el hombre de mi vida y que si volviera a nacer lo buscaría allá donde el destino nos hubiera llevado para elegirlo y forjar una vida junto a él.

Solo puedo sonreír y no quiero soltarle de la mano.

Raúl nos avisa que le acompañemos, él nos llevará al restaurante. Oficialmente, hemos renovado nuestros votos matrimoniales y comienza la

fiesta.

12 de mayo 2017.

Acabamos de llegar al restaurante. Noelia nos espera en la puerta de la recepción del hotel. Se acerca a la ventanilla y le dice a Raúl que continúe con el coche, que suba la cuesta y luego le dejarán aparcar en la parte superior, en una zona reservada para autoridades.

Los invitados están en la terraza disfrutando tranquilamente del *cocktel* de bienvenida que decidimos se haría fuera para que hicieran tiempo mientras llegábamos nosotros.

La gente comienza a saludarnos y decirnos lo preciosa y emotiva que ha sido la ceremonia. Mis hijos se acercan y comenzamos a hacer los primeros posados allí mismo. Mi suegra y mis cuñados también se unen al momento. Mi madre, ligando con un camarero; no me lo puedo creer.

—Olivia, cuando me digas entramos al salón —me dice Noelia.

—Por nosotros, ya mismo —le respondo.

—Chicos, vamos todos en la misma mesa, ¿no? —nos pregunta Araceli.

—Sí, claro —le respondo.

—Ahora vamos, falta Alicia —nos dice mientras nosotros caminamos detrás de Noelia.

Ángel y yo la seguimos, pasamos y nos dirigimos al final de la sala, en esta ocasión nos sentaremos con nuestros amigos en la mesa presidencial.

—Cariño, hoy es nuestro día. Vamos a disfrutar todo lo que no pudimos en la primera boda —le digo a Ángel.

Siempre se ha quejado que el día de nuestro primer enlace no pudo vivirlo como quiso, porque mi suegra, o sea, su madre, le obligó a ir mesa por mesa saludando a los invitados, en mi caso no fue necesario, mi madre se sentó y

no paró de beber, así que no tuve a nadie que me dijera que tenía que hacerlo y me pasé toda mi boda bailando sin parar con mis amigos.

—Muy graciosa, cariño. ¿Estás bien?

—De maravilla —le respondo y me enseña algo que lleva guardado en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué llevas?

—No seas impaciente —me dice mientras el camarero va llenando las copas.

—¡Por los novios! —Pepe levanta su copa y los demás le seguimos.

—¿Alguien ha visto a Arnaldo? —pregunta Carolina.

—Alicia tampoco está. Espero que no se hayan quedado fuera discutiendo... —dice María que siempre ve el lado negativo de la vida.

—Ven. —Ángel se levanta y me dice que lo siga.

—Chicos, un segundo, mi marido quiere que lo acompañe a alguna parte...

Dejamos a nuestros amigos en la mesa y salimos del salón.

—¿Dónde vamos? —le pregunto sorprendida.

Entramos en los aseos. No me puedo creer que quiera que le espere mientras hace pis.

Cuando le dije en el coche que no me quería separar de él ni un segundo, no hablaba en sentido literal.

Dándole vueltas a qué es lo que querrá, se saca del bolsillo lo que hace unos minutos había intentado enseñarme.

Unas esposas forradas de peluche rosa. No puedo evitar soltar una carcajada. Se me arrima y comienza a besarme apasionadamente. Le correspondo.

Un ruido nos sorprende, viene del interior de uno de los baños. Me manda guardar silencio, me coge de la muñeca y nos metemos en el último baño.

—Deberíamos volver —le susurro.

—No creo que pongan una orden de busca y captura si tardamos unos minutos —me dice moviendo de un lado a otro las esposas.

—Dame. —Se las arrebato de la mano.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta muy bajito.

—Calla. Creo que tenemos vecinos —le digo al escuchar unos gemidos que vienen del mismo sitio que antes nos habían hecho encerrarnos aquí.

Sin pensármelo dos veces, le atrapo su muñeca con una de las partes de las esposas y la otra la engancho en el latiguillo que hay arriba en la cisterna. Había visualizado la imagen y presa del morbo no he podido evitarlo. Tengo enganchado a mi marido en un inodoro. Me lanzo a su cuello con la intención de comérmelo a besos cuando me aparta.

—¡Loca! ¿Qué has hecho? No tengo las llaves...

—No me asustes, Ángel —le digo preocupadísima con la esperanza de que esté bromeando—. Y por qué las llevabas, yo creía...

—¡Ay, Dios mío! Era una coña de Ciro, me las dio en su casa.

—¿Y por qué estaban abiertas si no tenías las llaves? ¿Las tendrá él, supongo? —le digo más asustada que hace unos segundos.

Me empiezo a agobiar, tenemos que salir del baño, pero sin las llaves para abrir las dichas esposas va a ser imposible. Cómo se me ha ocurrido. Si es que no hago una a derechas...

Resoplo y miro a Ángel, tiene risa nerviosa y la mano libre que le queda se la pasa por la frente.

—Saca mi teléfono del bolsillo, anda. Llama a Ciro.

—Vale. —Marco y me quedo a la espera—. Ciro, tenemos un problema. No te rías, júrame que no lo vas a hacer, porque podemos matarte.

—Dile que venga cagando hostias al baño de caballeros. —Qué raro se me hace escuchar a mi marido hablando de esta manera.

—Lo has oído, ¿no? —le pregunto a nuestro amigo.

—Sí, y nosotros también. —Alguien toca a la puerta del baño en el que estamos escondidos.

Descorro el pestillo y poco a poco asomo la cabeza, no me puedo creer lo que estoy viendo. Frente a mí, Arnaldo con toda la boca roja, entiendo que del pintalabios de Alicia que también lo lleva corrido.

—¿Qué os ha pasado? —me pregunta Alicia mientras se baja la falda por los lados de sus muslos.

—¿Vosotros? —Les señalo a los dos.

—Oli, cariño, me alegra que tengas ganas de mantener una conversación con tu amiga, pero recuerda que me tienes colgado de la cisterna —me dice Ángel.

Alicia, que la curiosidad le puede, empuja la puerta.

—¡Me muero! —comienza a carcajearse.

—No, me muero yo. A ver cómo lo sacamos de aquí.

—¿Chicos? —Acaba de entrar Araceli.

—¡Aquí! —decimos Alicia y yo.

Se planta delante de la puerta y abriendo mucho los ojos, sorprendida por lo que está admirando, me mira y no puede evitar comenzar a desternillarse en nuestra cara.

—Ciro, las esposas que me diste en tu casa. ¿Llevarás la llave? —le pregunta Ángel.

—¿Desde cuándo tienes tú esposas? —pregunta Araceli.

—Que no os siente mal, pero creo que no es el momento de averiguarlo, sino de encontrar la llave de los huevos. El brazo ha comenzado a dormírseme. Me preocupa que haya dejado de sentirlo.

—Mira la mosquita muerta —me dice Ciro clavándome la vista.

Escuchamos la puerta del baño. Pepe acaba de entrar. Me estoy

empezando a poner nerviosa, como se le ocurra a mi hijo entrar, ya si que me da algo.

—Alguno de todos los que estamos aquí podría sostener la puerta para que no entre nadie más y esto se convierta en un espectáculo dantesco. Sería de agradecer —ruega Ángel.

Se me ocurre decirle a mi marido que se suba encima del váter para así no estar con el brazo en tensión hasta que demos con una solución.

Parece que mi idea le ha parecido bien y le ayudamos a poner el pie. Raúl, que acaba de aparecer, se acerca para que coloque su mano libre en el hombro de nuestro amigo y así subir más cómodamente. Ya tenemos al novio de pie, pero sigue quejándose.

—Chicos, me dice Ciro que la llave no aparece —nos comunica Araceli. Su marido había salido al coche para ver si en su guantera tenía la dichosa llavecita.

—¡Angelito! —me viene a la mente el arsenal de artículos sexuales de la maleta de mi hijo—. Igual, él tiene una llave.

—¿El niño? No pretenderás que lo llamemos y entre aquí, ¿no? —me dice Ángel.

—A ver, quieres liberarte, pues el niño tiene una maleta llena de vibradores y marranadas varias, vi unas esposas —termino confesándole lo que encontré.

—¿No hablarás de una maleta plateada? —me pregunta mi marido y me quedo paralizada. Parece que sabe de qué hablo.

—De la misma. —Cierra los ojos y suspira.

—Oli, era mía, ya sabes... —Me quiero morir, sí, aquí mismo.

—Vaya con estos dos, sois una caja de sorpresas —dice Alicia.

—Qué lo digas tú... —le responde mirando a Arnaldo.

—Bueno, en esa maleta, ¿tienes una llave?

—Esas esposas son de juguete, no tienen llave, llevan un pequeño seguro.
—Mierda, acabo de desvelar públicamente al propietario de la maleta misteriosa para nada.

—Se me ha ocurrido una idea. —Por un segundo me ilumino nuevamente y a buena hora.

Por mi cuenta y riesgo coloco el pulgar y el índice sobre una tuerca que aparentemente enroscaba el latiguillo que iba de la base de la cisterna a la pared y no sé qué he hecho, pero empieza a caer agua bautizando a mi marido.

—¡Para! Oli, no gires más —me gritan todos.

El baño comienza a llenarse de invitados, algunos por necesidad y otros alertados por los gritos que se escuchaban desde el salón.

Y es así como nos encontramos en estos momentos, rodeados de curiosos con sed de saber qué narices hacíamos los dos en el interior del servicio de caballeros, con mi marido esposado a una cisterna y de pie todo lleno de agua azul y yo con la cabeza a la altura de sus partes nobles con el otro brazo inmóvil aguantando algo.

Algunos se ríe, se miran, otros nos animan a que saquemos un látigo y dejemos volar nuestra imaginación y mi suegra se acaba de desmayar. Espero que haya sido del bochorno.

—Voy a llamar al de mantenimiento —nos dice Noelia muerta de risa—. Ernesto, necesito que te persones con la caja de herramientas en el baño de caballeros del salón *Cabeço*. Tenemos una emergencia.

—Oli, te mato —me dice Ángel.

—Y yo a Ciro. ¿Cómo se le ocurre darte unas esposas de verdad, sin llave? Al llevar los pompones rosas pensé que serían de un *sexshop*.

—Me pareció gracioso decorarlas —añade Ciro—. Esas esposas tienen un porrón de años, se las robamos a un policía amigo de mi padre. Imagina...

Han conseguido reanimar a mi suegra y la sacan fuera del baño. Raúl ha ido dispersando a la gente y nos hemos quedado los diez dentro del baño. Menos mal que es grande.

Acaba de aparecer Ernesto el psicópata del *buggy* del otro día. Nos mira y se ríe, debemos de ser un auténtico *show* viviente.

Ha conseguido cortar el agua. Al menos ha dejado de salir, ahora solo gotea un poco. Coge unos alicates y lo primero que hace es cortar la cadena que une la muñeca de mi marido con la otra esposa que enganché al latiguillo. Marido liberado.

Logro salir a la zona de los lavabos y miro a mis amigos muerta de risa, Ángel, aunque al principio estaba medio enfadado, ha recuperado el sentido del humor y vuelve a mostrar una sonrisa.

—Creo que ha sido el momento más vergonzoso de mi vida —dice quitándose la chaqueta mojada.

—Reconoce que ha sido gracioso —intento quitarle importancia.

—¿Qué pretendíais hacer? Olivia, jamás imaginé que te fueran estos rollos —me dice Raúl.

—Calla, que es la primera en mi vida que me lanzaba y ya ves el resultado —le digo entre risas.

Vuelta al salón. Mi marido sigue con la esposa puesta y una parte de la cadena colgando, pero intentamos olvidarnos y disfrutar de la cena. Se acerca a su madre, tras comprobar que está perfecta la mujer, le cuenta que ha sido una broma de los amigos y no le dice la verdad, que su mujer se ha vuelto un animal salvaje y está en celo permanentemente.

Regresamos a la mesa y entre risas y bromas, Alicia y Arnaldo nos comunican que lo van a volver a intentar.

Me lleno la copa, me quedo mirando a mi gente, unos hablan, otros ríen, están felices y me transmiten su felicidad.

Creo que hoy es el segundo día más feliz de mi vida, aunque siempre he insistido en que lo fueron los dos días en que nacieron mis hijos, ahora sé que el día más feliz de mi vida fue el día en que me topé con Ángel. Aquel día fue cuando comenzó nuestra gran historia de amor. Habernos encontrado, ha sido lo más grande que nos podía suceder. Puedo decir que con dieciséis años encontré al hombre de mi vida y que gracias a él, ahora soy lo que soy y no lo cambio por nada.

Cuando pensé que estaba cansada de la vida que llevaba y que anhelaba haber vivido momentos que por haberme prometido tan joven no había tenido la oportunidad de experimentar, ahora, doy gracias de no haberlo hecho.

Me siento plena, enamorada del hombre de mi vida y correspondida. Tengo dos hijos maravillosos y a los mejores amigos que se pueden desear.

El resumen de estos veinticinco años:

Ángel es mi alma gemela.